

YA

AZ

B
CIÓN

U A N

AD A U T O N O M A D E N O

C I O N T R A L D E B I B L I O

UNO Y YA

AL CONGRESO
DEL GOBIERNO
DE MEXICO

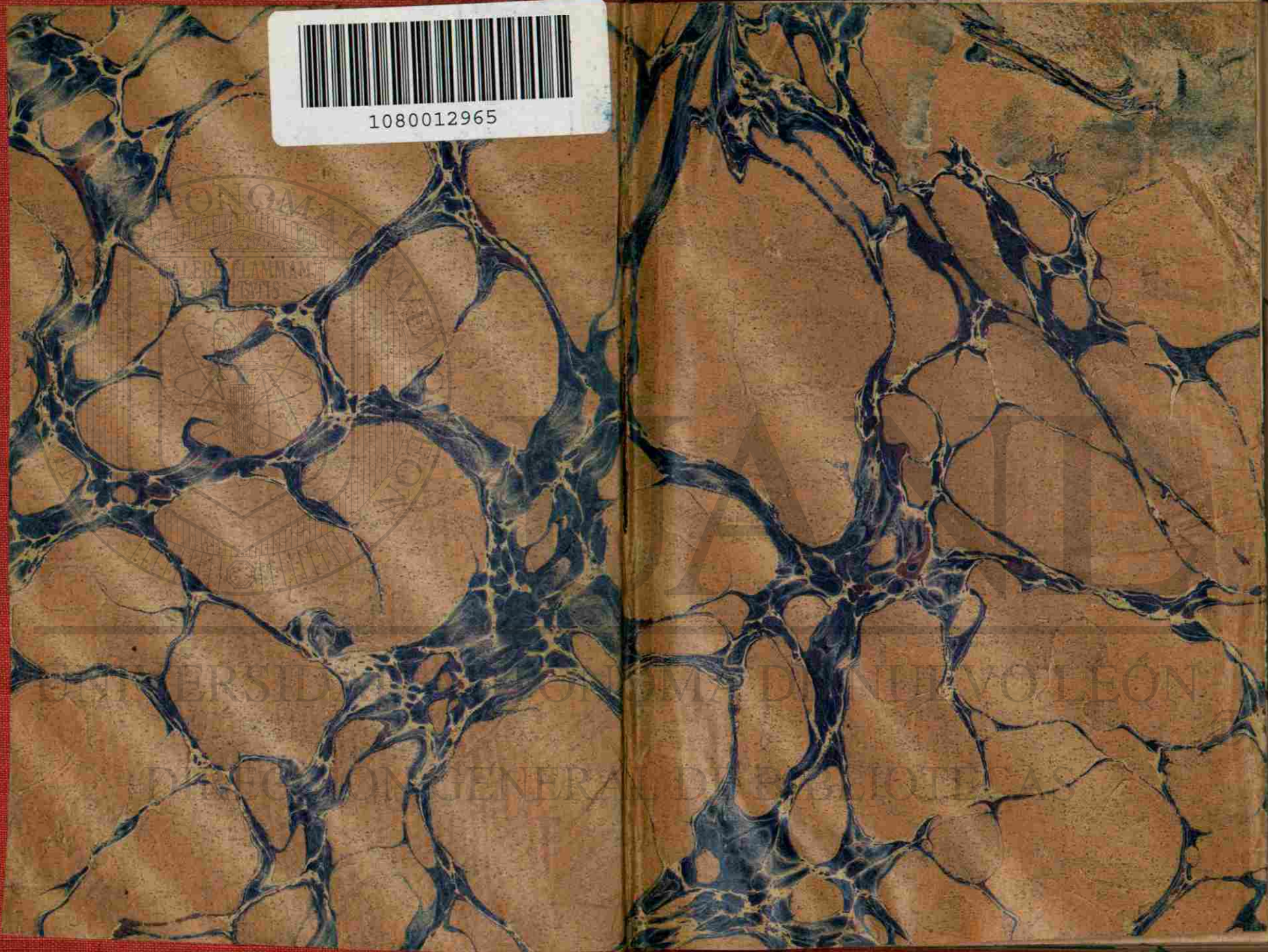
1

F1233
.5
.G6
Q4
v.1

R.C.



1080012965





MANUEL GONZALEZ

Y SU

GOBIERNO EN MEXICO

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





MANUEL GONZALEZ

Y SU

GOBIERNO EN MEXICO.

ANTICIPO A LA HISTORIA

POR

Salvador Quevedo y Zubieta.

TOMO I.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

MEXICO.

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ESTABLECIMIENTO TIP. EN MONTEALEGRE NÚM. 64

1885

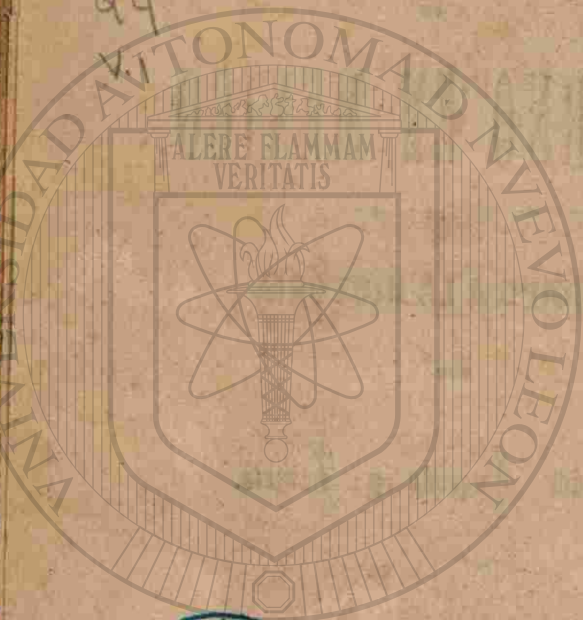


F1233

.5

.96

94



FONDO HISTÓRICO
RICARDO COVARRUBIAS

157019

COMENTARIO PRELIMINAR.



OS años hace próximamente que salió en España un pequeño libro sobre México, formado de fragmentos sueltos, de artículos de periódico, bajo el nombre de *Recuerdos de...* cualquier cosa. Tuvo aquel libro sus elogios de pura cortesía para el autor extranjero, en España y en Francia. Sólo cierto revistero bibliográfico de un periódico español tuvo un día la franqueza, con motivo de una frase benévola de otro en que se calificaba al libro de un *estudio profundo sobre Mexico*, la franqueza de decir públicamente: "no es un estudio profundo y ni siquiera estudio á secas; es una apología."

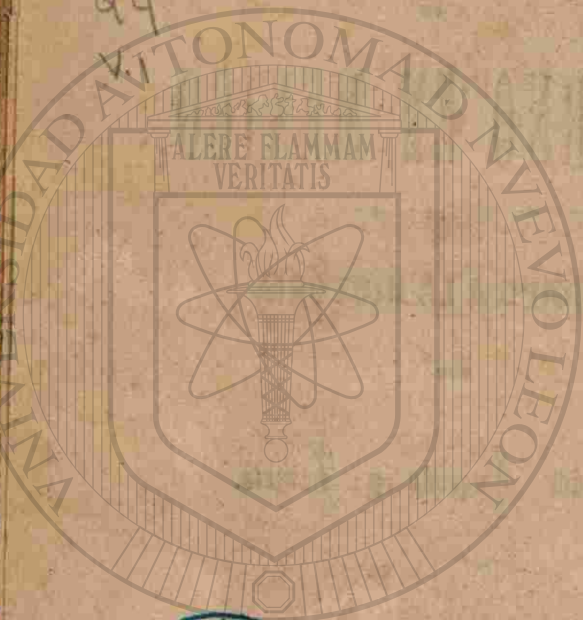
Y el revistero aquel dijo la verdad. El autor estaba íntimamente penetrado de ella. Su libro adolecía de *chauvinismo* francés y de patriotismo español. Lo había escrito con la cabeza demasiado

F1233

.5

.96

94



FONDO HISTÓRICO
RICARDO COVARRUBIAS

157019

COMENTARIO PRELIMINAR.



OS años hace próximamente que salió en España un pequeño libro sobre México, formado de fragmentos sueltos, de artículos de periódico, bajo el nombre de *Recuerdos de...* cualquier cosa. Tuvo aquel libro sus elogios de pura cortesía para el autor extranjero, en España y en Francia. Sólo cierto revistero bibliográfico de un periódico español tuvo un día la franqueza, con motivo de una frase benévola de otro en que se calificaba al libro de un *estudio profundo sobre Mexico*, la franqueza de decir públicamente: "no es un estudio profundo y ni siquiera estudio á secas; es una apología."

Y el revistero aquel dijo la verdad. El autor estaba íntimamente penetrado de ella. Su libro adolecía de *chauvinismo* francés y de patriotismo español. Lo había escrito con la cabeza demasiado

caldeada por el corazón, que es un hornillo de ideas algunas veces nobles, pero siempre exageradas. El corazón, en el extranjero, patriotea más de lo que sería racional; suspira por las peculiaridades más insignificantes de su patria, como los infelices desterrados por Faraon suspiraban por las cebollas del Egipto; parecele excelente todo lo que ha dejado en ella é inferior todo lo que le rodea en la emigración, y gracias si el autor de los *Recuerdos* no declaró á México el primer país del Universo, al recordar los jarros de olor de Guadalajara y los cántaros de Patamba.

Hecho aquel libro, el autor pasó de España á Inglaterra. La temperatura moral de este pueblo es mu y propia para acabar en el alma, como la física en el cuerpo, con todos los ardores. La niebla amarilla de Londres, donde él se estableció, pesa no sólo obre el cuerpo y la mirada, sino tambien sobre el espíritu, y el suyo, bajo aquel peso, sintióse de repente impelido hácia abajo á la realidad de la vida,

se hizo realista de imaginario que era, y amó el hecho con preferencia al sueño.

Luego empezó á escuchar el nombre de México murmurado por lo bajo, muy por lo bajo, porque no se le pronunciaba á su alrededor sino en secreto y para decir algo malo, y la hospitalidad inglesa sabe respetar las susceptibilidades del patriotismo. Un dia se le dijo que la reina de Inglaterra iba á hablar en voz alta de México, con motivo de las relaciones en vía de reanudarse entre ambos pueblos, asunto que sería objeto de su discurso de apertura del Parlamento. En consecuencia, fué á él, y oyó leer el real Mensaje, que hablaba en efecto de México, para decir que estaban por arreglarse las relaciones amistosas con ese país y tambien con los Boërs; asociacion casual ó buscada que enfermó de *spleen* al autor de los *Recuerdos*, porque los Boërs, pueblo del Africa, son muy bravos y muy nobles, pero muy africanos.

Vió y oyó más: vió el ir y venir de Londres á Paris y de Paris á Londres, de los agentes mexicanos comisionados para el negocio de la deuda inglesa; percibió el rumor de los miles dilapidados

en cablegramas de París y Lóndres á México, y á la inversa, para que un gobierno y sus agentes se comunicaran sus mútuas vacilaciones y trastavilleos, y sintió en el corazon las ignominias que los ingleses, gente séria, arrojaban por medio de los diarios, al nombre de Mexico, cuando al asomarse al fondo de aquel negocio veian una farsa mal urdida de honradez diplomática, pretendiendo distraer la mirada del espectador del juego de bolsa que unos grandes tahures preparaban entre bastidores.

Y cuando quiso saber toda la amarga realidad, cuando se decidió á interrogar á oráculos infalibles acerca de cuánto era lo que valia su patria en el exterior, entónces recurrió á un medio sencillo, el único que se emplea en los tiempos modernos para medir la importancia de una nacion. Este medio son las listas de Bolsa. Ellas han llegado á ser el termómetro que marca los grados de elevacion ó depresion de un pueblo en la estima del mundo. En ellas vió á pueblos de la muerta Asia, como China, con su papel de valor nominal 100, ascendiendo en la escala bursátil hasta 105 ó 110, y en

ellas vió el papel mexicano descendiendo en esa misma escala del mismo valor 100, aun más abajo de la veintena. Epoca hubo, tras el fiasco de un cierto agente de México, en que los bonos mexicanos dejaron hasta de aparecer con bajo precio en las cotizaciones de la Bolsa de París. Era que tocaban al límite de lo inapreciable, y circulaba la voz de que corrian en el mercado al valor de dos *sous* (centavos).

¿De dónde viene esto? ¿De qué procede en la representacion fiduciaria, moral y material de la República Mexicana esta depresion espantosa bajo el nivel universal, que ya se aproxima al aniquilamiento? Cuando las guerras civiles conmovían el país, se imputaba nuestro descrédito á las revoluciones y pronunciamientos. Ya no hay revoluciones ni pronunciamientos. Llevamos algo más de un setenado de paz: la causa del descrédito ha desaparecido, pero el efecto subsiste. Este fenómeno llamaba la atencion del autor de los *Recuerdos*, y

se dedicó á observarlo en su retraimiento de Londres.

Y observó que una evolucion interesante se habia operado en la naturaleza de su país. Habian desaparecido los presidentes batalladores con el caballo ensillado casi á la puerta de sus antecameras, siempre dispuestos á montarle para perseguir al rebelde ó huir. Los Santa-Annas, Comonforts, Miramones, eran presidentes de combate; como cierto héroe castellano, podian llevar en sus escudos la leyenda:

Mis arreos son mis armas,
Mi descanso el pelear.

Todas sus fuerzas, toda su accion se dirigian á la lucha. Si promovian un empréstito en Europa, era para conseguirse fusiles y cañones; si aventuraban una emision de bonos, era con el fin de pagar tropas. . . . Esos hombres han pasado con su época; esos presidentes, como las golondrinas de Becker, no volverán.

Ha llegado su turno á otros hombres. A los presidentes guerreros suceden presidentes mercantiles. El Palacio Nacional, que bajo los vireyes era

una corte, y bajo los presidentes un campamento, hélo ahí convertido por la fuerza de las cosas en un edificio de Bolsa. Entran y salen los negociantes y especuladores; hasta los militares que esperan su turno á la puerta de la presidencia ó de los ministerios, llevan más ó menos desarrollados ciertos instintos de mercaderes. A unos y á otros, si se les inquietan los bolsillos, resultan como faltriqueras de judíos, llenas de toda suerte de recibos, libranzas, pagarés; si se les inquiere la conciencia, aparece como un libro mayor, llena de créditos pasivos y activos, bonos poseidos ó soñados, títulos aleatorios con tendencias al alza, aunque con realidades de baja.

Esta nueva faz en la historia del México moderno tiene que inquietar la mano del mexicano que ha contraido la costumbre de escribir, y el mexicano que la contemplaba desde Londres, empezó á trazarla sobre el papel. Un período de cuatro años durante el cual un pueblo revolucionario se ha judaizado en la persona de su gobierno, en que el movimiento de empresas ferrocarrileras, de bancos, de todos los grandes elementos de la nueva civili-

zacion, que debieran haber servido para iniciarnos en la prosperidad sólo han servido de hecho para iniciar al poder en los juegos de especulacion bur-sátil y en las artimañas de los grandes vividores de Paris y de Lóndres, un período en que el poder supremo ha dejado de guerrear en los campos y de guerrillear en los vericuetos, y ha emprendido una guerra de otro género en que tirotea con acciones de ferrocarril, se bate con puñados de níquel y bombardea á la nacion con rollos de bonos y cupones, ese período, digo, ¿no merece un libro? Si el dios Marte se hubiera trasformado en el dios Mercurio ¿no tomaria de ello apunte la Mitología? Si un guerrero suelta los arreos de combate y se mete á mercachifle ¿no tomará en consideracion el suceso la Filosofía naturalista? Y si un pueblo pasa de las revoluciones á las bancarotas ¿guardará silencio la Historia?

El autor de los *Recuerdos* no pretende haberla hecho hablar porque sabe que ella, la augusta His-

toria, gusta de pronunciarse sobre un hecho ó sobre una serie de hechos, á grandes distancias de tiempo. No há querido hacer mas que preludiar sus voces y por eso no llama á su trabajo Historia, sino Anticipo á ella. Aun pensaba reservarse á publicarla mas tarde. Pero llegó á México en los momentos de agitacion inusitada; la cámara de diputados, ese coliseo de nuestra política, recuerda por su aspecto el senado romano cuando lo invadian los preto-rianos y entre el chasquido de sus armas resonaba el estruendo de la plaza pública; los estudiantes, legion de almas precoces y sanas adonde parece haberse acogido lo poco que alienta entre nosotros de patriotismo y fuerza cívica, ellos, tan jóvenes, casi niños, aparecen ya organizados entre el tumulto en vieja guardia que no se rinde; oye á las mujeres hablar de patria y recoge entre ellas rasgos espartanos de esposas de diputados fluctuan-tes que los excitan al deber y aun al sacrificio, y de madres que mandan á sus hijos en medio del peligro, á que den su voto popular de indignacion en un grito de *muera*; oye derepente descargas de fusilería y ve al sable del soldado blandido como

un puñal; ve pasar á la muchedumbre perseguida, á hombres y niños que caen heridos y muertos. . . . ¿qué es? Es el epílogo que cierra la vida cuatrienal de un gobierno comerciante.

Así acaba él, y en su torno no grita más que la pasión, la pasión de la inmensa mayoría que ataca, y la pasión de la pequeñísima minoría que defiende. En estas circunstancias, un editor pide al autor del *Anticipo* su libro para meterlo entre esas dos pasiones. Y el autor se lo ha soltado y le deja obrar, animado por la idea de que tiene sobre ellas la ventaja de la frialdad en la observacion.

Tres años de ausencia lejos muy lejos del terreno de los hechos, dan á uno derecho á que se le crea bajo su palabra que está sereno y está frio, cuanto cabe estarlo tratándose de sucesos que han quemado tanta sangre y encendido tantos ánimos.

Y basta de prólogo.

Noviembre 25 de 1884.

§. O. p. 7.

NOTA.

Al resolverse á aceptar la publicacion de este libro, no desconoció su autor que, en su deseo y convencimiento de hacer algo útil á su país, se exponia á dos clases de ataques que tiene ya probados: los ataques materiales del esbirro y los morales (ó inmORALES) del insultador.

En prevision de los primeros, ha entregado el original completo de su obra á su editor en esta ciudad, quien se ha ocupado de remitir copia á una librería extranjera encargada de otra edicion; todo con el objeto de que la publicacion no se haga imposible ó se entorpezca por pérdida de la vida ó menoscabo en la salud del autor.

En prevision de los segundos, ó sea los ataques ó insultos por la prensa, el autor se ha propuesto esta regla invariable de conducta: no leerlos. Su situacion particular y voluntaria en este tiempo le favorece para dicho designio. No recibe un sólo periódico ni escribe en ninguno, vive alejado de amistades y relaciones, confia en que las pocas personas con quienes trata ayudarán con el silencio á su ignorancia de lo que se diga del libro, y en su completo retrainimiento, aplaza á su curiosidad, de aquí á veinte años, para saber en tan remoto porvenir lo que con más calma y ménos pasión se juzgue entónces del *Anticipo*.





DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPITULO I. ANTECEDENTES.

I.

Lo que era la política en 1879.

En todo el curso de 79 un cambio fué preparándose, hasta determinarse, en la política del presidente Diaz. En el Congreso, en muchos Gobiernos de los Estados, en el Gabinete, en el ánimo mismo del presidente habia estado prevaleciendo hasta allí la voluntad ó el consejo de un hombre de historia oscura cuya celebridad reciente le venia, por derivacion, de la persona del soldado afortunado sobre quien se le atribuia tan decisiva influencia. Llamábase Justo Benitez, habia sido Secretario íntimo de Diaz, durante la revolucion que éste dirigió contra el presidente Lerdo y se le apuntaba como el autor ó siquiera fuese colaborador anónimo de los planes revolucionarios llamados de la Noria, Tuxtepec y Palo Blanco.



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPITULO I. ANTECEDENTES.

I.

Lo que era la política en 1879.

En todo el curso de 79 un cambio fué preparándose, hasta determinarse, en la política del presidente Diaz. En el Congreso, en muchos Gobiernos de los Estados, en el Gabinete, en el ánimo mismo del presidente habia estado prevaleciendo hasta allí la voluntad ó el consejo de un hombre de historia oscura cuya celebridad reciente le venia, por derivacion, de la persona del soldado afortunado sobre quien se le atribuia tan decisiva influencia. Llamábase Justo Benitez, habia sido Secretario íntimo de Diaz, durante la revolucion que éste dirigió contra el presidente Lerdo y se le apuntaba como el autor ó siquiera fuese colaborador anónimo de los planes revolucionarios llamados de la Noria, Tuxtepec y Palo Blanco.

A la entrada del General Diaz á la presidencia, tuvo á su cargo por breve tiempo la cartera de Hacienda sin que su salida del Ministerio implicase la pérdida ni rebajamiento de su privanza. Desde su nuevo y humilde puesto de miembro de una comision financiera y desde su curul en el Congreso, manejaba á la grande mayoría parlamentaria y promovia crisis ministeriales encaminadas á resolverse en el afianzamiento de su predominio y la retirada de sus rivales en el consejo. Así se retiraron de sus respectivos ministerios, víctimas de la celosidad política del privado, D. Ignacio Vallarta, Ministro de Relaciones Exteriores, y D. Vicente Riva Palacio, de Fomento. Justo Benitez, predilecto del jefe supremo de la situacion, aclamado en periódicos y banquetes por todos los elementos serviles del poder, blanco principal de las iras oposicionistas flotantes sobre el naufragio político de D. Sebastian Lerdo, su personalidad se ofrecia á la prevision general como la continuacion casi segura en el porvenir del árbitro y señor del presente, y por eso cuando habia este consumido más de la mitad de su período presidencial y se pensó en que el principio de no

reeleccion le ponía en el caso de elegirse un sucesor ó sea candidato oficial, apenas habia quien dudase que aquel seria el agraciado.

II.

Así las cosas, llegaba á su término el año de 78, cuando una escision se produjo entre ambas personalidades, escision que debia resolverse en el cambio de frente observado en la marcha pública de nuevo año. Dióle origen real ó aparente una especie de voto indirecto de censura que Benitez promoviera en la Cámara de diputados contra ligera irregularidad en cierto acto del Ministro de Hacienda D. Matías Romero, mal mirado por la agrupacion benitista y su jefe que urdian el removerle del Gabinete como sério obstáculo á su omnipotencia. El rechazamiento que el voto aquel recibiera en el Senado, no podia tomarse más que como agria reprimenda que el presidente Diaz se resolvía á aplicar por medio de la Alta Cámara,

directamente adicta á su persona, á las pretensiones cada vez más arrogantes de su íntimo secretario.

Más que éstas, habían provocado la escision las afirmaciones de la voz general y de la prensa que consideraban absorbida toda voluntad propia en el jefe del gobierno por la influencia de su favorito. Achaque natural en espíritus militares ricos de vigor cuanto pobres de letras, es plegarse á la superioridad intelectual de hombre civil y letrado; pero esa sumision puramente espiritual que el carácter no acepta del todo y que puede conservarse inalterable en el período de la lucha y de la desgracia, difícilmente puede mantenerse en el mismo grado despues del triunfo y en el período de la fortuna. D. Justo Benitez no pudo ó no quiso ver esto. No vió que el poder de direccion que, á favor de su título y ciencia de abogado, tantos años había ejercido sobre Porfirio Diaz, soldado y revolucionario, habría de faltarle sobre Porfirio Diaz, vencedor y presidente. Su dominio, *cactus* cultivado veinte años, duró dos. Minero insensato que quiso hallar en el fondo de la mina de su privanza

la piedra filosofal de la presidencia, en el empeño de explotarla demasiado, la agotó. A los pocos días del incidente pedia una licencia, que parecia forzada abjuracion política, para separarse de su empleo con goce de sueldo. Y en el goce de la licencia y del sueldo, marchó para hacer un viaje de ocho meses por Europa, desde donde confirmó su abjuracion en una carta pública de renuncia á su candidatura para la presidencia.

III:

Una sombra del benitismo muerto, quedó sin embargo proyectándose cerca del presidente Diaz, bajo la figura de un ministro de Justicia que llevaba el nombre de Protasio Tagle. En él pareció revivir y prolongarse por algun tiempo la direccion del privado ausente; desplegó gran lujo reglamentario en el ramo de instruccion, y dirigió la derrota de un proyecto de Exposicion Universal.

contra el Ministerio de Fomento y crisis sucesivas en el de Hacienda. Pero estos pujos de influencia, sin apoyo en un partido de porvenir, tenían que disiparse al embate del primer vientecillo que concurbara la atmósfera política. Y el viento sopló, y sopló fuerte....

IV.

Determinase el cambio. ¿En qué sentido?

Llegaba el tiempo de decidirse, y el general Diaz fluctuaba. Sabia lo que pesaba para la solución del problema público el deslumbrador prestigio de su éxito y su espada de Tecuac arrojada como la de Breno, en la balanza oscilante de nuestra suerte. Un fruncimiento de su entrecejo habia disuelto al grupo benitista; una sonrisa suya podia recomponerlo ó crear otro nuevo y fuerte. Casi un año le faltaba para llegar al término marcado de su gobierno, y en su indecision no habia abierto ni un por tillo practicable á los oficiosos para preparar el

simulacro electoral. Alentaba y dividia al elemento civil en Tagle y en Vallarta halagados y rechazados por él alternativamente; y llegaron tambien á traslucirse en su actitud vagas complacencias hácia insinuaciones de reeleccion que la lisonja le murmuraba al oído, en pugna con un principio capital de sus planes revolucionarios.

Un movimiento combinado de rebelion vino á sacarle de su perplejidad. Su propia audacia coronada por la fortuna tentaba á la audacia de todos; agitarónse varios cabecillas del Nayarit en aquella tierra de antiguo dispuesta á volver centuplicado el grano de la discordia, y un soldado salido de las mismas filas porfiristas, el general Miguel Negrete, lanzó una proclama revolucionaria en Monte Alto secundada por algun movimiento de guerrilla y por un complot, medio militar, medio marino, tramado en Veracruz y ahogado en la sangre de ejecuciones asesinas..... El historiador se vale de la rapidez narrativa de este capítulo de *Antecedentes* para pasar sin detenerse sobre ese episodio de sangre. Cuando Tácito callaba sobre crímenes de César y de Augusto, era que queria reservar-

se en contra de Tiberio, Neron y demás emperadores, toda la suma de sus energías de que se resistía á hacer el menor gasto en el preámbulo. Sin ser Tácito por la pluma; quiere aquí el narrador ser *tácito* por la omisión, y sólo se detiene para señalar el rumbo que imprimió á la política presidencial el contrachoque de tan tristes sucesos. El soldado reapareció en el estadista y político improvisados, desdeñó como insuficientes al elemento civil y á la gente togada con quienes pareció, en un principio, fraternizar y confundirse, é inclinóse á buscar al problema del futuro una solución militar.

La reelección era demasiado, y el solo susurro de ella en la prensa y la iniciativa aislada del congreso de Morelos habían atraído al Gobierno declaraciones de oposición de parte de varias legislaturas de Estados; un setenado á la francesa era más, porque equivalía á aceptar el caos constitucional. . . . Quedábale el recurso de continuarse indirectamente por medio de segunda persona, afin por la clase, cómplice por la misma historia revolucionaria y naturalmente sumiso por razones

de gerarquía militar que se añadieran á la gratitud por la elevación. Buscó en torno suyo esa personalidad, y vió inmediato á sí, al frente de departamento de Guerra, á un hombre de quien le separaban antiguas tradiciones y con quien se sentía ligado por vínculos contraídos en el triunfo reciente. Estos prevalecieron sobre aquellas y desde entónces la candidatura oficial quedó resuelta en favor de aquel hombre, general y ministro. Era él D. Manuel Gonzalez.

V.

Donde había nacido el General Gonzalez.

Apénas se hubo conocido públicamente el sentido militar de la decisión del General Díaz y empezó éste á poner á disposición del agraciado los elementos oficiales, cuando una afirmación alarmante acerca de la nacionalidad del candidato, recorrió los diarios de oposición y encontró fácil éico en las masas mejor inclinadas á la credulidad que

á la duda: "el General Gonzalez es español." Y para rebatirla, un órgano del aludido publicó á poco tiempo una fé de bautismo procedente de Matamoros, que decía:

"En la villa de Matamoros, á diez y ocho de Junio de mil ochocientos treinta, el presbítero Don Manuel de la Garza, mi teniente, bautizó solemnemente y puso los santos Oleos y sagrado Crisma á José Manuel del Refugio, de un día de nacido, hijo legítimo de Don Fernando Gonzalez y Doña Eusebia Flores; no dieron razon de los abuelos paternos y maternos: padrinos D. Miguel Rodriguez y Doña Martina Flores, á quienes advirtió su parentesco.—Firmado, José M. Rodriguez, cura de la parroquia de Matamoros."

Noticias extraoficiales agregaron que Gonzalez habia nacido en el rancho del Moquete, á inmediaciones de Matamoros, de madre mexicana y padre español. Pero la verdad es que la malicia popular no quiso rendirse á pruebas de fórmula. Atribuíase la remision á la capital de la República, de la *fé de bautismo*, al señor General Canales, amigo personal del candidato, y la muchedumbre

que antepone el testimonio de los ojos al de los documentos, sacaba de su aspecto físico y de ciertos rasgos de su estilo y carácter las pruebas de españolismo que no hallaba en la partida parroquial que se le presentaba. Tenia, en efecto, en la anchurosa conformacion de sus hombros y su espalda, en el pecho vigorosamente destacado, en lo resuelto del paso y del ademan, en la propiedad un poco aragonesa de hacer preceder sordos gruñidos á la emision de la voz articulada, y hasta en el abuso del juramento favorecido por la suprema irritabilidad de su carácter, tenia en todo ello tal conjunto de signos sensibles, comunes entre el pueblo de la península hispana, que ellos solos bastaban á explicar las dudas pertinaces del vulgo sobre la nacionalidad del candidato.

El historiador se ha permitido fijar especial atencion sobre este punto, porque en el curso de esta Historia habrá que recordarlo para hacer resaltar más el fenómeno de que jamás, desde la Independencia, se habia visto en México una administracion en que el elemento español figurara con tanta influencia y en tanto número como en la que vere-

mos presidida por el general nacido en el Moquete y bautizado en Matamoros.

VI.

Cómo había empezado á vivir el General Gonzalez.

Dice el testimonio bautismal del cura Sebastian Aparicio que cuando le llevaron á su parroquia de Matamoros al niño José Manuel del Refugio tenia éste un dia de nacido. Y como el rancho del Moquete está á unas cinco leguas de dicha ciudad, resulta que no habian trascurrido veinte horas de que saliera el infante del claustro materno, cuando se le expuso á una caminata de cinco leguas; y como es de suponerse que el mismo dia le hicieran regresar al lado de su madre, infiérese que antes de terminarse, para el niño aquel, su segundo dia de vida, ya tenia sobre el cuerpo la fatiga de diez leguas de viaje. Viaje de pobre á los cuatro vientos, sin toldo de vehículo que le resguardara del sol

abrasador de Junio en aquella zona; no cabe más ruda iniciacion en la vida. En el terreno de la Fábula el Gargantúa de Rabelais que sale del vientre á beberse un vaso de vino, y en el de la Historia Enrique IV, cuyos lábios de recién nacido son frotados con ajo, no sufrieron tan dura prueba como nuestro pequeño viajero. Pudo decirse que su primera cuna fué el arenal del camino, su primer arrullo el estremecimiento de la marcha en los brazos que le conducian, y que el bravo sol de nuestra frontera septentrional le dió la bienvenida con un beso candente. Cuando se hace esa entrada en el mundo, ó se muere en los umbrales ó se vive para vivir duplicado en fuerzas, en aptitudes para el movimiento y la lucha, respecto de las fuerzas y aptitudes del comun de los hombres.

Y empezó á vivir vulgarmente, como cualquier hijo de vecino fronterizo, en un rancho ganadero y con un nombre (Gonzalez) que es en México el más popular de los apellidos, algo como un nombre público, como el *Smith* en Inglaterra y el *Garnier* en Francia, nombres que por su generalidad ya no pertenecen á un individuo ni á una familia,

sino á la masa. Su niñez se deslizó al amparo de un tío suyo, de nombre Campuzano, sastre del Moquete, sin que el historiador haya podido descubrir entre las lejanas y oscuras sombras que rodean la infancia de un hombre del pueblo, hasta qué grado el niño ejerció sus primeros talentos en el taller de sastrería de su tío. Lo que sí se sabe es que ya avanzado en la adolescencia entró como empleado en Matamoros á una tienda que era á la vez comercio de abarrotes y panadería, y que allí estuvo trabajando en este último ramo. Después hubo alguien que le viera fungiendo de cantinero en la cantina de un tal Galbar, español también, y allí acaba la parte privada y tranquila de su vida, y luego se le ve perderse y aparecer alternativamente en las peripecias de una vida de combate.

El historiador tiene derecho á apoderarse de esta última como de un capítulo suelto de nuestra vieja historia revolucionaria. — ¿Por qué se ha ocupado también, aunque levemente, de su primera vida privada y oscura? — Porque para el historiador no son elementos vedados ni indiferentes en el pasado de un hombre histórico los que arroja el

período temprano y oscuro de sus días, cuando en ellas puede encontrarse el germen y la explicación de cualidades desarrolladas y hechos verificados en el trascurso de su vida pública.

De estos hechos: se le expuso de recién nacido á las fatigas de relativamente larga traslación y los rigores del clima; tuvo por director de su infancia á un sastre y fué dependiente de comercio y en tiendas españolas, (*) ¿no surgirá de ellos en lo sucesivo del relato alguna ilustración conveniente á este estudio histórico que ante todo quiere ser sincero?

VII.

Gonzalez, militar conservador.

Tocaba ya á los 21 años en su humilde oficio de dependiente, y corría el año de 52 fecundo para

(*) Esta circunstancia de servir á españoles y andar siempre entre ellos, le atrajo desde entónces el apodo de *gachupin*.

México en motines locales que obraban sobre la sociedad tumultuaria de entónces como chispa en paja seca, trasformándose en poco tiempo en revoluciones nacionales. Un hombre del pueblo, Blancarte, de oficio sombrerero, asaltaba el palacio gubernamental de Guadalajara con un grupo de obreros de su misma industria, y aquel movimientillo que derrocó inmediatamente á un gobierno local, fué creciendo en pocos dias hasta derribar al gobierno federal y liberal del presidente Arista.

Así se hacían la mayor parte de nuestros generales y caudillos en aquellos buenos tiempos. Un hortera con doce pesos de sueldo mensual, con los brazos desnudos bajo la manga enrollada de la camisa, sentía derepente que el cucharón de madera con que despachaba *tlacos* de manteca, tomaba en su puño cierta forma de espada, lo blandía con entusiasmo y desde entónces no acechaba más que una pequeña ocasion para salir de la tienda á hacerse general. La vida de mostrador en los pequeños comercios, miserable y sedentaria, con las horas y los dias iguales, dedicados al mismo trabajo mecánico y rudo y sin otra perspectiva de porve-

nir que la de hacer subir el sueldo hasta el límite infranqueable de 50 ó 60 pesos, es la más propia para encender en ansias de lucha á los hombres de vigor y de ambicion.

Para Manuel Gonzalez tenia que ser esa vida como un encadenamiento; tenia que reventar su cadena y saltar, por una ley de organizacion. Y saltó en efecto, en un dia de aquel año, por sobre el amasijo, sobre el mostrador, sobre todos los obstáculos que el cálculo ó la necesidad oponen al impulso de los jóvenes pobres.

VIII.

Gonzalez, santa-annista.

Habíase entronizado Santa-Anna tras de la caída de Arista. La filiacion de Gonzalez directamente española por el lado paterno, su prolongado contacto con españoles y subordinacion moral á los mismos, debieron haberle infundido ideas y sentimientos comunes en ellos. El amor á la autoridad

unitaria, al relumbre del fuero y del título, á los ceremoniales del tratamiento, al gobernante ungi- do bajo el palio del obispo, es sentimiento fuerte, natural, casi ingénito en el hombre de España. En la raza española de los nacidos en América ese sentimiento se pierde ó se debilita, también natu- ralmente, en virtud de cierta atmósfera moral de simplicidad y de igualdad; pero esta ley constante tiene una excepción, y es en el caso de que en el hispano americano resulte destruida la acción de esa atmósfera por la influencia española de la so- ciedad particular que le circunda. Fué este el ca- so de Gonzalez. Por eso tuvo que ir á dar á las filas de la reaccion santa-annista como van los rios á la mar. Segun consta en el Escalafon del ejército, en 5 de Abril de 1853, Manuel Gonzalez sentó plaza de soldado raso.

IX.

De soldado á cabo, de cabo á sargento segundo y primero, y de ahí á subteniente y teniente, pasó el jóven Gonzalez en virtud de un movimiento de as- cension rápida. Sus ascensos se verificaban de mes á mes. Fuerte, hasta parecer que su fuerza domina- ba y destruía en él las funciones necesarias á la vida; capaz de hacer á pié jornadas de veinte le- guas sin rendirse; capaz de pasarse varios dias sin comer, ni beber ni dormir ó durmiendo al paso y con el fusil al hombro; cuerpo que la naturaleza produjo en uno de sus más locos esfuerzos para tener en él quien la desafiara á ella misma; la ley orgánica se estrellaba en su organismo; la nutricion podia ser en él efectuada por frutos silvestres (*gua- yabas, tunas, jicamas*); el sueño no necesitaba del reposo para adormecerle, la sed se le apagaba con agua recogida del charco inmundo, en el hueco de la mano. Cuando un hombre así organizado pene- traba en las filas de nuestro ejército, no tenia más

que presentarse y revelar su fuerza para hacerse acreedor á las estrellas de coronel. En aquel tiempo más que hoy la fuerza física era el gran mérito del soldado. El que se cansaba y rendía en el camino, mal nutrido y saciado, después de tres días de marcha continua, era atravesado por la espada del jefe en el mismo lugar donde caía; el que proseguía, sin sucumbir ni quejarse, era el solo que, mediante una mención honorífica del jefe, podía tener probabilidades de empezar á entrar en la gloria. Era ella la gloria militar, no del hombre, sino del músculo.

Este capítulo de historia personal tiene que pasar rápido sobre ese período extraordinario, y para otros de vasto análisis, que se llamó la dictadura de Santa Anna. Ella había empezado á vacilar entre los tiros de la revolución y las risas del pueblo desde el año de 1854. D. Juan Alvarez la ba-

tía con redoblados golpes de ariete, desde sus montañas del Sur. Pero más que por la acción exterior, moría por su misma organización enferma y carcomida en el corazón por el gusano del ridículo. Un gobierno con un jefe que se hace llamar en femenino *Serenísima*, que se pregona á sí mismo caballero *gran Cruz de la Orden* de Carlos III, que ha comido la troncha del soldado y tiene sin embargo en su palacio gubernamental una *sala del trono*; un gobierno que instituye órdenes como la de Guadalupe y toma de la ciudad algunos señores que suelen ponerse la chaqueta y el sombrero del charro, para armarles caballeros de dicha orden y hacerles llevar mantos y sombreros á la mosquetera, de ala levantada, y plumage; un gobierno, en fin, cuyo jefe se hace proclamar alguna vez *Emperador Constitucional* y alguna otra *Gran Elector* y *Gran Almirante* y *Mariscal de los Ejércitos*, que sale al paseo público en carroza precedida por cincuenta batidores y que contenta con letras de imprenta todos sus títulos y condecoraciones para decretar que los faldores de las levitas de los artilleros sean más largos y su-

solapas lleven *dorados en forma de sierra* y usen sombreros montados, ese gobierno puede vivir en cualquier parte ménos en México que mata con la risa á todo lo que á fuerza de intentar ser serio degenera en grotesco, como los ingleses matan con la seriedad á todo lo chistoso. El dictador Santa Anna murió políticamente en México de risa pública como había muerto de la misma muerte el emperador Solouque en Santo Domingo. Los balazos de Alvarez y Comonfort no pudieron más contra él que el apodo satírico é indiano de *hueehuenches* aplicado á sus caballeros de la Orden de Guadalupe.

Qué partecilla tocó á Gonzalez, soldado insignificante, en esa gran caída, es difícil determinarlo. El grano de arena, imperceptible en sí mismo, lo es más en medio de un remolino. El subtenientito que al recorrer en órden las calles al frente de su compañía, pasa sin ser notado, por más que mire fieramente bajo la visera de su kepi, se hace microscópico en el tumulto de una fuga por las veredas, cuando el soldado, con los pantalones remangados hasta las rodillas, perdidas sus insignias

y hasta sus facciones bajo el polvo y el lodo del camino, se trasforma en bohemio de guerrilla, Baste decir que Manuel Gonzalez, con su grado de subteniente, perseveró tras la caída de Santa Anna, en el pecado de la reaccion conservadora, y pasó de Tamaulipas hácia otro campo de accion en que se le verá figurando en medio de otra más activa lucha, conocida en nuestra Historia bajo el nombre de guerra de Reforma.

XI

Gonzalez, antireformista.

Seguir á Gonzalez á través de la revolucion de Reforma es como seguir con la vista al peñasco que va rodando desde la cumbre de una montaña, oculto casi siempre por su misma marcha vertiginosa y no revelándose á la mirada más que por intervalos, por apariciones súbitas en los claros de la espesura, allí por un salto dado sobre otra roca

con que tropieza y más allá por la arboleda que se agita, las ramas desgajadas y los troncos doblados á su terrible choque. Más que la vida militar del soldado *mocho*, puédense referir sus episodios sueltos. Cada uno de ellos es la aventura de un Tenorio de vericuetos en quien al amor por las mujeres, ha sustituido el encarnizamiento por una causa política. Aquel Tenorio tuvo también su D. Luis Mejía. Tal era el nombre de un jefe liberal, hermano del histórico general y Ministro D. Ignacio Mejía, quien ocupando á Tamasola fué asaltado por tropas reaccionarias en que militaba Gonzalez, saliendo éste herido de un balazo en la cara. La bala, resbalando en su carne, dura como una costura, dejó una herida que él recibió tan impasiblemente como se recibe el rasguño de una mano cariñosa. Había nacido para ser acariciado más que ofendido por el hierro, y su herida cerró luego, no sin dejar en su mejilla áspera arruga que le duró toda su vida para acentuar la expresión belicosa de su rostro.

Ya por el tiempo de ese percance se había unido y subordinado á un jefe español de tenebrosa histo-

ria que se hacía llamar el General José María Cobos. Ligado manifiestamente en hazañas de plágio, crimen desconocido hasta entonces y después ejercido por muchos imitadores en el país, su personalidad vacilaba entre el militar y el bandido. Era, sobre todo, un generalazo matador por hábito, guerrero, no en consideración á la guerra misma, sino á lo que ella tiene de espoliación y de hotin, salvaje con el enemigo durante la pelea, cruel y verdugo con el prisionero después de ella.

El campo de acción de este jefe era el Oriente del país. Los Estados de Oaxaca, Chiapas, Veracruz están llenos de su triste recuerdo. En ellos perseguía á la revolución liberal suscitada por el partido continuador de la dictadura de Santa Anna, y los detalles de esa persecución no se oyen sino con estremecimiento. Una de las más frecuentes crueldades de él y de los suyos con los prisioneros era el arrastrarlos de los pies por medio de zoga liada á la cabeza de la silla del jinete arrastrador. Cierta día memorable, á la sazón que Cobos había ocupado la capital de Oaxaca, uno de los suyos, español también, de nom-

bre Dominguez, se distinguió por un ligero apéndice que añadió á esa operacion del arrastramiento. Cuando hubo arrastrado á toda la carrera de su caballo, sobre el suelo erizado de piedras, á un prisionero liberal, le dejó tendido y moribundo en medio de la plaza principal, frente á la puerta del Palacio del Gobierno. En seguida, bajando del caballo y tomando la pólvora que contenia el cartucho de un centinela de Palacio, la aplicó sobre los dos ojos de la víctima y le prendió fuego con la lumbre de un puro.

El historiador no puede imputar á Gonzalez una determinada participacion en estos actos de salvagismo que suponen mayor ó menor complicidad en todos los miembros de la faccion. Ella, en conjunto saqueó el Real del Monte; y no perdonó ni á las mujeres que, cuando no sufrían males mayores, eran por ella expuestas al ridículo, como lo fueron las de los soldados liberales y del pueblo de la ciudad de Oaxaca tomada por asalto, y á las cuales la faccion de Cobos castigó en sus cabelleras sometiéndolas á general tonsura. Pero, indudablemente, la memoria de los contemporáneos y testigos de tan odiosas jornadas, puede

todavía recordar la figura de Manuel Gonzalez dibujándose distintamente entre la polvareda y los nubarrones de los humazos. Aun se le recuerda en su traje de medio uniforme, con un sombrero de ancha ala, de esos que se llaman en el país alemanes, y montado en su caballito cojido la víspera de cualquier parte, para ser reventado al siguiente, se le recuerda marchando al lado de José M. Cobos de quien fué ayudante.

Aun hay quien precise hechos. Un dia dirigió Gonzalez en la ciudad de Oaxaca una operacion de *leva* de que no se escapaba hijo de vecino que asomase el cuerpo fuera de la puerta de su casa. A cada hombre caído por su mala fortuna en la trampa de la *leva*, exigíale el ayudante de Cobos un fusil, para soltarle libre. Había al efecto, expuesto á la venta, en la plaza principal, un haz de diez fusiles viejos de su propio armamento. Al forzado que se disponía á pagar á tal precio su rescate, se le obligaba á comprar un fusil de aquellos. Entraba el precio (10 ó 12 pesos) en poder del simulado paisano vendedor, entraba el fusil al cuartel, salía de él el hombre libre; y cuando el haz de fusiles iba desapareciendo en la plaza en

virtud de la misma operacion repetida en otros hombres, entonces los fusiles volvan del cuartel á la plaza á recomponer el haz disminuido. Así fue cómo con diez fusiles viejos que no salieron de su propiedad, pudo tener el ayudante reaccionario algunos y buenos pesos que entraron en sus arcas militares.

El comerciantito de Matamoros seguía el oficio á pesar de la vida de campaña. Ya habrá tiempo, en el trascurso de esta historia, de verle desplegando en mas alta escala sus dotes mercantiles. Sólo que entónces, en vez de los fusiles oaxaqueños, quizá se sirva de los fusiles y otras armas no muy nuevas que, tiempos atras, nos vendieran los ingleses.

XI.

Siguen las hazañas de Gonzalez, ayudante de Cobos.

En esa guerra de Oaxaca de 58 á 61, los combatientes desaparecían de repente hundiéndose

como si la tierra se hubiese abierto para devorar á tan implacables enemigos. Era que en su afán de destruirse les parecian insuficientes los medios de que disponian en la superficie y se echaban á luchar subterráneamente. El perseguido hizo en Roma la catacumba; el perseguidor hacia en Oaxaca esa otra catacumba de la guerra que se llama *el camino cubierto*. Se empezaba como las hormigas: un hollo vertical, y luego la prolongacion horizontal por donde los soldados alineados en una sola fila se abrian paso á golpe de hacha en el seno de la tierra hasta llegar bajo el campo enemigo; y se acaba como los gigantes, aventándole á aquel con trozo de costra arrancado á la tierra, ya no por la fuerza del brazo, sino por la explosion del fulminante.

Sucedía á veces que los dos combatientes haciendo cada uno de su parte su camino cubierto, se encontraban de repente sin preverlo, como se encuentran y tropiezan los que marchan en las tinieblas. Las vías subterráneas malamente llamadas *paralelas* concurrían en un punto, y á esta concurrencia tan inesperada seguía lucha indeclinable y ciega en la angosta brecha. Era como una

introduccion en el cañon mismo de una arma de fuego: las balas silvaban dirigiéndose sobre los combatientes emparedados, sin errar su destino, y aun los compañeros de armas se mataban unos á otros en la confusion. Manuel Gonzalez, empeñado en esa lucha subterránea decidió aprovechar esa misma contingencia del encuentro en los caminos cubiertos. Buscó ese encuentro en vez de evitarlo. Los liberales dirigian sus minas hacia la plaza de Oaxaca ocupada por los conservadores, y él dirigió las suyas hacia las mismas de aquellos. Una idea infernal le atormentaba y la llevó á la práctica. Proveyóse de sustancias químicas intoxicantes como el azufre y el arsénico, y sometióndolas á la fumigacion, las arrojaba hacia el camino cubierto de los enemigos, en los momentos en que estos se replegaban hacia su fondo sin salida...

El procedimiento resultó certero: los liberales morian, con la doble muerte de la asfixia y del envenenamiento, hallando la tumba en el antro donde buscaban la victoria. Todo, porque un jóven abarrotero de Matamoros que entre sus especies debió haber manejado algunas drogas, discurrió un dia meterse de soldado en las filas reaccionarias.

XII.

Soliales llegar, empero, á los conservadores de Oriente, á Cobos y los suyos, adueñados de la capital de Oaxaca, su turno de derrotas. Fué una de éstas el 4 de Agosto de 1860 en la accion de San Luis, pueblecillo situado á una legua de aquella ciudad. Dirigia las fuerzas liberales el general Turburcio Montiel, que desbarató y puso en fuga á los conservadores. Manuel Gonzalez perdió su caballo en la refriega; fiero trance que le puso en el caso de gritar como Eduardo IV de Inglaterra: «mi reino por un caballo!» sin tener un reino con que apoyar la demanda. Pero tenia piernas, y se echó á correr como un desesperado, sintiendo tras de sí el tropel de las caballerías liberales destacadas en alcance de los fugitivos. Parecia perdido, pero la fragosidad del terreno y su propia desesperacion le salvaron. Vió barrancos abiertos de repente ba-

jo sus pies cansados de correr. Muchos de sus compañeros de fuga se detenían ante ellos como ante abismos infranqueables, resignándose á caer prisioneros; pero el viajero recién nacido del Moquete, tenía en su ánimo y en su cuerpo recursos supremos desconocidos á la casta comun. Echó su miedo al fondo de los barrancos, y viendo que faltaba á su cuerpo el movimiento que dan los músculos, á causa del obstáculo opuesto, hizo de su cuerpo un bulfo capaz de moverse por el puro movimiento que dan la gravedad y la inercia, y dejándose caer, rodó por intermitencias de barranco en barranco. El recurso era rudo; pero le salvó de morir fusilado sin llegar á presidente. Tasajeado, herido por las piedras y la maleza desde la frente á las plantas, y con su traje roto por las breñas en que había dejado sus pedazos, llegó á Oaxaca casi desnudo y desangrando por cada herida como un

San Sebastian.

XIII.

Entre éstas y otras campañas, vencidos y vencedores alternativamente los reaccionarios, vengados sus descalabros, con el concurso de Cobos y de Gonzalez, en víctimas ilustres como la del eminente Alatríste, fusilado Cobos en justa expiación de sus horrores, pasado Gonzalez á militar en las filas del no menos tristemente célebre Leonardo Márquez, bajo cuyas órdenes asistió á la jornada sangrienta de Barranca Seca, complicado con las grandes figuras patibularias de la reaccion, unido su pequeño nombre de Teniente coronel á los ruidosos nombres de Generales execrados, salpicada su frente con sangre bendecida por la historia, manchadas sus manos con los despojos de las más salvajes pillerías de guerrilla, así se encontraba determinada la posición de aquel hombre, al despuntar para México el astro menguante de la Intervención europea.

En tales circunstancias, aquel hombre, como

abrumado por el remordimiento de su historia, en vez de entregarse á un jurado militar para someterse á proceso, degradacion y muerte, se presentó á los jefes liberales para prestar sus servicios en la obra de defensa nacional. En los dias supremos, la patria acepta aun los brazos de hombres cubiertos por el cieno de la moral y de la política. Y sin embargo, no habia jefe que quisiese recibir en sus filas á Gonzalez y á otros cinco ó seis compañeros de su misma faccion. Presentáronse primero al General Zaragoza, quien les admitió por de pronto y se excusó luego, dirigiéndoles á las filas de Aureliano Rivera que se negó á recibirles, hasta que por fin obtuvo Gonzalez el ingreso en las tropas del General Porfirio Diaz, quien le aceptó y utilizó. ¿Por qué fatalidad misteriosa se ordenan los acontecimientos para favorecer la fortuna de un hombre, de tal suerte, que aun sus mismos reveses le sirven para elevarse? Si Gonzalez hubiese sido aceptado por Zaragoza ó Rivera, todo indica que los vínculos de compañerismo que con ellos hubiese contraído, no le habrian servido de hilos conductores al más suntuoso salon del Palacio Nacional, tan

maravillosamente como le sirvieron los que contrajo desde entónces con Porfirio Diaz. A su lado asistió y tomó parte en las escaramuzas de Oaxaca en contra del general Bazaine; con él sostuvo e breve sitio de la capital de dicho Estado; con él se rindió y cayó prisionero, yendo ambos á las mismas prisiones militares de Puebla, de donde salieron el primero por evasion y el segundo por libertad concedida por el Imperio con motivo de acta de gracia otorgado á Gonzalez y á otros prisioneros, en el dia del cumpleaños de la Emperatriz Carlota.

Más tarde, fué en esa misma ciudad, en Puebla donde Gonzalez concurrió al sitio, terminado por el asalto del 2 de Abril de 1867 y dirigido por Diaz contra las fuerzas imperialistas que la ocupaban. Poco antes del asalto, subió el antiguo *mochito*, nombre vulgar que se aplicaba á los conservadores, á la azotea de una casa situada en las líneas de las fuerzas sitiadoras, aunque bien cercana á las de los sitiados. Tiroteaban estos sobre ella á la sazón que Gonzalez se propusiera ascender y fué de ello advertido. Pero las balas anunciadas

se embotaban en su ánimo familiarizado con el plomo y el fuego, y al echar su brazo derecho sobre un bardal para saltar á la azotea que protegía, recibió en él una bala que le condenó á la amputación casi total de ese miembro. Era la primera herida desgraciada que recibía. Las anteriores habían acribillado su epidermis sin llegarle al hueso. Solo le quedó desde entonces un pequeño muñon agitándose nerviosamente bajo el humerus. Un brazo cortado es en el hombre un rabo inútil sustituido á un instrumento útil. . . . Perecances de la guerra; pero parecía, además, haber en ello una manifestación de la eterna Justicia que al ver á aquel hombre admitido bajo las banderas del honor nacional, quiso marcar para siempre su pasado por medio de un signo visible al pueblo, dejándole tan mocho en el sentido físico como lo había sido en el político.

XIV.

El 15 de Noviembre de 1876.

.....

Han pasado diez años. . . . En la mesa central del Anahuac, en el espacio que se extiende por donde hoy pasa el ferrocarril de Veracruz, entre las estaciones de Apizaco y de Huamantla, está una llanura cerrada hácia el Sur por el volcan apagado de la Malinche y hácia el Norte por una línea de cimas parduzcas, primeros escalones de la sierra de Puebla extendida á lo léjos en montañas azuladas que son á su vez los escalones de la cordillera americana.

En la tarde del 15 de Noviembre de 1876, dos cuerpos de ejército, el uno próximamente de 3,000 hombres, y el otro de 5,000 habían estado escaramuceándose cerca del pueblecillo de Huamantla. Avanzada la tarde se vió al cuerpo de 5,000 emprender la retirada en dirección á las lomas de la

sierra de Puebla, y poco despues el de 3,000 hombres atravesó tambien la llanura, desprendiéndose del mismo punto y marchando en una línea no muy desviada de la que seguia el contrario....

Cerró la noche, y aquellos dos cuerpos marchando silenciosamente, y sintiéndose más que viéndose el uno al otro, acamparon guardándo entre sí poca distancia, en las primeras lomas de la sierra de Puebla. ¿Qué iban á hacer allí aquellas dos multitudes armadas?—Una secreta inteligencia se habia establecido entre ambas. Sin comunicárselo expresamente se habian dicho la una á la otra á través de las sombras que las envolvian descendiendo de las montañas: "estémonos aquí y mañana nos batiremos."

Cuentan las historias que en el período de nuestra infancia militar, cuando el cura Hidalgo se batía con pedradas contra balazos y cuando sus guerreros de honda se echaban á tapar con sus sombreros las bocas de los cañones españoles, cuentan que entonces toda la estrategia mexicana se reduci á un punto único: ocupar una montaña. "Ganar una altura," era para ellos *ganar*. No se necesitaba más: una vez cumplido el requisito de la

superioridad geométrica sobre los enemigos del llano, no se tenia más que apedrearlos desde lo alto ó bajar sobre ellos, corriendo en desordenados pelotones, para hacerles añicos. Murió el cura Hidalgo y sus indios, pero su monomanía de estrategia fué trasmitada al nuevo y más culto soldado mexicano como una herencia vinculada en la sangre. Los nuevos soldados siguieron con el horror al llano y el amor á la montaña. Por eso los dos cuerpos de ejército que en el llano desnudo de Huamantla no habian hecho más que tirotearse; al sentir la intermediacion de las montañas de la sierra poblana, tenian que resolverse á batirse. Encendiéronse las fogatas en uno y otro campo, aderezaron unos y otros su rústica cena de tortillas duras y cecina..... Poco despues, no se oia al pié de aquellas lomas donde alentaban unos ocho mil hombres más que el chillar de los grillos interrumpido por el periódico "alerta" de los centinelas. Y nadie estaba alerta. Casi todos dormian, como Oliveros y el Gigante Fierabras, cuando cansados de pelear se echaban á roncar un rato sobre sus armas.... Pero se batirian, no habia duda, porque los unos eran enemigos mortales de los otros, y cada cual se habia

posesionado de su montañita Se estaba en la víspera de una gran batalla.

XV.

¿Quiénes eran los beligerantes?

Los 3,000 hombres eran mandados por el General Ignacio Alatorre, en representación militar del presidente de la República Sebastian Lerdo de Tejada; los 5,000 eran mandados por el General Porfirio Díaz en representación de sí mismo Eso era lo que todos sabían; lo que no sabían todos era esto: que en la batalla que se preparaba iba á resolverse, más que una crisis política, una crisis social. Esta crisis venía determinándose, á veces en estado latente, á veces por visibles convulsiones desde 10 años atrás. A la elevación de D. Benito Juárez á la presidencia, tras de la caída de Maximiliano, existía una gran masa de población militar. No habría temor de afirmar que era ella la mitad de toda la población de México, adulta y masculina. Y constando en aquel tiempo esta

población de varones adultos de unos dos millones, resultaba el país conteniendo, entre sus ocho millones de habitantes, una turba soldadesca de un millón de hombres. ¿Quién la había hecho?—Medio siglo de revolución. Los mexicanos que durante él echaron bozo ó peñaron barbas nacieron para el militarismo casi por destino manifiesto. Aquellos á quienes la ociosidad y el espíritu de vagancia no hacían soldados, los hacía la exaltación política, y los que ésta no hacía, los hacía la *leva*. Y era aquel un militarismo activo, no como el de los actuales pueblos de Europa que á imitación de la Prusia trabajan por establecer un servicio militar obligatorio para todos los ciudadanos, pero pacífico, simplemente instructivo y de pura prevención para la guerra; sino un militarismo que absorbía al hombre todo de quien se apoderaba, hacía de la guerra su oficio, del sueldo militar ó de su parte de botín sus elementos de subsistencia, que empleaba todas las fuerzas y llenaba todas las horas de su vida. Se era soldado exclusivamente, y el que lo era no servía para nada más. El ser racional, progresivo, susceptible de subsistir por el trabajo regu-

lar de sus manos ó de su inteligencia desaparecía en la unidad militante; quitarle el *prest* era echarle de seguro ó á la muerte por el hambre, ó á la subsistencia por medio del delito ó del crimen...

Un pueblo así, con ese exceso de masa militar, si es fuerte como la antigua Roma ó como la Francia de Napoleon, tiene un supremo recurso salvador dando salida y actividad por medio de ventajosas guerras exteriores á su elemento militar sobrea-bundante que puede vivir á costa del país dominado; pero un pueblo débil é incapaz de provechosas guerras invasoras como lo es México, reducido á las mismas circunstancias, sucumbe congestionado por sus gastos de guerra.

XVI.

Juarez comprendió esto, y en consecuencia diezmó el ejército de noventa mil hombres que á la caída del imperio se le presentaron reclamando su grado en el escalafón y su lote en el presupuesto de guerra. Y desde entónces una gran masa de mi-

litarismo licenciado ó no reconocido, guerrillero^s con altas graduaciones pescadas en la revuelta, *chinacos* de naturaleza anfibia entre el soldado y el bandido, jóvenes acostumbrados á la vida de holganza ó de aventuras del ejército, padres de familia que no concebían la manutención honrada de su cónyuge y prole sin el *peso diario* del pagador de su cuerpo, todos ellos quedaron flotando en la superficie social, como las burbujas de impura crema que sobrenadan en ciertos líquidos, y esos hombres-burbujas que, separados y dispersos no hacían más que partículas de desórden, ligados entre sí por cualquiera fuerza cohesitiva tenían que formar una nata de revolución.

Esa fuerza de cohesión vino á ejercerla un hombre, soldado de ambición y de cierta gloria ganada en las luchas contra la intervención francesa. Era él Porfirio Díaz. Una figura como la suya, con un papel que dijera cualquier cosa como *Proclama* ó *Plan*, ensartado en la punta de su espada, era lo que se necesitaba para que toda aquella masa flotante de militarismo se moviera hácia él de todos los puntos del país, condensándose á su alrededor. Aquella masa puesta en movimiento fué revolu-

cion; primero de la Noria, luego de Tuxtepec, después de Palo Blanco; tres fases distintas y un solo fondo verdadero: el engendro escuálido de medio siglo de revoluciones, el hambre de nuestra inmensa población militar alzándose, disfrazada de planes políticos, para tener pan.

D. Benito Juárez, con la acción vigorosa de un ejército relativamente corto, pero fuertemente organizado, supo anular los efectos de esa revolución social, vencéndola en los combates (la Bufo, la Ciudadela, la Noria), y por otra parte, dió á la expansión del militarismo porfirista una válvula de seguridad, dejándole poder de representación y de lucha parlamentaria en el Congreso. Pero esa revolución, contrarestanda por Juárez, sobrevivió á él. Siguió como pavoroso problema frente al gobierno civil de D. Sebastian Lerdo de Tejada.

Y era en aquellas lomas de la sierra poblana, era en el día siguiente á aquel 15 de Noviembre de 1876, el lugar y el tiempo en que la incógnita del problema tenía que despejarse. Ya conocemos sus términos y lo hemos dejado planteándose. Los campamentos de los beligerantes guardaban en tre-

sí una distancia aproximada de dos cuartos de legua. En ese espacio divisorio había el cauce de un arroyo seco á la sazón, porque así está siempre en el período invernal del año, y en el mismo espacio se alzaba un pequeño cerro con una haciendita en la falda. El arroyo seco se llamaba arroyo de Tecocac; el cerrito, cerro de Tecocac; la hacienda, hacienda de Tecocac. . . . Aquellos tres Tecocac iban á ser los padrinos encargados de bautizar con su propio nombre á la crisis social que iba allí á resolverse.

XVII.

Tecocac.

Brilló la aurora del día siguiente sobre los beligerantes acampados, y entonces pudieron éstos reconocer el terreno en que se hallaban. Hay paisajes que no pueden verse ni describirse sin recitar, aunque sea por lo bajo, el verso de Rioja:

Campes de soledad, triste collado. . .

El campo de soledad era el llano árido de Hua-

mantla; el triste collado era el cerro pedregoso de Tecocac. Magueyeras, mieses heridas por la hoz del segador, hacinamientos de paja y rastrojo, vegetaciones de la arena y del invierno, era todo lo que hablaba de vida en el muerto paisaje. Luego, aquel arroyo seco, ondeando bajo los piés como una serpiente muerta, y aquel volcan emblanquecido, limitando á lo léjos la mirada, no hablaban más que de algo ausente ó apagado. El agua no llega á la Hacienda de Tecocac más que por la escasa y extraordinaria que le mandan las lluvias, y esa agua, recogida en aljibes ó *jagüeyes*, apenas sirve para las más precisas necesidades del largo período de sequía. Y allí donde falta el agua, ese jugo de la naturaleza, allí la flor no crece, y la tierra misma parece quejarse y exhalar su tristeza en ortigas, púas de maguey, plantas sin matiz ni frescura. . . . Decidir allí del porvenir de un pueblo, era decretar un alumbramiento en un campo-santo. Los antiguos, que tenían menos razon, pero más sentimiento que nosotros, habrían rehusado aquel lugar para jugar la suerte de una nacion, y habrían ido á batirse á cualquier otra parte; porque el terreno en sí mismo les hubiera parecido de

peores agüeros que una bandada de águilas. En la historia de las grandes batallas, aquellas que han tenido por teatro malos terrencs, ya por exceso de agua ó falta de ella, no han producido nada bueno. En los pantanos de San Quintin triunfó Felipe II, y en los arenales de las Pirámides, Napoleon. El uno y el otro para afianzar en el mundo el despotismo.

XVIII.

16 de Noviembre de 1876.

Porfirio Diaz tenia la ventaja del número; pero su fuerza, recogida en pelotones, al galope de su caballo de pronunciado, adolecia de la irregularidad empleada en su formacion. No era ciertamente *chusma*, como la llamaban los periódicos lerdistas de aquella época; tenía, por el contrario, su organizacion de batallones uniformados, siquiera fuese á la ligera; distingüfáanse entre ellos los serranos, semi-salvajes, pero disciplinados y aguerridos, con

sus camisas de lienzo ceñidas por el tahalí militar; lo osaxaqueños, con sus blusas y anchos sombreros de palma rodeados por listón rojo; y todos bien ejercitados en el manejo de los Remington, que era su armamento general. Pero ni aun en esas ventajosas condiciones, aquella fuerza heterogénea, fatigada por larga vida de campaña, nutrida entre las zozobras de la defensa y los ardores del ataque podía estar en relación de igualdad con las tropas lerdistas, casi de refresco, más compactas por su formación regular, y provistas de mejor caballería y artillería.

La conciencia de esta inferioridad reducía á las tropas porfiristas á una actitud de pura defensiva que conservaron en todo el desarrollo de la acción. Replegadas hácia la falda de las cimas situadas al Norte del Arroyo de Tecocac y de la cañada que se forma entre dichas cimas y el cerro del mismo nombre, estaban desplegadas en tres cuerpos. En esa posición y expuesto allí todo su efectivo, sin cuidarse de organizar cuerpo de retaguardia, parecía el ejército porfirista buscar su retaguardia natural en las montañas de la sierra de Puebla, don-

de la escabrosa topografía, para él muy conocida, en combinación con los habitantes serranos, adictos á la revolución, habían de favorecerle la retirada en caso necesario. Por eso la posición porfirista en Tecocac más indicaba el proyecto de huir que la resolución de combatir.

Serian las 8 de la mañana cuando empezó Alatorre el ataque. Había éste distribuido sus 3.000 hombres en fracciones desplegadas en forma de media luna, que apoyaba un cuerno en el cerro de Tecocac ocupado por el general Topete; seguía continuándose en tropas á las órdenes del general Yepes; alcanzaba su mayor concavidad en las de la retaguardia, é iba á apoyar el otro cuerno cerca de la hacienda de San Diego Notario, cuyas inmediaciones eran ocupadas por otra porción á las órdenes del general Villagran. Movieronse á una Topete, Yepes y Villagran, como para envolver y atacar por frente y flancos al enemigo. Rompióse el fuego de fusilería, y los porfiristas contestaron á él retirándose y ascendiendo en la loma. La fusilería, siendo entonces de nulo ó de poco efecto, se hizo funcionar la artillería, vomitando granadas de espoleta. Pero las granadas al caer se hundían en

la arcilla arenosa; la espoleta, privada de encontrarse con un obstáculo resistente, no funcionaba, y el proyectil permanecía clavado en la arena, inofensivo como un aerolito. Replegábanse los lerdistas á sus posesiones como para tomar aliento tras tanto desengaño; volvian los porfiristas, tiroteando, á la falda y casi hasta el pié de la loma; volvian los lerdistas á avanzar en son de ataque hasta pasar el arroyo exhausto, y se repetía la retirada ascencional del porfirismo. . . . Aquello, más que de batalla, empezaba á tomar las trazas de un juego infantil de estira y afloja. Así, con ligeras variantes, continuó el combate-simulacro hasta las dos de la tarde. El sol, reverberando en aquellas arenas, el polvo asfixiante levantándose de ellas, la sed, el hambre, la fatiga; en una palabra, la pura naturaleza hostil del terreno iba á concluir aquella jornada que los hombres no podían terminar. Se retirarian los 5,000 porfiristas apénas mermados, hácia su fortaleza natural de la sierra de Puebla, y volverian los 3,000 lerdistas á aposentarse en Huamantla, y la situación respectiva de la revolución y del gobierno continuaria en el mismo estado. . . .

Quando una lucha llega á tales momentos de indecision, sucede lo que en una balanza cuyos dos platillos oscilan, perfectamente equilibrados. Una arenita, cayendo en un platillo, inclina de su lado la balanza; un elemento nuevo, por pequeño que sea, que llegue de fuera al centro de la lucha, apoyando á uno de los contendientes, decide en su favor la victoria. Ese elemento de refuerzo era en aquellos momentos esperado con toda certidumbre por parte de Alatorre, con alguna vaguedad por la de Porfirio. Había el primero dejado en Huamantla una fuerza de 3,000 hombres al mando del general Alonso, con órden de desprenderse hácia el campo de operaciones en las primeras horas del combate. Y como el general Diaz tuviese sus razones para esperar un refuerzo semejante, buen rato hacia que las dos partes, perdida la esperanza en sí mismas, se volvian al horizonte en busca del ansiado socorro, como náufragos que espíaran la aparicion de una vela ó de un mástil en los límites sensibles del mar. . . . De repente, á esa misma hora (2 de la tarde) una nube de polvo cortada por puntos movibles fué percibiéndose en lo alto de las cimas que continúan como una pequeña cordillera

el cerro de Tecocac. . . . Tanto podia ser fuerza lerdista como porfirista. Lo que era, ella lo contestó muy pronto á golpes de metralla.

XIX.

Las defecciones lerdistas.

Y ántes de ver cómo se resolvió la situacion del país en aquel centro de lucha, veamos lo que estaba ocurriendo en rededor. La fortaleza de gobierno civil que Juarez construyó, se desmoronaba en las manos de D. Sebastian Lerdo. Habia quitado torpemente al militarismo la representacion y la lucha de la palabra en la Cámara unitaria entónces existente. Y cerrada al gas revolucionario esa válvula que Juarez le abria, iba el gas comprimido á dilatarse por todo el cuerpo del país, amenazando hacerle estallar. D. Sebastian, ciego á la evidencia de ese fenómeno, rehusaba prepararse á contrarrestar su efecto con fuerzas competentes. Un espía del mismo Alatorre, su primer general de combate,

enviado por él á Oaxaca, habia revelado con la voz elocuente del testimonio ocular, lo que era de numerosa y temible la turba agrupada en torno de Porfirio Diaz; y esa revelacion no logró sacarle de su impasibilidad ni arrancar á su incorregible seguridad elementos preventivos. Añadiase á esta causa de ruina, la actitud hostil, en el seno mismo del gabinete, del general Ignacio Mejía, ministro de la Guerra. Habia él desconocido la legalidad de la reeleccion de D. Sebastian, y prestado por lo tanto, más ó ménos directamente, su apoyo moral al partido que proclamaba la elevacion á una presidencia provisional de D. José M. Iglesias, presidente de la Suprema Corte. Y siendo D. Ignacio Mejía la representacion más caracterizada del elemento militar en el gobierno de D. Sebastian, faltando ella, el ejército vacilaba, inclinándose naturalmente á simpatizar con la revolucion.

Y empezaron las defecciones. Un general Toledo dió el ejemplo, entregando á Porfirio la plaza de Matamoros con tropas y pertrechos de guerra. Y allí, en el acto de esa entrega, y en esa ciudad donde un dia le echaron el agua bautismal, volvemos

á encontrar al protagonista de esta historia. Manuel Gonzalez, investido ya con el grado de general de division, habia asistido con Diaz á la toma de posesion de esa plaza. De ella se retiró Porfirio á librar la escaramuza de Icamolé, en que esquivó el combate con fuerzas lerdistas al mando del general Escobedo, y como aquel no volviera á la ciudad fronteriza, quedó en ella Gonzalez mandando en jefe, para salir á poco tiempo con objeto de incorporarse al grueso de las fuerzas revolucionarias con todos sus elementos. Constaban éstos en una buena parte de artillería, que por más que fuese de montaña, era difícil de conducirse á través de la vía que tuvo que elegir para llevarla en salvo. Era por los ramales de la Sierra Madre que en nuestra geografía son conocidos bajo el nombre de Huasteca (la Tamaulipeca y la Veracruzana) por donde él, en compañía del general Hinojosa, marchaba con su convoy de guerra. Llegados á Hidalgo, unieronse con él Cravioto y sus fuerzas, luego las del general Negrete, y por último, la defeccion lerdista, cundiendo desde la frontera hasta el corazon del país, les dió un nuevo y grande refuerzo. Otro ge-

neral de raza mongólica llamado Tolentino, fué el autor de esa defeccion. En él tuvo el lerdismo su más grande Iscariote. Habiale comisionado Alatorre para cerrar ó detener por lo ménos la irrupcion porfirista que amenazaba por el lado occidental de Tecuac. La irrupcion llegó en las personas de Gonzalez y de sus agregados, y aquel hombre, cargado ya con la plata sacada á la tesorería de Lerdo, bajo el título de gastos de guerra, sintió tentaciones de añadir á su carga algunas talegas porfiristas, para sumirse con todo ese peso y pasarse á la opuesta orilla del rio revuelto. Y con 800 hombres de caballería é infantería, con armas y bagajes, con todo, ménos con la plata adherida á su cuerpo, se pasó á la revolucion porfirista, incorporándose á Gonzalez. La voz corrió entre ambos ejércitos, lerdista y porfirista, de que ese acto de traicion frente al enemigo, con violacion de la fé militar, habia sido pagado por Gonzalez con dinero efectivo, y aun se tasaba el pago en *ocho mil pesos*. Toledo y Tolentino, los dos primeros defectores del lerdismo, tenian en sus nombres una raíz sospechosa. *Tole* parece estar acusando procedencia del verbo

latino *Tollere*, que significa *llevar, tomar*. Con tales raíces en los nombres, pudiera ser que esos señores no hubiesen *tomado* nada, y se les achacara por conjeturas, ó que si tomaron, fuese, más que por instintos de mercader, por la fuerza de la etimología. De todas maneras, la Historia cumple con consignar creencias populares que aun están vivas, y esto hecho, sigue de frente, como siguió Manuel Gonzalez, con su fuerza engrosada por la defeccion del enemigo.

XX.

"Fin y principio" de la batalla de Tecocac.

La polvareda que se dibujó sobre las colinas que se extienden al Occidente, era levantada por las tropas de Gonzalez que se aproximaban. Porfirio Diaz, sin embargo, y sus fuerzas, á quienes el cerro de Tecocac y lomas más próximas impedían ver claramente las más remotas, no se aseguraban de que llegaba tropa amiga. Pero una señal se habia con-

venido entre Porfirio y Gonzalez, que sirviera de anuncio á la aproximacion de éste. Era la señal un cañonazo, y el cañonazo resonó despues de la aparicion de la polvareda. Las tropas de Porfirio, advertidas de bajar hácia el llano y tomar la ofensiva al oír la detonacion, verificaron desde luego y resueltamente ese movimiento agresivo que reveló á Alatorre toda la realidad de su situacion en medio del doble ataque del enemigo y de la doble defeccion de Tolentino y de Alonso. Este último permaneció impasible en Huamantla ante el arribo de Gonzalez, á quien hubiera podido oponerse. Falto de los 3,000 hombres de Alonso con quienes Alatorre contaba para oponer un dique á ese desbordamiento, le opuso nada más que una valla de arena con quinientos dragones avanzados hácia la izquierda del cerro de Tecocac, á las órdenes del coronel Verástegui.

Seguia entretanto el enemigo avanzando lentamente por las colinas, que en su escabrosidad entorpecian la marcha general por su necesidad de arreglarse á la de la artillería, cuando de repente vióse destacándose de entre la masa un escuadron

compuesto de 400 caballos. Bajó al galope hacia la llanura, y un hombre solo, bien destacado de la primera fila, venia á su frente. Era Manuel Gonzalez. Conocida es la ley de velocidad progresiva de los cuerpos que descienden. Esa progresión que las Matemáticas aplicadas á la Física explican y calculan, dá á las masas descendentes desde grandes alturas, y sobre todo, en el vacío, una enorme velocidad y una enorme fuerza de caída. Una nuecesita, lanzada sobre un hombre á poca distancia, apenas logra desflorar su epidérmis. Pues según dicha ley física, pudiera demostrarse que esa misma pequeña nuez puede agujerear el cráneo de un hombre y seguir á través de su cabeza y cuerpo hasta perforarle completamente el tronco, con tal que la dejen caer sobre él desde cierta grande altura. Gonzalez traía en el cuerpo, al llegar á Tecoaac, algo de esa espantosa velocidad y esa fuerza adquiridas de las masas descendentes. Bajaba desde las empinadas Huastecas por donde habia rodado penosamente al par de sus cañones, siguió despues avanzando con más velocidad por los Estados de Hidalgo y Puebla, detenido sólo por los traidores que salian á vendersele al

paso, y así, tras de tanta marcha, desesperado de tantas lentitudes forzadas, llegaba de la Sierra á la Mesa Central lleno de la velocidad adquirida, y al bajar al llano de Huamantla, donde se debatian las fuerzas lerdistas, más parecia precipitarse que correr. Suelta la brida sobre el cuello de su caballo, téndido á escape, y con un revolver empuñado en su única mano, así llegó Manuel Gonzalez á Tecoaac. Aquella bajada sí fué grave. Pudo decirse que entonces *empezaba* la batalla, cuando *acabó*. Por eso se ha puesto por epígrafe á este párrafo: *Fin y principio de la batalla de Tecoaac.* Pero el principio y el fin, confundándose y destruyéndose mutuamente, no duraron más que un instante. Los 500 de Verástegui, arrollados por la viva avalancha, volvieron grupas sin resistir, y siguió en las filas lerdistas el zafarrancho de la rendicion ó de la huida. Los serranos de Porfirio, envueltos en sus tilmas, y los oaxaqueños vestidos de dril, precipitándose al llano, confundieron el blanco de sus trajes con el de la polvareda levantada del campo revuelto. Las caballerías porfiristas y las del refuerzo gonzalista, entrechocándose como dos torrentes encontrados, aumentaron la confusion, y los hotes

de metralla despedidos desde la loma sobre los fugitivos, zumbando sobre tantas cabezas, igualaron el aturdimiento de los vencedores al de los vencidos.

Se hizo la cena de negros de la victoria; nadie conocía á nadie; y entre el tumulto apenas hubo quien percibiese á un hombre herido que caía de su caballo, también herido. Era Manuel Gonzalez, que al llegar, el primero, á Tecocac, había sido el blanco necesario de los últimos tiros lerdistas. Una bala le había tocado levemente la pierna, otra se le había quedado en el muñon del brazo, y una tercera derribó á su caballo. . . . No faltó quien le diera otro; un alazan de grande alzada, en el cual se dirigió hácia la vecina haciendita de Tecocac. Sólo, sin un ayudante, como extraviado en medio de la batahola, subía al paso de su alazan la falda de Tecocac. El polvo le había cubierto hasta desfigurarle; su muñon, roto el nudo artificial que remataba sus arterias, sangraba abundantemente, manchando su traje, y su barba, viciosa como la de un ermitaño, estaba escupida y salpicada de espumarajos. Traía la ebriedad de su triunfo, más que la del alcohol con granos de pólvora que usan muchos de nues-

tros valientes ántes del combate. El toro herido y triunfante de su agresor, espumea y se enfurece de su mismo triunfo; y aquel hombre tenía en su naturaleza algo de la del toro. . . . Al llegar á las eras de la hacienda de Tecocac, un jefe porfirista le reconoció y le salió al paso, saludándole. Manuel Gonzalez, ciego y enloquecido, ni vió al jefe ni aceptó su saludo; prorrumpió en un ruido gutural, algo como el bramido que resuena en la plaza taurina cuando los espectadores aplauden al cuadrúpedo, y de su boca salió una amenaza: "¡Ya verán como los he de c. . . . á todos!" *

Con tal terno y otros parecidos que fué soltando hasta apearse del caballo en el corredor de la hacienda de Tecocac, aquel hombre que era ya el Blücher del pequeño Watterloo porfirista, se hizo también el Cambronne.

* Frase textual. En ella se omite la palabra puntuada, por demasiado ruda.

y otros hechos que se cuentan en los libros de historia. El total de muertos por ambas partes fué noventa y cinco.

XXI.

¿Qué fué, en suma, la batalla de Tecocac?

Esa batalla no tuvo parte oficial. Sólo una carta sin firma de algun supuesto testigo circuló por los diarios, hablando de "ataques espantosos" y "luchas encarnizadas." Y agregaba la siguiente noticia de pérdidas: "Pérdidas por parte de Alatorre: Muertos, 1,900.—Heridos, 800, etc.—Pérdidas por parte de Diaz: Muertos, 857.—Heridos, 475.—Contusos 172, etc."

Se diría que el autor de esa noticia había contado uno á uno los cadáveres, había metido su mano en las llagas de los heridos, y visto las ampollas de los golpeados. Y sin embargo, nada más falso. El historiador se ha informado con jefes porfiristas que levantaron el campo, y ellos, cuyo interés estaría en confirmar esas cifras encaminadas á dar grandes proporciones á un hecho de armas en que

intervinieron, ellos han depuesto que el total de muertos por ámbas partes fué noventa y cinco.

Ante esa suma de víctimas, la caridad se consuela, pero la historia se rie. La acción de Tecocac sale del rango de gran batalla que le atribuyeron muchos contemporáneos; no entra ni siquiera en el de batalla, y queda consignada á la categoría de aquellas guerritas francesas del tiempo del cardenal Mazarino, que merecieron el nombre de guerras de los *petits-maitres*, é hicieron exclamar á Voltaire que entre los ingleses todo era grande, desde sus revoluciones, y entre los franceses todo pequeño, hasta el crimen de la guerra.

Andaba en Tecocac de una y de otra parte alguna gente lega en armas ó retirada tiempo hacia de su servicio. Periodistas de pluma y tijera, poetas tañedores de liras hipotéticas, y militares improvisados en una plumada, iban agregados al estado mayor de ciertos generales. Se había hecho además de aquel campo de batalla una especie de romería política y punto de cita de intrigas palaciegas. El orador Alcalde, llegado al campo porfirista como parlamentario del pretendiente á la Suprema Magistratura José M. Iglesias, y empinado sobre una

roca de las lomas del fondo, contemplaba las peripecias de la accion al par de otros curiosos. Se asistia á la anunciada gran batalla como á un espectáculo de redondel, y el ilustre literato Riva Palacio, posesionado de otra roca, tomaba apunte de todo, con el propósito aparente de trasladarlo á su periódico satírico *El Ahuizote*. Ese círculo de elementos extraños á la guerra *politicó* la lucha, si se permite el neologismo. La atmósfera de los combates es de tal suerte, que un vientecillo que sopla hacia ella de otras regiones, le quita mucho de su influencia sobre el ánimo del combatiente, que se hace frio y calculador. El cálculo es el veneno mortal de la audacia, y en Tecocac se calculaba mucho, y por eso nadie se atrevía. Se vio allí al valor no desmentido flaquear como las piernas de un bisoño en su primer combate. Alatorre dió órdenes de ataque á sus generales de más denuedo, y los generales no las cumplieron. Hasta los mismos serranos de Porfirio, gente de valor tan natural como el de los leopardos de sus montañas, sintieron miedo en esa jornada bélico-política, y hubo un momento, en medio de las escaramuzas de la mañana, en que emprendieron formalmente la fuga en columna

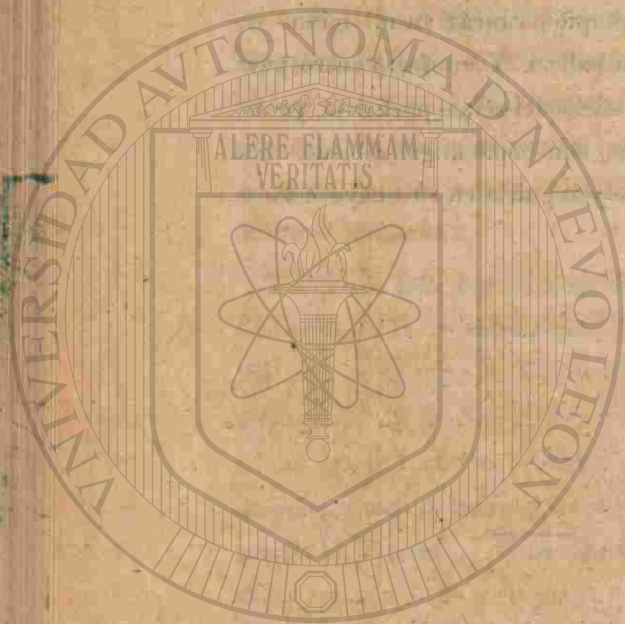
cerrada, á un impulso unánime de miedo; y la hubieran consumado, á no haberles hecho volver al terreno algunos jefes advertidos de su desercion, que los detuvieron á sablazos. Deserciones en el porfirismo, deficiencias en el lerdismo, vacilacion en ambos, fuga pavorosa del vencido, en quien se declaró un desesperado "sálvese quien pueda" á pié de gamo ó uña de caballo, tales fueron los efectos sensibles de la política aplicada á la guerra. Marte no puede, sin decaer, asociarse con Mercurio, el dios del comercio y de las intriguillas. Aquiles mismo dormitaba en su tienda cuando andaba en enredos con Agamenon.

Sólo un jóven jefe jalisciense, el coronel graduado Bonifacio Topete, á quien hemos visto en el curso de la accion mandando un cuerpo lerdista, permanecié con él en el campo de la derrota. Situado al frente de su batallon, cerca de un *almear* ó vasto hacinamiento de barbecho, contemplaba tristemente el tumulto, que no le envolvía, como si se hubiese propuesto estarse allí para hacerle honores de funeral á su propia derrota. No tardó en pasar cerca de él un jefe porfirista hacia quien

avanzó presentándole su espada, que el contrario rehusó aceptar con un ademán de cortesía. Y al mismo tiempo, Topete, con un movimiento de noble jaectancia, natural en su situación y comprensible en un jóven militar amante del cuerpo que mandaba,—“Me rindo con mi batallon, dijo al jefe porfirista, y crea vd. que rendido mi batallon, se acabó el lerdismo.”

Y el jóven jefe auguró bien, sin ser profeta. El Gobierno de D. Sebastian cayó para no levantarse más apénas se supo en México el resultado de la refriega del 16 de Noviembre, como si ese gobierno, en vez de tener su principal asiento en el Palacio Nacional, lo hubiese tenido en la cumbre del cerrito de Tecoaac. . . . Una nueva figura, como entidad brotada de la corrupcion y de la muerte, iba á levantarse del cadáver político de D. Sebastian Lerdo. Salia del mismo cerro de Tecoaac, de la hacienda que está en su falda, donde Manuel Gonzales, herido, se debatía en el lecho del dolor. Cuéntase que Porfirio Diaz, apénas se hubo repuesto de la emocion de su victoria, se acercó á aquel lecho y estrechó con efusion la única mano del herido.

—“Le debo á vd. la victoria,” le dijo, y “será vd. mi ministro de la Guerra.” Era aquello como el “en verdad te digo que entrarás en mi reino,” de Jesucristo al buen ladron. Y en efecto entró, para escalar el sétimo cielo del reino porfirista, ya no como ladron bueno, sino como ángel rebelde. Ya es tiempo de verle y seguirle en su nuevo estado.



CAPITULO II.

ELEVACION AL PODER.

I.

Preparativos.

El 16 de Noviembre de 1879, en el mismo mes y día de la batalla de Tecoac, y en el tercer aniversario de ella, hizo el general Gonzalez la renuncia del Ministerio de la Guerra que tenia á su cargo, presentando por motivo de tal renuncia su candidatura á la presidencia de la República. Destituido de una historia que le prestigiara ante la Nacion, porque á más de esa negra leyenda que se ha tratado de bosquejar en el primer capítulo, tenia sobre sí la acusacion pública de complicidad en los asesinatos de los insignes patriotas Melchor Ocampo y Leandro Valle, pareció como que queria cubrirse con el recuerdo de su cooperacion victo-

ziosa en Tecuac, para imponer al país su candidatura, por el éxito, ya que no pudiese por la simpatía. Un club de miembros del Depósito, corporación de vagancia militar, favorecida y aumentada por Gonzalez en su Ministerio, habia salido en una de las noches recientes á proclamar su candidatura, á luz de hachones y ruido de charanga, y se declaró aquello una manifestación popular. Surgieron en la prensa órganos electorales postulando al candidato oficial en términos del más pomposo elogio. Un periódico que tuvo la serenidad de llamarse *El Libre Sufragio*, fué desde luego el principal instrumento de propaganda, y salió un día diciendo: "*La gloria de Manuel Gonzalez habria sido en la antigüedad la más bella aspiración de los reyes, en la Edad Media la más bella ilusión de los príncipes, en la actualidad el sueño de los libertadores del despotismo.*" Otro cofrade de la misma regla llamaba á Gonzalez *el general triunfante en 72 batallas*, y todos sus postulantes convinieron en referirse á él bajo la advocación del *valiente ó glorioso mutilado de Puebla y de Tecuac*. Habiase acrecentado, á la sazón, la turbulencia

revolucionaria del Nayarit, y el gobierno del general Diaz quiso, por su parte, contribuir á la propaganda de popularidad de los periódicos laudatorios, destinando á Gonzalez á apaciguar la zona conmovida, al frente de una fuerte columna expedicionaria. Esa expedición militar que se le confió en compañía de amplias facultades y grandes elementos pecuniarios, le expuso desde luego á la denominación humorística de *Procónsul de Occidente*, y despues, en el curso y fin de su expedición, á serias imputaciones de haber economizado el plomo y derrochado la plata para obligar á los cabecillas descarriados á volver al redil de la paz. Decíase que habia dado al cabecilla Rentería 8,000 pesos al contado y 22,000 pagaderos por libranza aceptada á corto plazo, y con la añadidura de su despacho de general de brigada; y que al cabecilla Lerma le habia otorgado, con su despacho de general de división, 14,000 pesos al contado y 26,000 á plazo. Negó rotundamente Gonzalez por medio de carta de su secretario particular, Rivas, que hubiese exactitud en tales aserciones. Y una acta de sumisión incondicional al Gobierno, firmada por

los cabecillas nombrados y algunos otros, fué lanzada por todos los ámbitos del país como una prueba de papel con que tapar las bosas de los maldicientes. Pareció extraña ciertamente aquella rendición sin un tiro y con puro *speech* tartamudeado por Gonzalez, llevándose á cabo sobre masas aguerridas é indómitas que más de una vez han hecho estremecer á la Nación; pero un punto como éste, velado de suyo por compromisos de mútua reserva, será objeto de las conjeturas, y nunca de las precisiones de la Historia. El *pacificador del Nayarit*, nombre que se añadió al caudal de tantos nombres gloriosos que adquirió en poco tiempo el general Gonzalez, fué esperado con ánsia por sus partidarios de la capital de la República, despues de tan decantado triunfo incruento, y el aclamado, ántes de volver á la capital, creyó aquel el momento oportuno para hacer su profesion de fé política ante el país que estaba en vías de gobernar. Y soltó desde Tepic el eterno programa halagador, de todos los que no están en el poder y quieren obtenerlo.

II.

Palabras, palabras, palabras.

Con fecha 5 de Febrero de 1880, en dicha ciudad de Tepic, publicó Gonzalez su dicho *programa*, pieza que debe siempre verse ántes de entrar á la funcion. En él hacia promesas solemnes, de las cuales entresacamos algunas:

“Mi política tendrá por objeto principal proporcionar al país un activo y buen gobierno. Activo y buen gobierno llamo yo al que llena las necesidades del servicio *sin permitir que éstas sirvan de pretexto para especulaciones privadas.*”

.....
 “Necesidad imperiosa en el arreglo de la Hacienda pública, que debe descansar en la regularidad en la inversion de los caudales, procurando siempre aligerar en cuanto sea posible las cargas que pesan sobre los contribuyentes, y comparando con criterio la cifra de los sacrificios que se impongan al pueblo con las ventajas que de ellos

han de resultarle, á fin de que ninguno de esos sacrificios sea estéril, y que todos ellos produzcan bienes positivos á la generalidad de la República.»

.....
 «Condensando los puntos que anteceden, resulta, paz, orden, progreso, union y *moralidad administrativa*.....

.....
 «Tal es la profesion de fé política que someto á la apreciacion de mis conciudadanos; sé que el exponerla equivale á una protesta solemne, y estas protestas de honor obligan siempre la lealtad de los candidatos que las prestan con un corazon resuelto.

.....
 «Si soy llamado á ejercer el poder, mi ambicion única se limitará á que al terminar mi período constitucional se diga de mí: «Fué un buen servidor de la patria.»

Todo esto estaba firmado en grandes letras: MANUEL GONZALEZ.... Al hombre se le toma por la palabra, como al toro por los cuernos. Queden esas protestas, de intento subrayadas, al frente de esta Historia, como un cartabon ofrecido

por el mismo personaje historiado, para que conforme á él se le mida y juzgue. A ese cartabon habrá el historiador de referirse en el curso de su relato, tan naturalmente como el que analizando un acto, se refiere á la promesa que acerca de él se hizo.

III.

Cinco candidaturas habian surjido en oposicion á la de Gonzalez. La de Justo Benitez, apoyada más en el recuerdo que en la realidad de su influencia sobre el general Diaz, la de D. Ignacio Vallarta, presidente de la Suprema Corte y vice-presidente de la República, la del general García de la Cadena, gobernador de Zacatecas, la del general Ignacio Mejía, representacion póstuma del militarismo que ya tenia en Gonzalez su nueva representacion, y la de D. Manuel M. de Zamacena, basada en ciertas simpatías dispersas que le grangeara su prestigio de orador y de diplomático. Sus fuerzas respectivas para contrarestar la eleccion

oficial, se clasificaban así: el gobierno de Guajuato y el del Distrito Federal en favor de Benitez; los de Jalisco y Colima en favor de Vallarta; el de Zacatecas en el de García de la Cadena, y los Sres. Mejía y Zamacona destituidos de todo elemento de poder, fiando su éxito á inocentes gestiones de sus grupos adictos, en el terreno platónico de la prensa y en el ilusorio de las elecciones populares. Los elementos de los tres primeros, siendo los únicos apreciables en nuestro falso y brutal sistema electoral, quedaban reducidos á la insignificancia por su misma estrecha localización y por la acción más ó menos coactiva de las tropas federales en las elecciones de dichos Estados. . . . Pasaron los procedimientos formularios del simulacro de elecciones, el tiroteo de alabanzas por la prensa al candidato propio y reproches al ageno, el aparato de casillas de siertas ó poco menos, y el teje-manaje de cédulas, y por fin de todo, en una hermosa mañana de Agosto de 1880, se supo que D. Manuel Gonzalez era elegido para la presidencia por cerca de 10,000 votos de todo el cuerpo electoral, que no consta de más de 12,000 electores secundarios. ¡10,000 votos representaban la casi unanimidad de la eleccion, y co-

rrespondian á los votos de 7 á 8 millones de habitantes de los 9 ó 10 que tenia la República!

¿Cómo no hubo entónces una demostracion popular que respondiera á la negacion que habia en la conciencia de cada mexicano frente á una afirmacion tan monstruosa?—Nada! Entónces no hubo por toda la extension del país quien lanzara un grito de *muera*, ni quien rompiera un farol. El espíritu público, inerte, quizá le veamos reservar su energía para cuatro años despues, cuando la aceptacion de aquel gobernante impuesto ya no tenia remedio; pero por entónces se encerró en su inercia y en su negacion. Cuando un pueblo es así, se duda del derecho que pueda tener para quejarse de que un gobernante le salga malo. Si al cabo de los dias, el gobernante resulta ser un Calígula, se está tentado á creer que el pueblo mereció al Calígula....

Y sirva este paréntesis para probar que esta Historia, que está resuelta á decir la verdad, se la dirá lo mismo al gobernante cuando es indigno que al pueblo cuando lo es.

IV.

¡Cosa extraña! Las personalidades liberales más immaculadas, los hombres de más pura historia se apresuraron á hacer coro de alabanzas en torno del soldado reaccionario, en cuanto vieron su frente, sombreada por tan tristes recuerdos y presentimientos, ceñida ya por la corona del éxito. Quizá los odios que había concitado la influencia de Benítez, por él destruida, contribuían á hacerle benévolo ciertos hombres, agraviados por el antiguo privado. Pero de todos modos, era de ver la prisa que se daban muchas personalidades, unas correspondidas despues, desengañadas otras, en ir á recibir en son de triunfo al candidato oficial cuando volvía de sus expediciones por el Occidente. Véase un convoy especial de wagones de la línea incipiente del Ferrocarril Central, cargado de hombres políticos que iban hasta Huehuetoca á dar sus plácemes de bienvenida á la capital de la República y al sillón presidencial, al candidato Manuel Gonzá-

lez. Bajaba éste de su coche de viaje y le estrechaban todos con efusión, que se continuaba en torno de una mesa de innumerables cubiertos, á la cual se sentaban con el doble fin de un refrigerio material y político. Allí pudieron empezarse á ver agrupándose en rededor del futuro Presidente, á hombres que despues veremos formando con él núcleo de acción en casi todas sus empresas. Allí se veía, sentado á su diestra, á guisa de amado discípulo, á un doctor destinado á grande y extraordinaria privanza. No léjos asomaba los contornos de su caraza de buho rubicundo un cierto español que (si la memoria no es infiel) se hacía llamar D. García. Más allá, un personaje pequeño, de oscuro rostro, medio indiano, medio etiópico, inclinado sobre la mesa, tenía un ojo al plato y otro al candidato, y entre bocado y bocado, le dirigía sonrisas de órgano oficial, ya ensayadas con éxito en tres Presidentes. Y aquí y allí, sobre cada plato del banquete, erguíanse en bustos flexibles é inclinados en actitud de profunda reverencia, semblantes almibarados vueltos hácia el candidato con ojos de cordero aceptando el degüello. Luego, no bien caida la sopa en tantos vientres devorados por la

gastralgía política, se declaraba llegada la hora de los brándis, y todos se atropellaban á tomar la palabra. Espumeaba el champagne, estremeciase el rústico techo del improvisado salon de Huehuetoca batido por los corchos, y faltaban oídos en el candidato para tanta elocuencia. El doctor, que tenia la dicha de ser su concuño, se levantaba, el primero, á brindar en su honor, considerándole no como concuño, sino como candidato; D. García, húmedos de inspiracion los ojos, encendidos y redondos como los del *tecolotl* azteca en nuestras más sombrías noches, saltaba estrujando la servilleta para decir que si el candidato no era español, merecia serlo como él, porque por las venas de ámbos corria la sangre de todos los héroes de las Españas; el personaje etiópico no dijo nada en loor del héroe, porque sin duda se proponia modestamente reservarse para hacerlo dia por dia, en una hoja oficial en la cual pensaba envolverse durante otros otros cuatro y aun más años; y por último, hasta hombres serios, estimables por su inteligencia y honradez, concurrían á esgrimir sus armas corteses en aquel torneo de lisonjas. D. Vicente Riva Pa-

lacio, armado con el estribillo sentencioso de "ni rencores por el pasado ni temores por el porvenir," estaba allí para prestar el apoyo moral de su presencia y de su palabra á la nueva situacion que iba á surgir para el país de aquel candidato y aquel juego de elogios.

¡Desgraciada atmósfera la que habia venido formándose y envolviendo á toda la sociedad mexicana, y en la cual se sentian tranquilos y sin temores por el porvenir los hombres eminentes, y en extremo regocijados los pequeños y vulgares! El acatamiento ciego y la adulacion, esas enfermedades del espíritu humano en los períodos de decadencia, habian cundido, el primero en las masas, y elevándose la segunda á las clases superiores, tras del simulacro bélico de Teacoac. Un dia, por la misma época final de 1880, en un banquete dado en Puebla al general Presidente Porfirio Diaz, con motivo de la apertura de una Exposicion, un jóven se levantó en medio de la granizada de brándis lisonjeros, á brindar tambien en honor de Porfirio. Empezó por decir que era huérfano y lloraba á un padre muerto; continuó que su padre habia muerto fusilado, agregó que el fusilamiento lo habia ordenado y hecho ejecutar

Porfirio Diaz, y concluyó manifestando que á pesar de eso brindaba por el fusilador de su padre, en quien reconocia un héroe, grande hombre y otras cosas. . . . Tales tiempos corrian para la República, que aquel brindis contra la naturaleza pareció natural á los asistentes del banquete. Los romanos llamaban á ese estado general de los ánimos en un pueblo, servidumbre (*servitium*). Nosotros le llamamos *política*. . . . Otro detalle que bastaria por sí mismo á definir aquella situacion, era que hasta esa punzante sátira mexicana que en otros tiempos se habia ejercido con tan terribles efectos contra gobiernos que representaban la dominacion armada, como los de Santa-Anna y de Maximiliano, hasta ella concurrió entónces á favorecer la candidatura de Gonzalez, impuesta al país por el prestigio de las armas. Un sólo semanario cómico, *El Coyote*, era en la prensa el órgano de la sátira política, y—¿qué hacia?—satirizar á los desvalidos candidatos de oposicion y dejar á Manuel Gonzalez, á él, que tenia en sí los elementos del supremo ridículo: el poder y la fuerza agena sin el mérito propio, dejarle respetuosamente en un puesto de inviolabilidad, intangible á la sátira.

A favor de ese estado del espíritu público, subió Gonzalez á ocupar la presidencia el 1.º de Diciembre de 1880. * Cuando en la Roma de la decadencia se apresuraban todos á prestar el juramento de obediencia á Tiberio, y las ciudades de España y del Asia se disputaban la preferencia de hacerle honores divinos, entónces ¿cómo se precipitan to-

* Antes se ha fijado aproximadamente en 10,000 el número de votos que tuvo Gonzalez para la Presidencia, en el cuerpo electoral. Posteriormente á la fijacion de esa cifra aproximada, el historiador ha podido tener á la vista e cómputo exacto de los votos que tuvo Gonzalez y otros Presidentes anteriores á él, y de su exámen comparativo resulta que Gonzalez fué el Presidente que, desde la Independencia hasta él, ha reunido mayor número de votos. Hé aquí el cómputo:

Benito Juárez, en 1861.	5,289 votos.
Benito Juárez, en 1867: mayoría absoluta con un cuerpo de electores.	10,380 electores.
Benito Juárez en 1871: le faltó la mayoría absoluta de votos.	6,500 id.
la mitad más uno entre los electores.	12,361 electores.
y fué declarado Presidente por el Congreso.	10,312 votos.
Sebastian Lerdo de Tejada, en 1874.	10,312 votos.
Porfirio Diaz, en 1877.	11,475 id.
MANUEL GONZALEZ, en 1880.	11,528 id.

De la comparacion de esas cifras resulta Manuel Gonza-

dos á la servidumbre, exclamaba un historiador; cónsules, senadores, caballeros, todos van á ella; cuanto más ilustres, tanto más falsos y presurosos!" * El apresurado reconocimiento y aceptación del Gobierno de Gonzalez, aun por las clases y hombres ilustrados á quienes más repugnaba su fraguada elección, ofrece en la Historia de México un fenómeno semejante.

lez elevado á la presidencia por una votación más numerosa que las que elevaron á otros Presidentes en sus épocas de más popularidad, tales como la de Juárez en 67, la de Lerdo en 72 y la de Porfirio Díaz en 77..... Sirva esta nota de apoyo al pensamiento desarrollado en el texto. Aceptando que los 11,528 votos de Gonzalez fuesen verdaderos, esa verdad no era en aquel caso más que la expresión de esta otra: indiferencia en la gran masa del pueblo, siempre rebelde á votar, y servilidad extraordinaria para aceptar al candidato oficial en las clases cultas que "hacen política," representadas por los electores. "Nunca se vió en México un candidato oficial favorecido por una votación más numerosa," dice en este caso la Historia; y "nunca se vió en México un mayor rebajamiento de la virtud cívica," es lo que dice la Filosofía de la Historia.

* *Omnes in servitium ruere; consules, patres, eques; quanto quis illustrior tanto magis falsi ac festinantes.*—TÁCITO.—Anales, Lib. I.

CAPITULO III.

EL PRIMER DIA DE UN PRESIDENTE.

I.

Manuel Gonzalez, aturdido.

La situación particular de Gonzalez frente á la del país que le dejaba tan impasiblemente apoderarse de su dirección suprema, fué la del aturdimiento que se produce en un hombre pobre ante la evidencia de que acaba de sacarse el premio gordo de la lotería. Su existencia entera, llena de las fatigas de la pobreza y de la lucha, no había tenido hasta allí, desde su primer día de vida en el Moquete, mas que fugaces períodos de reposo y bienestar. Gobernador de palacio en tiempo de Juárez, había salido de su cargo casi despedido, (*)

(*) Mas adelante habrá que referirse mas particularmente á ese su gobierno de palacio cuando haya que estudiar su vida en el recinto de ese edificio.

dos á la servidumbre, exclamaba un historiador; cónsules, senadores, caballeros, todos van á ella; cuanto más ilustres, tanto más falsos y presurosos!" * El apresurado reconocimiento y aceptación del Gobierno de Gonzalez, aun por las clases y hombres ilustrados á quienes más repugnaba su fraguada elección, ofrece en la Historia de México un fenómeno semejante.

lez elevado á la presidencia por una votación más numerosa que las que elevaron á otros Presidentes en sus épocas de más popularidad, tales como la de Juárez en 67, la de Lerdo en 72 y la de Porfirio Díaz en 77..... Sirva esta nota de apoyo al pensamiento desarrollado en el texto. Aceptando que los 11,528 votos de Gonzalez fuesen verdaderos, esa verdad no era en aquel caso más que la expresión de esta otra: indiferencia en la gran masa del pueblo, siempre rebelde á votar, y servilidad extraordinaria para aceptar al candidato oficial en las clases cultas que "hacen política," representadas por los electores. "Nunca se vió en México un candidato oficial favorecido por una votación más numerosa," dice en este caso la Historia; y "nunca se vió en México un mayor rebajamiento de la virtud cívica," es lo que dice la Filosofía de la Historia.

* *Omnes in servitium ruere; consules, patres, eques; quanto quis illustrior tanto magis falsi ac festinantes.*—TÁCITO.—Anales, Lib. I.

CAPITULO III.

EL PRIMER DIA DE UN PRESIDENTE.

I.

Manuel Gonzalez, aturdido.

La situación particular de Gonzalez frente á la del país que le dejaba tan impasiblemente apoderarse de su dirección suprema, fué la del aturdimiento que se produce en un hombre pobre ante la evidencia de que acaba de sacarse el premio gordo de la lotería. Su existencia entera, llena de las fatigas de la pobreza y de la lucha, no había tenido hasta allí, desde su primer día de vida en el Moquete, mas que fugaces períodos de reposo y bienestar. Gobernador de palacio en tiempo de Juárez, había salido de su cargo casi despedido, (*)

(*) Mas adelante habrá que referirse mas particularmente á ese su gobierno de palacio cuando haya que estudiar su vida en el recinto de ese edificio.

ministro de la Guerra bajo su antecesor Porfirio, habia tenido que disputar su ministerio al general Ogazon á quien mas de una vez insultó personalmente para obligarle á salir, y entrado él en su lugar, salió á su vez bien pronto para emprender los trabajos de su propia elevacion á la presidencia. Largas marchas al Occidente del país aun no ligado con la capital por medio de vías férreas, ornadas y comisiones fatigosas en la áspera sierra del Nayarit, sufrimientos de agresiones inermes por parte del partido vallartista de Jalisco, y de agresiones armadas por parte de algun loco del partido benitista de Guanajuato que le dirigió en la calle algunos balazos: pudo decirse que Manuel Gonzalez llegaba al dorado sillón presidencial, siendo apenas de la vida de cuartel, del polvo de los caminos y de las amarguras de su latente impopularidad. Derepente, tanto acatamiento y tantos honores, las granizadas de brindis de Huehuetoca, los osannas de la prensa adulatora, los once mil quinientos veintiocho votos cayéndole como lluvia de flores sobre la cabeza enmarañada, todo eso tenia que convertirle su placer en el estupor del deslumbramiento. Sin quererlo, hallóse en la

situacion de un hombre inculto, mal vestido y salpicado con el lodo de callejuela enfangada y sombría á quien se introdujese súbitamente en un espléndido salon de fiesta para ocupar el primer puesto bajo el dosel de terciopelo recamado de oro.

II.

Ceremonias.

Contábase entre el pueblo en los días que precedieron de cerca á su elevacion al poder que lo que más le preocupaba eran las ceremonias ineludibles de protesta de ley ante la cámara de diputados y discurso de aceptacion, en la mañana del 1.º de Diciembre. El discurso de contestacion al presidente saliente era cosa cuya confeccion podia cederse á segunda persona; pero habia que leerlo y accionarlo, vastido de etiqueta, y esas tareas intrasmisibles le llenaban de embarazo anticipadamente. Por los mismos días, un sastre, como inspirado por la situacion angustiosa del nuevo presidente, discurrió obsequiarle con un frac *sin cos-*

turas. Lo habia hecho despues de multiplicados y prolijos ensayos, con la particularidad de que no lo habia probado en el cuerpo mismo del candidato, sino en el de un su amigo de muy semejante conformacion. Tarea dura era la de entallar perfectamente, sin auxilio de tijeras ni aguja, un pedazo de paño al torso taurino de Manuel Gonzalez; pero el sastre era catalan, y por lo tanto cabeza inteligente y obstinada, y consiguió al fin perfeccionar la peregrina pieza de indumentaria que, dentro de caja de madera preciosa, envió al candidato pocos dias antes de la esperada ceremonia. Valia tanto como decirle: "A usted que no está hecho á frac, ahí le va uno sin costuras para que se digne ponérselo para las ceremonias en que le es de rigor." Y Manuel Gonzalez, dócil al obsequio, se puso el frac, y con él asistió á la solemnidad legal de inauguracion de su gobierno en la cámara de diputados. en la mañana del 31 de Noviembre. Se le vió esa mañana en el escenario del ex-teatro Iturbide, repantigado en el sillón presidencial, en la actitud de un rey en medio de su corte en el quinto acto de un drama clásico, luego se puso de pié ostentando el perfil de un dorso ad-

mirable, como si el frac del catalan hubiese tenido sobre su espalda combada las virtudes del corsé de Cesar Borgia, y en seguida formuló el "sí" de la protesta con la decision de un novio ante el cura. . . . No le faltaba mas que el discurso de Palacio. Suenan las diez y media y un coche de gala llega hasta el pié de la escalera del Palacio Nacional. De él baja Manuel Gonzalez, siempre con el frac á cuestras, y se dirige al salón de embajadores donde toma asiento al lado de Porfirio Diaz que cumple con su alocucion de entrega del poder supremo; y acto continuo pronuncia el segundo su discurso de contestacion que sonó en los oidos de los asistentes como un cuarto de hora de garraspera. . . . La ley no le exigía más para que empezara á ser presidente. Despidióse Porfirio que tuvo cuidado en alejarse á pié y sin honores oficiales, nuevo Cincinnato, á la vida de hogar, y quedó Manuel Gonzalez pensando en que al fin se hallaba en posesion de la inmensa finca del Palacio Nacional.

III.

"El Estado es Palacio."

Y era verdad. . . . Para los hijos de nuestras revoluciones, la Presidencia, el Poder Supremo del país se había confundido en sus ánimos y en sus ideas, con el Palacio Nacional de México. En sus días de combate ó de fuga por caminos, veredas y montañas, nuestros *pronunciados* volvían los ojos de su alma y todas sus ansias hacía el Palacio de la capital, como los mahometanos se vuelven siempre en sus oraciones hacía la mezquita de la Meca. En sus planes políticos, Porfirio Díaz había siempre expresado, sin darse cuenta de ello, este sentimiento de la multitud revolucionaria que le seguía, cuando ponía en ellos algo como esto: "este plan empezará á regir desde que el general en jefe de las fuerzas *regeneradoras* (revolucionarias) ocupe el Palacio Nacional. Obtener el Palacio era obtener. El triunfo decisivo, siquiera fuese en las garitas de la capital, no era completo sino hasta que los triunfantes llegasen materialmente á la puerta

y pudiesen esparcirse por los patios y corredores de Palacio. Esta sustitución de conceptos en virtud de la cual "la posesión del Palacio daba la posesión del Poder," tenía que llevar á ciertos espíritus materialistas hasta la recíproca: "la posesión del Poder dá la posesión del Palacio." Manuel González, que en su vida de campaña había estado siempre viendo el vetusto edificio en las más doradas lontananzas de sus sueños y ambiciones de soldado; Manuel González, que en tiempo de Juárez había gozado y abusado de los goces de gobernador palatino y había visto desvanecerse de repente su gobernatura, gracias á destitución impuesta por el mismo Juárez, tenía en su pasado particulares motivos para desear la finca con cierta clase de amor fanático, y para creer y deleitarse, en lo más hondo de su alma, en dicha recíproca: "la posesión del poder dá la posesión del palacio." Viendo á Porfirio Díaz alejarse como un dueño antiguo que cede la casa al nuevo dueño, sintiéndose adulado y cortejado como señor en aquellos salones de que antes había sido simple gobernador ó mayordomo, las primeras impresiones que recibía de su nuevo poder, le vinieron del local en que tenía que ejer-

cerlo, más que de otra parte. En consecuencia, el país, la República, la inmensa extensión del territorio mexicano con sus diez millones de hombres, tenían que perderse ante su vista y solo quedar bajo ella, claro y distinto, el palacio, con sus salones, galerías, escaleras, patios, que tanto conocía. Lo conocía en todos sus rincones, pazadizos, sitios apartados y misteriosos, tan propios para hacer de ellos gabinetes de trabajo como retretes de placer. . . . "¿Con que todo esto es mio?—"Sí señor, es de usted," le gritaba cada caravana, cada rendido ademan de los que se le acercaban. Venía el gobernador de palacio á protestarle que todo el edificio estaba tan completamente á su disposición como su propia persona, se le presentaba el conserje con su manójo de llaves pidiendo órdenes. No se necesitaba más para acabar de adherir su voluntad al palacio. Y bajo la influencia de ese sentimiento materialista, en vez de pensar en que le había caído en sus manos la suerte de un pueblo, no le fué dado pensar sino en que acababa de adquirir una nueva é inmensa casa donde podía gozar y prosperar. ¿Qué casa era aquella?

CAPITULO IV.

EL PALACIO NACIONAL.

I.

La nueva casa que Manuel Gonzalez adquirió ó creyó adquirir elevándose á la presidencia de México el 1.º de Diciembre de 1880, era una casa muy vieja. El observador no tenía más que verla para convencerse de que de lo alto de ella le estaban contemplando algunos siglos. En vano era que la escobaceasen y pintarreasen los albañiles, que los carpinteros repusiesen las puertas-vidrieras de sus balcones, que los arquitectos le añadiesen algunos apéndices de ornamentación ó de deformidad. . . . la casa quedaba siempre vieja á la vista, más vieja de lo que era realmente. Su fachada, sin ser ruínosa, parecía ruína; sin tener cuatro siglos aparentaba haber cumplido los diez y nueve de la Era. El Arte infunde eterna juventud á los edificios; la

ausencia del Arte les infunde una eterna vejez. Una columna de las ruinas helénicas de Poestum, un trozo de capitel del Foro romano medio hundido en el polvo, ellos con sus treinta siglos de existencia, no son á la mirada tan viejos como lo era el muro liso y la tosea cornisa de aquella fachada de tres siglos. Tres siglos son tres primaveras para la piedra arquitectónica; sólo que las tres primaveras pasan sobre ella sin hierirla cuando ha sido tallada bajo la inspiración de Miguel Ángel y colgada en una arquivolta de la Basílica; mientras que pasan afeándola y envejeciéndola como tres crudos inviernos cuando ha sido modelada por un tal arquitectillo Juan Pénado y empotrada en el jambage de una ventana de la casa que fué de Manuel González y había sido palacio de 62 viueyes.

Y sin embargo de vejez tan prematura, la construcción erigida sobre ese lado oriental de la gran plaza de México, ha tenido desde sus orígenes una novedad nominal. «Casas nuevas de Moctezuma», le llamaban los últimos aztecas; «Casas nuevas de Cortés» le llamaban los primeros españoles; uno y otro nombre *hacían* en oposición á las *casas viejas*

de Moctezuma y de Cortés situadas frente al Empedradillo, en el actual Montepío. . . . Un día del año de 1521, el conquistador castellano, pasando entre las ruinas de la Tenoxtitlan, arrasada de orden suya por quinientos mil demolidores, sintió remordimientos por tan inmensa hecatombe de muros y techos. El deleznable adobe del caserío de los *mazehuales* iba ya confundiéndose con el polvo del suelo, y sólo entre tantas ruinas desmoronadas, al lado del teocalli de Huitzilopochtli de pié todavía, como si fuera la maldición subsistiendo sobre la matanza, á su lado oriental vió el conquistador un monton de ruinas más sólidas en que abundaban materiales de cal y canto, pórfido, tezontli, y una especie de jaspe negro. . . . Eran los restos de las *casas nuevas* de Moctezuma. Y triste ante ellas el conquistador como Mario ante Cartago, amó el lugar que había abominado, sintió vagamente en el alma el arrepentimiento del sacrilegio histórico que acababa de cometer demoliendo el alcázar indio, y quiso repararlo, reparando con sus escombros el edificio mismo. A los pocos días, las piedras fueron removidas, los muros reconstruidos, pero no su

vieja arquitectura. Ella es hija de la época, y la ruda época indiana que la falsa historia ha querido presentar con un esplendor que no tuvo, no necesitaba en el edificio más que un espacio cerrado y acotado por un lindero que por lo bajo más se aproximaba al cercado que al muro, una puerta que no era más que un boquete abierto para dar paso al cuerpo de un hombre, y un *petate* colgado en ella enrollado ó desenrollado, según se lo inspirara al habitante la atmósfera de fuera. Las *Casas nuevas* de Cortés se levantaron con las mismas piedras y en el mismo sitio que las de Moctezuma, modificadas con el nuevo sello que les imprimió la conquista. Era éste el sello caballeresco y guerrero de la empresa de Cortés en la tierra sometida. La construcción, aun la destinada para simple vivienda del conquistador, se la levantaba con el pensamiento en el combate. De allí el muro almenado y atronero, con torreones ó bastiones en los flancos, que tuvieron las *Nuevas Casas* de Hernán Cortés. Era un edificio de defensa contra la posible agresión del indio mal subyugado. No le faltaba para castillo feudal ni aun el foso guarneciéndole

al pié. Teníalo hacia el costado Sur, en la *Acequia*, cuya zanja se dirigía por medio de la calle entre él y el mercado que después se llamó del Volador; y circundado por las lagunas que ceñían la casi flotante Tenoxtitlan, resultaba como una fortaleza natural provista de los recursos militares de la época. La artillería coronaba sus bastiones, y en caso dado, un arcabuz asomaba por cada una de las troneras abiertas como hendiduras bajo las ventanas, y entre almena y almena, salían bocas inflamadas por el azufre del Popocatepetl * escupiendo plomo.

Murió Cortés, y su *Casa nueva* fué adquirida, por el gobierno vireinal, de su heredero el Marqués del Valle, D. Martín, á quien la compró para residencia del virey, Audiencia y otras oficinas públicas mal halladas en las *Casas Viejas* del Empedradillo. Desde entónces, el edificio aquel fué Palacio de Gobierno, con varias y sucesivas modificaciones que jamás pudieron borrar su sello primitivo. Sus cualidades distintivas no fueron desde entónces

* Histórico. Hernán Cortés, careciendo de pólvora, y no teniendo más que uno de sus componentes, salitre, hizo extraer el azufre que le faltaba, del cráter del Popocatepetl.

más que dos: la grande extension y la fortificacion. "*Quanta et quam munita facies!*" (¡Qué grande y qué fuerte fachada!) exclamaba en 1554 Francisco Cervantes, célebre latinista mexicano, por la boca de un personaje de sus *Diálogos*, refiriéndose al Palacio vireinal. Almenas, troneras, torreones y una area considerable era todo lo que le recomendaba á la atencion. Esa area comprendia, á más de la fila de habitaciones del frente, única construccion primitiva, vastos solares y un huerto en calidad de dependencias de la finca. El precio en que el Gobierno la obtuvo fué el de 34,000 *castellanos*, con la adicion de \$ 9,000 en materiales de construccion, suma que en pesos arrojó la cifra cabalística de \$ 33,300. Esa suma sirvió para dotar á dos hermanas del marqués próximas á contraer matrimonio. ¡Singular manera de albergarse por los siglos de los siglos tuvo el gobierno de México, que buscó asiento sobre las ruinas de un alcázar indio y lo halló mediante un desembolso para casar con sus novios á dos hijas del conquistador!

II.

Acaeció dicha compra de las casas destinadas á Palacio el año de 1562, en que reinaba en España Felipe II. Con su mandato ó autorizacion se la hizo, y él asignó á la finca *para reparos* la enorme suma de 150,000 maravedís anuales, que no hacen más que 220 pesos. Se comprende que con tal dotacion no habia para hacer de ella la octava maravilla. Felipe II, el hombre del Escorial, derrochó todo el génio clásico de España en su monasterio aparrillado al pié del Guadarrama, y no quedaron para el Palacio del vireinato de México más que algunos maravedís para sobreponer piedras sin el socorro del Arte. Eso sí: se trajo mucha piedra arrancada al vecino cerro del Peñon, y se empezó á fabricar dos órdenes de galerías, crujías de aposentos, una escalera de doble ramal, todo vasto, pero sin orden. A uno y otro lado del gran patio, patios menores sin relaciones de simetría ni estilo, y luego cada virey nuevo venia añadiendo un ele-

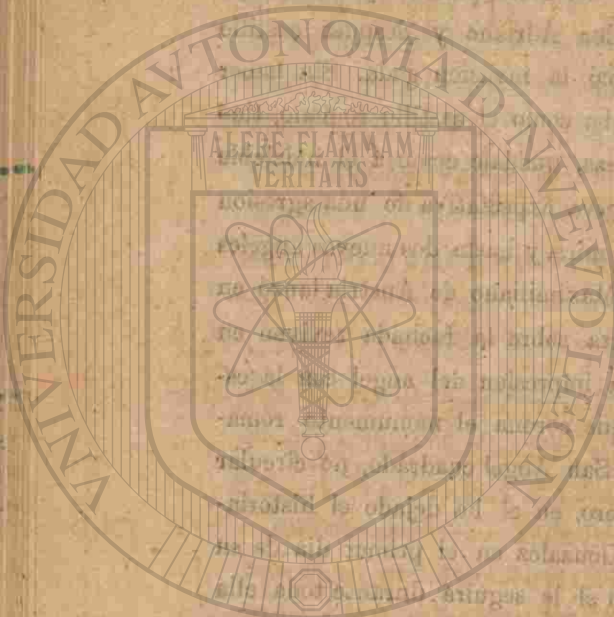
mento nuevo al desconcierto. Parecía perseguirse un ideal arquitectónico inspirado sólo por la necesidad del lugar ó del momento. Se necesitaba en cierto aposento un haz de luz solar para algunos escribientes, y venia la barra del albañil á abrir una ventana ó balcon aunque fuese en la fachada principal, sin consideracion ninguna á la apariencia exterior del nuevo agujero. . . . El fuego llegó en auxilio del desbarajuste. El tumulto popular de 8 de Junio de 1692, tizno ó consumió con la tea del incendiario lo que no habian deformado las picas de los albañiles, y fué tras de ese incendio cuando vino de España el dicho Juan Peinado á peinar lo que las llamas enmarañaron. Arquitecto ó maestro de obras, el Juan Peinado despreció como incorregible la fase frontal, y se dedicó á aligerar y enaltecer las arcadas de los patios, labrándolas en *almohadilla*, como están aún las del principal. Era demasiado. . . . Los vireyes, deleitados ante los losanges de piedra del *almohadillado*, se ilusionaron de que su caseron era realmente un palacio, ilusion que dividieron con ellos tres generaciones de presidentes y dos emperadores. Sólo en

1843 hubo un pujo de indignacion contra aquel frontispicio destartado, y se combinó un proyecto para renovarlo; pero el proyecto se estrelló en las cajas exhaustas del erario. . . . Los gobernantes más espléndidos se contentaron, pues, con parchar ó emperjilar el amazon de cal y canto, con el mismo empeño que se pone en ciertos museos de Historia Natural en pulir y barnizar los huesos de un megaterio. El virey Venegas estrechó el antiguo huerto convertido en Jardin Botánico para hacer un cuartel hácia el lado del Volador; uno de los primeros presidentes levantó en el fondo de patio principal la Cámara de diputados; Santa-Anna renovó la decoracion del salon de recepciones, que él llamó salon del trono; Maximiliano retalló la piedra del patio llamado bajo la República "de la presidencia," y coronó la fachada con dos ángeles de bronce; Benito Juárez hizo el embaldosado del gran patio, y todos los demás pusieron al edificio su adefesio en forma de nueva perforacion en los muros exteriores, ó de nueva oficina interior ó superpuesta. La fachada, la pobre fachada, acribillada de claraboyas, ventanas esparcidas sin orden y con 23 balcones hácia la mitad derecha y 16

hacia la izquierda, apareció cierto día de la era tuxtepecana á los ojos de los pacíficos habitantes de México adornada en lo alto con una construcción que primero se creyó fuera un palomar ó institución semejante al Depósito militar, para recoger y mantener á todos los pichones vacantes; pero luego se supo que era fotografía, y los pacíficos habitantes quedaron satisfechos. . . . Sólo algunos hubo que lamentaran que todos los retratistas de la ciudad no subieran á erigir sus fotografías por todo lo largo de la fachada, con el objeto de que ya que se había decidido ponerle una cresta, fuese ésta completa sobre la frente del edificio.

Tal había sido la historia del edificio en que el Estado, el poder de México, radicaba y llegó á encarnar, como en las antiguas monarquías de Europa, encarnaba en la persona del soberano; tal era su formación: heterogénea y antiestética, en su origen como la guerra que lo erigió, apenas corregido en su deformidad por las restauraciones y recomendado ó pegoteado despues por la vanidad ó la tontería. Algo recuerda ese Palacio por sus vicisitudes y por su aspecto hostil y

sombrio el *Castello del Santo Angelo* en Roma erigido al borde del Tiber, para ser primero tumba del emperador Adriano y despues castillo donde se fortificó la invasion goda. Sin haber sido nunca tumba como el castillo romano, tiene toda su tristeza, quédale como á él indeleble su aspecto de torva expectativa de una agresion que ya nunca se mira, y hasta dos nuevos angeles de bronce que Maximiliano de Austria lanzó en estribos de piedra sobre la fachada reviven en el observador la impresion del angel con la espada desnuda que corona el monumento romano. Castillo de San Angel cuadrado, no circular como el verdadero, en él ha dejado el historiador á Manuel Gonzalez en el primer dia de su presidencia y en él le seguirá durante toda ella como en su principal centro de accion.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPITULO V.

COMO SE FORMA UN MINISTERIO.

I.

Era preciso un ministerio, y Manuel Gonzalez, aturdido ante la repentina posesion del palacio ante las cajas de la Tesorería completamente vacías y ante su propia vaciedad de experiencia de las innumerables atenciones de un gobierno federal, apenas acertaba á formárselo. Hubo, entónces, de recurrir á la iniciativa privada de los principales amigos que le rodeaban, felicitándole por su eleccion. Porfirio Diaz, bajando de su augusto alejamiento de Cincinnati, se presentó y dijo: "Para Fomento, aquí estoy yo, y en cuanto á Relaciones allí está mi amigo y ex-ministro Mariscal." D. Vicente Riva Palacio, Mentor obligado de todos

los Telémacos de la revolución porfirista, acercó su barba gris al nuevo presidente para indicarle al sexenario Ezequiel Montes para Justicia y al veracruzano Landero y Cos para Hacienda. Faltaban Guerra y Gobernación, y una voz se dejó oír desde las márgenes del Bravo que decía: "Yo te dí los votos de la Frontera," y otra voz dijo desde la ciudad de San Luis: "Yo te dí los votos del Potosí." La primera voz era de Gerónimo Treviño, la segunda de Carlos Díez Gutiérrez, este gobernador, aquel guerrero. No había más que meter al primero en Guerra y al segundo en Gobernación. Y quedó formado el ministerio.

II.

¿Quiénes eran los ministros?

Ignacio Mariscal.

Hombre de virtudes privadas, le faltaban entre sus virtudes públicas las necesarias y eficaces para la situación. Naturaleza parlamentaria probada

en las luchas de la palabra que secundaron el movimiento de reconstrucción política nacido en Ayutla, naturaleza diplomática formada en la escuela de nuestras relaciones, llenas de actividad y de resistencia del débil al fuerte, con la República Americana; laborioso, *yanquinizado* por educación sin perder los afectos á su raza y á su suelo que le venían por nacimiento, todas estas eminentes afirmaciones de su personalidad, estaban momentáneamente destruidas por una negación: la falta de iniciativa y carácter políticos. . . . Como ministro de relaciones estaba bien; como jefe del ministerio en un gobierno militar estaba mal, lamentablemente mal. Como consejero de Manuel González estaba peor. El mismo Talleyrand se hubiera sentido impotente ante un jefe de Estado que respondiera á sus objeciones y resolviera sus dificultades con una mala razón. . . . Sus mismas cualidades le estorbaban en su puesto: la honradez y el escrúpulo le venían, para la situación, como los patines para un suelo sin nieve. Aquel hombre sentado en el primer sillón del ministerio olía anticipadamente á víctima. Hacía la impresión de

un primer convidado á un banquete antropófago en que los demás convidados han concertado comersele.

Porfirio Díaz.

Era el sofisma vivo del Ministerio; lo que se va y lo que se queda; la sombra del Comendador saliendo de su propia tumba política por él mismo voluntariamente abierta, para asistir voluntariamente al festin. La opinion popular, siempre materialista en sus comparaciones, veía en él al prior del convento metiéndose á lego, y esa transformacion apenas puede creerse de los santos. Su simple presencia en el gobierno era una contradiccion; su participacion en el gabinete era un argumento *ad absurdum*. Muerto resucitado al tercero dia, estaba condenado á que las mismas Magdalenas de la política dudasen de prosternársele y adorarle, y á que todos los mexicanos se volviesen para él unos Santo Tomases incrédulos, deseosos de meterle los dedos en las llagas.

El Ministerio de Fomento en su poder no era menor absurdo; eran los ferrocarriles arrastrados penosamente por las mulas de la artillería. . . . No podia ser, y no fué. Su Ministerio bajo Gonzalez fué el heno de Chapultepec fresco á la mañana, seco á la tarde. Un dia muy cercano de su entrada en el Ministerio, se le vió salir de él envuelto en la polvareda de una eleccion oaxaqueña. . . . Parecia Orestes perseguido por las furias.

Francisco Landero y Cos.

La *Partida Doble* se vistió á la ligera y se cubrió con el sombrero de *jipijapa*, y resultó D. Francisco Landero y Cos. Dentro de su blanco chaleco veracruzano bullia una alma que emitia cifras en vez de ideas. La cartera de Hacienda reclamaba á aquel hombre como lo habia reclamado la Aduana de Veracruz, y él respondió yendo hácia ella: ¡Desgraciado! Estaba destinado á ser un banquero á la inglesa, entre chalanes y mercachifles de la Bohemia.

Ezequiel Montes.

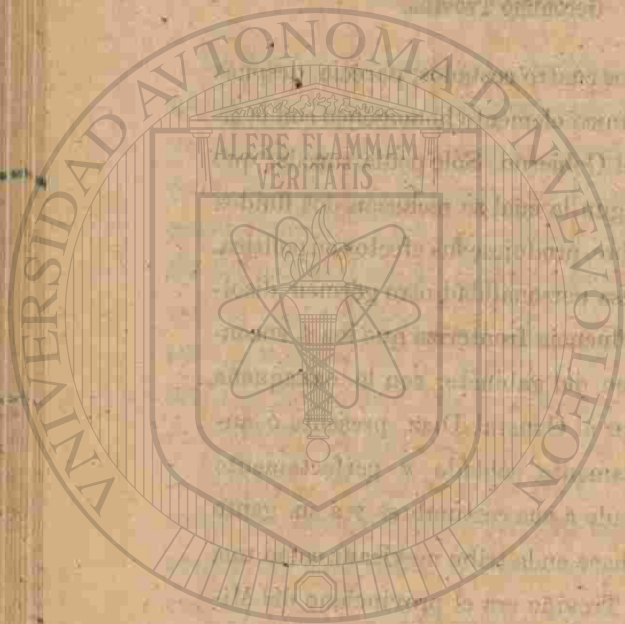
Un hombre venerable que casi ya no era más que la aparición de sí mismo, se apareció en el nuevo Ministerio. Recordaba en su figura y en su aspecto algo como el Centenario de Balzac. Asistió grave é inmóvil al consejo, se sentó ante su pupitre á firmar casi maquinalmente documentos que apenas veía, se apareció en la tribuna parlamentaria á pronunciar discursos suaves como un murmullo, y desapareció. No fué una muerte; fué una restitucion de la sombra de un hombre al reino de las sombras. Se alejó airado y triste. Le habian traído de personaje pasivo para que trasmitiera su propia respetabilidad á un gobierno. *¡O levis umbra!*....

Cárls Diez Gutierrez.

Un vivo tan muerto como el augusto Ezequiel...
Ya se le verá en el curso de ésta Historia cruzando por el Gobierno de Gonzalez como un suizo por las galerías del Vaticano.

Gerónimo Treviño.

Militar por los cuatro costados, parecia, despues de Porfirio, el único elemento homogéneo con la situacion y con el Gobierno. Sólo podia suceder que la ley física, segun la cual se rechazan dos fluidos del mismo nombre, produjese sus efectos en política. Traia consigo esa personalidad otro gérmen disolvente: era la influencia fronteriza que iba á encontrarse, en el seno del gabinete, con la oaxaqueña representada por el General Diaz, presente ó ausente. Perfectamente soldado y perfectamente ranchero, apegado á sus costumbres y á su gente fronteriza, que hace en la tribu mexicana como una familia aparte, Treviño era el provinciano del Ministerio, y el provincialismo en el poder hace lo que el chisme comadrero en una casa de vecindad.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

manera que el país, Francia acobarda de reconocer tal cosa como por la intencion de... Y... en la capital de México por en la de...

CAPITULO VI.

ESTADO GENERAL DE LOS ASUNTOS

EN CADA RAMO.

I.

Relaciones Exteriores.

Al empezar el año del Señor de 1881, y quinto (para México) de la Era porfirista, nuestras relaciones con todo el mundo conocido guardaban en lo general el estado siguiente: La Oceanía no tenía conocimiento de nosotros; el Africa tampoco, y de la inmensa Asia, solo al Japon le constaba la existencia de los mexicanos por haber tenido noticia de que una comision de ellos habia ido á su territorio á observar el paso de Venus por el disco del sol. De Europa tenia México establecidas relaciones diplomáticas con Alemania, Italia, Bélgica y la

CAPITULO ALFONSO

madre España. Francia acababa de reanudar relaciones rotas por la intervencion napoleónica, y promovidas en la capital de México por un Mr. Bourdel y por cierta dama incógnita y en la de Francia por D. Emilio Velasco, Ministro de México en Italia y trasladado á Paris para tal objeto, realizado en compañía de cierto varon polaco. Si en ese reanudamiento se habia quebrantado ó no la regla de dignidad marcada por Juarez á la República, segun la cual el primer paso para verificarlo debia esperarse á que lo dieran las naciones complicadas en el atentado de la Intervencion de 61, era punto no muy claro; pero el decoro positivista del gobierno se sentia satisfecho con que Francia como España hubiese, en las negociaciones respectivas, hecho punto omiso respecto de las cuestiones de deuda pública mexicana que dieron pretesto á la Intervencion. Solo Inglaterra se habia encerrado en su intransigencia respecto á una reanudacion que habia declarado no se verificaria sino sobre la base de la satisfaccion, por parte de México, de los viejos créditos de algunos de sus nacionales. Era la actitud de esa nacion, Inglaterra, era su decision á hacer causa propia de la causa comercial

de algunos de sus súbditos, y era, por último, su intrusion en el territorio nacional donde habia sentado el pie con su colonia usurpada de Belice, lo que debia pesar con más grave peso sobre el gobierno mexicano en su política internacional con Europa.

En el Continente, los Estados Unidos habian abierto una tregua á su conducta de superioridad hostil respecto á México, gracias á las recientes concesiones ferrocarrileras de que se hablará al tocarse la seccion de Fomento, y gracias tambien al pago regular de los dividendos de la deuda mexicana emanada de las mútuas reclamaciones de ambos países que se resolvieron por comision mixta, no sin arrojar en contra de México un saldo considerable. La exacta y puntual entrega de los cupones ó dividendos anuales de ese saldo que ascendia á cuatro millones de pesos, habia sido como el trozo de rica vianda arrojado á la voracidad del yankee para evitar que se arrojara sobre nuestro territorio, prevalido de su fuerza y armado de la razon pausable de insolvencia por parte de México. Cuando el gobierno resultante de la revolucion porfirista llegó á ser un gobierno de hecho negábase

el yankee á reconocerlo. D. Ignacio Mariscal ministro, á la sazón, de México en Washington había creído cumplir con un acto de lealtad política á su antiguo y caído jefe D. Sebastia Lerdo, apoyando, más que combatiendo, ese desconocimiento en el ánimo del gobierno americano: teniendo entonces el Ministro de relaciones del gobierno porfirista, D. Ignacio Vallarta, que enviar á la Casa Blanca á un comisionado especial, un Sr. Mata, quién, cargado con el dinero en pago de un dividendo, gestionó con el gobierno americano y obtuvo de él dicho reconocimiento....

En cambio, por el lado opuesto, en su frontera meridional, tenía México un pequeño pueblo á quien transmitir el empuje procedente de su otro gran vecino. Guatemala tenía que sentirse amagada por nuestros piés cuando el yankee nos rechazara por la cabeza, y ese contrabalanceo de equilibrio americano, se anunciaba ya en una cuestión suscitada con esa pequeña República, con motivo de los mal deslindados límites territoriales de ambos países....* «Más allá de esa República del

(*) Para más adelante, en la parte relativa al 2º año del Gobierno de Gonzalez, se reserva el historiador hablar

Centro, nuestras relaciones de hostilidad ó de amistad, no se extendían hácia el Sur ni un solo palmo. El esfuerzo de México para estrechar, con la América Meridional, vínculos creados por la naturaleza y la Historia y desatados por irracional aversión ó negligencia, ese esfuerzo no había pasado de una vana tentativa de pequeñísima misión diplomática enviada á una capital cualquiera de tan vasta agrupación de pueblos para representar á México ante todos ellos, y retirada á los pocos días para nunca más regresar, con gran desengaño propio y escándalo de nuestros hermanos del Mediodía, alguno ó algunos de los cuales, sin embargo, sostenían y siguieron sosteniendo en México, sus representaciones no correspondidas.

II.

Fomento.

Era la Secretaría de combate del Gobierno creado por la revolución porfirista ¡Fenómeno extraño en nuestra Historia! En un poder levantado por de ciertas poridades algo sucias enlazadas con la cuestión internacional entre México y Guatemala.

la acción de las armas, quedaba el departamento de Guerra como elemento ocioso é inútil, y se ponían en campaña las fuerzas de un ministerio de trabajo pacífico. El movimiento en este sentido procedía del primer ministro de Fomento de la revolución entronizada. «Más administración y menos política» era una frase cadenciosa que había soltado al viento la revolución, y aquella frase de que los principales gefes porfiristas, incluso Porfirio mismo, apenas conocían la extensión de los deberes que les imponía, encarnó y tomó forma en la persona medio militar, medio civil, de dicho primer ministro de Fomento que no era otro que D. Vicente Riva Palacio. Como de la boca del viejo Hércules galo salía una cadenilla para aprisionar á cada hombre, así salían concesiones y contratos del pensamiento, que las concebía, la boca, que las aceptaba discutiéndolas apenas, y la mano, que las firmaba, del ministro aquel. Calzadas, puentes, ferrocarriles, obras, mil de utilidad algunas, de ornato otras, para poblado y despoblado salían de su secretaría, en proyecto, para ser realizadas por el primer emprendedor afortunado. Parecía poseído aquel ministro de la locura de las mejoras

materiales que es un género de demencia opuesto á la destrucción comunista y á la fiebre petrolera. Ella nace muy naturalmente en los hombres que, como Riva Palacio, han viajado por Europa y los Estados Unidos, permaneciendo allí algun tiempo, gozado de las ventajas de su cultura, y vuelven de repente á un país como México que es el suyo; pero en el cual, los piés no dan un paso, los ojos no se fijan en objeto alguno sin que transmitan al alma profundo y amargo desencanto. Cuando esa alma ama á su pobre é inculta patria, como la amaba la de Riva Palacio, entónces el desencanto aparece en ella con dichos síntomas de demencia. Era la demencia aplicada á la piedra pulida, al hierro forjado y estirado en rieles. Hacia aquel ministro abrir una calle, construir una fuente, clavar un poste, y en la esquina, en la fuente, en el poste hacia gravar su propia cifra oficial: *M de F* (*Ministro de Fomento*), cifra que estaba diciendo, á todo el que pasaba un tema de loco: «mirad de fijo cómo he construido esto.»..... No había proyecto ferrocarrilero que no encontrase en él una pronta respuesta de *concesion*. En vano era que se le ad-

virtiese que el concesionario apenas ofrecía garantías de realización del proyecto ó que se le arguyese que ella implicaba peligros posibles al país. La concesion salia contra viento y marea..... Sucedió una vez que, en cierto consejo de ministros, se opusiese alguno á la concesion del ferrocarril yankee de Arizona á Guaymas que, en su concepto, estaba destinado á favorecer exclusivamente los intereses americanos, con riesgo inminente de la integridad del país, y á esta objecion, contrariado, en su furor ferrocarrilero, el ministro Riva Palacio, saltó dirigiendo á su adversario una réplica muy mexicana que le dió el triunfo:—„Y qué quiere vd. que hagamos con esa faja de terreno árido que nosotros no podemos explotar con un ferrocarril propio!..... Se hace Ud. como el perro del hortelano, que ni come ni deja comer.....” Y la concesion de dicho ferrocarril se otorgó con otras ciento, muchas de las cuales caducaron y algunas empezaron á hacer sentir en el interior y en el Norte del país el rodar de los wagones y el rugir de la locomotora..... Triunfante, más enloquecido todavía por la incipiente realizacion de su ideal que por el ideal mismo, sintiendo en su alma

la revolucion que habia iniciado, y previendo cuánto debia ella trasformar la faz de su patria, experimentó la necesidad de expansion que alivia al alma de las fuertes impresiones, la nacion toda le pareció pequeña para contemplar su iniciada obra y se empeñó en hacer venir al mundo para testigo de ella..... El pretexto seria una *Exposicion Universal*. Fatigó dia y noche las prensas del Gobierno con exitativas á nacionales y extranjeros para concurrir al grandioso certámen, pidió cuantiosas sumas á las cajas del tesoro público y cuadrillas de obreros empezaron por su orden á cavar la tierra para sentar los cimientos del soñado edificio de la soñada *Exposicion*. ¡Ilusos! Lo que cavaron fué la tumba del proyecto que las cámaras rechazaron como insensato, y la tumba tambien del auge político que gozaba en el porfirismo Don Vicente Riva Palacio que cayó del ministerio con su proyecto de *Exposicion*.

Pero el impulso estaba dado. Riva Palacio sufrió con su obra misma un sacudimiento que le derribó en política, como Franklin sufrió otrosacudimiento material con su para-rayos. Tras del impulso de

Riva Palacio los ferrocarriles fueron un hecho para México como tras del invento de Franklin los pararrayos fueron un hecho para el mundo. A tiempo que bajó Porfirio del poder y subió á él Gonzalez, estaban ya en vía de construcción las dos grandes vías troncales de la capital de México á la Frontera del Norte, dirigida una por la compañía Symon y la otra por la Sullivan á mas de otras pequeñas líneas de los Estados y el ferrocarril interoceánico del istmo de Tehuantepec. El hecho de la construcción de esas vías influía de tal manera en la situación del país que todas las distintas esferas del Gobierno: Relaciones, Hacienda, Guerra, se sentían atraídas hácia ese hecho como á un centro comun en torno del cual tenían que girar.

III.

Hacienda.

El Gobierno de Porfirio Diaz no dejaba al de su sucesor Manuel Gonzalez ni un real en caja.

Las rentas públicas acusaban, sin embargo, en el último año de 1880 un aumento considerable, ascendiendo á \$ 22.276.845. 71 cs. Paralelamente á este aumento de los ingresos habían crecido los egresos por la más amplia dotación de oficinas recaudadoras tales como las de las Aduanas Marítimas cuyos gastos habían sido aumentados en el último año en \$ 162,770, como también por el extraordinario crecimiento del número de gentes pensionadas parásitos del Estado que le reclamaban el pan y el vestido de cada día. En 1880 la suma invertida al año en sueldo de *pensionistas* ascendió á \$ 1.297,873 73 cs., y esa suma significaba respecto de la invertida en igual objeto en el anterior año de 79 un aumento de \$ 56,129, 94 cs. Huérfanos de militares, viudas de dudosa fidelidad al recuerdo de los maridos muertos y otra gente provista de títulos irregulares para merecer la nutrición del Estado, formaban ese ejército tan aumentado de un año á otro y con tendencias á seguir aumentando en la misma escala. Quedaban luego el ejército *retirado* del Depósito también en aumento, los abonos sucesivos de la deuda americana y las subvenciones de vapores y de las

empresas de ferrocarriles que representaban una de las más abrumadoras cargas de la nueva administración. Nada ménos que el 10 p^o de las rentas de las Aduanas Marítimas, fuente principal de los fondos públicos, estaba asignado al pago de los 8,000 y 9,000 pesos por kilómetro estipulados como subvención en favor de las compañías Sullivan y Symon. ¿Qué hacer con el cerro monetario existente en el fondo de las cajas del tesoro frente a tantas nuevas necesidades? Solo un socorro extraordinario podía salvar la situación de penuria de la Hacienda pública, y ese socorro vino por el conducto de la misma Secretaría de Fomento, de su mismo costoso engendro de concesiones y proyectos, engendro verificado tras una gestación de tres años en virtud de la ciega y loca fecundación del ministro Riva Palacio. Ya se estudiará ese fenómeno al salir de este capítulo, relativo aún al período inaugural del Gobierno de Gonzalez, para entrar de lleno en el curso de su marcha ulterior.

Guerra.

El cáncer militar estaba en el corazón del nuevo Gobierno como un mal congénito. Cerca de 20,000 hombres entre soldados y oficiales, con un presupuesto anual de *nueve millones* de pesos y algo más representaban una erogación diaria de unos *veinticinco mil* pesos. Los mil generales con que cuentan nuestras calles, cafés, y otros lugares públicos igualmente que los cuatrocientos mantenidos del depósito entraban en ese festín babilónico en que ya se empezaba a trazar el *Manel, thesel fares* de la República. La sola frase *reduccion del ejercito* espantaba a los directores de la política que consideraban la paz comprada al precio de un enorme pié de guerra. Enorme con relación a nuestra pobre riqueza, pequesísimo con relación a los más y más inminentes peligros de invasión anglosajona que nos iban a crear los nuevos ferrocarriles, muy propios para convertirse de la noche a la mañana en convoyes de guerra del yankee. Así,

superfluo bajo un aspecto, insuficiente bajo el otro, desorganizado bajo todos sus aspectos, porque el gobierno mismo no conocia su número exacto y estaba hecho en su mayor parte por reclutamientos forzados, el ejército más que un problema, era para el gobierno como el enigma que mataba, de la fabulosa esfinge. Ya se verá como se manejó para abordarlo.

V.

Justicia é Instrucción y Gobernación.

En el ramo de Instrucción pública, un ministro de Porfirio Díaz habia determinado, por medio de los autores de texto impuestos en la Escuela Preparatoria un movimiento filosófico de reaccion en el sentido de la vieja Metafísica y en pugna con la nueva escuela positivista. Porfirio Díaz, extraño ó ageno á ese movimiento lo habia dejado verificarse sin apartar ni impeler la mano del ministro aristotélico que lo habia causado. En igual alejamiento y discreción (fuerza es dar á cada uno

lo que merece) se habia mantenido respecto al ramo de Justicia, * y en cuanto al de Gobernación, afectó por lo ménos respetar la indepencia de los Estados consagrada por el pacto federal, y si hubo inmoralidad en el Gobierno del Distrito, pudo él, al ménos, defenderse de que le manchara, cubriéndose con la palangana de Pilatos.... Llegaba su turno á otro hombre. La Instrucción no tenia que temer ninguna reforma de Manuel Gonzalez que la abandonaria al impulso dado ó al que quisiera darle de nuevo su ministro respectivo. Pero se le habia entregado algo más. La Justicia, ese *quid sacrum*, y la Carta federativa y el Gobierno del Distrito Federal que es como el corazon del país estaban en su poder, un poco averiados los últimos, pero siquiera averiados con pudor —¿Qué hizo aquel hombre de ese depósito?.... —Adelante, lector.....

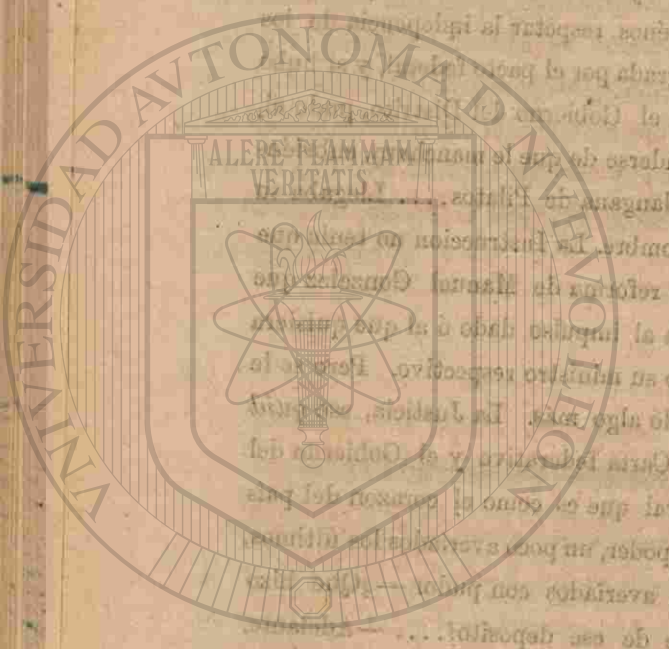
(*) Hubo una triste excepcion: la impunidad de los autores de los asesinatos políticos de Veracruz.

CAPITULO VII.

LA IRRUPCION DEL "MONEY."

I.

Llegó el momento en que Manuel Gonzalez, encantado con sus nuevos honores y posicion de señor de Palacio, saliese de su encanto al llamado de una realidad no muy placentera. Ese llamado se encargó de hacerlo el "no hay dinero" de Landero y Cos su ministro de Hacienda. . . . Cuando á Napoleon I. hicieron sus soldados desarmados un argumento semejante diciéndole "no hay fusiles," Napoleon I les contestó con el célebre "los enemigos los tienen"; y un pensamiento parecido asaltó el alma de Gonzalez ante aquella objecion: "¿No hay dinero? — El país, los contribuyentes lo tie-



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MÉXICO

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

CAPITULO ALFONSENA

nen..... Y se pensó en recargar los impuestos aplicándolos á artículos libres de ellos. Buscóse alguno de general consumo, y se encontraron los cerillos y el tabaco labrado. Y un proyecto de ley fué presentado al congreso gravando desde luego al tabaco con un 10 por ciento de su expendio al menudeo. No era bastante. Habia otro impuesto ya muy fuerte pero susceptible de aumento como todo lo que no es infinito. Era el establecido por la *Ley del Timbre* que, habiendo sido decretada por el Gobierno de D. Sebastian Lerdo, su decantada injusticia sirvió de pretexto á la revolucion porfirista, y su abolicion de promesa hecha en halago del país. La revolucion erigida en poder en la persona de su primer gefe, en vez de abolirla, la dió más aplicacion, y con Manuel Gonzalez llegaba la hora de que su poder de exaccion fuese reduplicado en virtud de otro proyecto de ley presentado á la cámara por la Secretaría de Hacienda. No bastaba aún..... Las necesidades urgentes del momento se satisfacian mal con impuestos de difícil percepcion por su misma onerosidad y en tal coyuntura una oferta inesperada respondió á la demanda del Gobierno. Salia esa oferta de una

compañía Ferrocarrilera, la Sullivan Palmer, que puso á disposicion del gobierno trescientos ó quinientos mil pesos. Eran algunas talegas sueltas del dinero americano que acababa de hacer su entrada en el país.

II.

El \pm yankee y el $-$ mexicano.

Un hecho tan raro en la Historia de la República mexicana como el empréstito espontáneo y sin garantías de una casa extranjera al Gobierno de México tenia su explicacion en una grande crisis por que pasaba el vecino país del Norte, crisis cuyos primeros efectos resentia México en la forma de un aparentemente saludable desbordamiento. Era ella una crisis de riqueza al contrario de las crisis comunes y universales provenientes de la miseria. Estados Unidos languidecia de exhuberancia. Su exceso de produccion apenas limitada por un consumo casi universal, su ventaja en la balanza mercantil del mundo que le hacia tributa-

rios á la generalidad de los pueblos, y su poder central con sus \$500.000,000 de rentas públicas concurrían á formarle una situacion de desequilibrio entre el capital y el rédito. Sobraba capital acumulado por la creciente prosperidad de medio siglo sostenida sin solucion sensible á pesar de la guerra separatista, y faltaba campo en que emplearlo con esperanza de un regular rendimiento. El gobierno como institucion de crédito era opulento en capital y miserable en renta. Desde 1864 á 1881 habia el gobierno americano reducido el interés de los bonos de su deuda pública del 6 al 4 por ciento, y ya el Congreso de 81 habia aprobado el proyecto de una nueva emision con rédito de 3 por ciento anual. Si esta nueva reduccion no se hizo debióse al voto interpuesto por el presidente Hayes, pero algo equivalente al pánico estaba perfectamente hecho en el capitalista que volvia desesperado sus miradas hácia todas partes en busca de cauces de salida para su riqueza condenada al estancamiento ó á una movilidad de pobres resultados. Fué en tales circunstancias cuando se percibió del lado de Mediodía el ruido de las concesiones ferrocarrileras, y esa coincidencia de dos

fenómenos que venian verificándose paralelamente en dos pueblos vecinos pareció ser como la aproximacion, más providencial que natural, de necesidades encaminadas á satisfacerse y compensarse mutuamente. La *falta* de México gritaba en demanda de la *sobra* de Estados Unidos, y ésta clamaba por el socorro de aquella. Aproximar la *falta* y la *sobra*, compenetrarlas y fundirlas era completar, el uno por el otro, á dos pueblos precipitado éste, retrasado aquel en su desarrollo. Ya se ha visto quién fué, por parte de México, el principal iniciador de esa obra; otros la continuaron.

III.

Ramon Guzman.

Un mexicano acababa de ponerse en accion lanzándose en la vía de empresas atrevidas encaminadas á implantar en México y explotar para sí los progresos de Estados Unidos y de Europa. En

él tomaba cuerpo y actividad lo que en Riva Palacio y otros no era más que pensamiento y proyecto. Joven, dotado de gran poder de simpatía y de insinuación, extremadamente práctico y rápido en el obrar, cualidades extraordinarias en medio de un pueblo inclinado al vuelo soñador de la imaginación y la indolencia del cuerpo, aquel hombre más movimiento que otra cosa, tenía, por carácter, que dirigirse á empresas de locomoción. Y empezó por poco, por tranvías americanos en las calles de la capital y por vías de comunicación con algunos pueblecillos de los alrededores. Luego, cuando llegaron á México los capitalistas exploradores de los Estados Unidos se encontraron con él como con uno de los pocos aliados con quienes podían contar en el país, y entró á tomar participio importante, con su capital y su acción, en la empresa de una de las vías troncales, destinadas á atravesar la República hasta empalmarse con una vía americana en la Frontera.

Tal era Ramon Guzman visto por su lado bueno, casi glorioso, de empresario de ferrocarriles. Bajo ese punto de vista se limita por ahora el his-

toriador á introducirlo en la galería de personajes que tomaron parte importante en los acontecimientos de este *Anticipo*. Una segunda personalidad se iba poco á poco delineando en él hasta empequeñecer y borrar la primera. Era el personaje político, el personaje de Palacio, contra quien se reserva el historiador páginas ménos lisonjeras. No importa que al tiempo de escribirse este, su persona tenga la particularidad de acabarse de envolver en las sombras de la tumba. Esa particularidad no tiene fuerza ninguna contra el estudio severo de la Historia, á los ojos de la cual todos los hombres de que se ocupa, aunque vivan, están muertos.

IV.

Ulises Grant y Matías Romero.

En las concesiones ferrocarrileras otorgadas desde 1877 hasta 1881 había venido reinando un elemento integral constante. Era éste *la subvención* del Gobierno. Esa subvención nunca bajaba de

\$6.000 por kilómetro. Añadiáanse á esa cantidad otras pagaderas, una al año siguiente de hecha la concesion y otras algunos años despues durante un plazo desde 1 hasta diez años. Ahora bien: considerando que las concesiones otorgadas eran *cua-*
renta y algo más, y con vista del cómputo numérico de sus subvenciones respectivas, resultaba que el Gobierno mexicano tenia que pagar á los concesionarios en 10 años (aun calculando que muchas concesiones caducasen) una suma total de unos CIENTO MILLONES DE PESOS. ¡Espantosa cifra para un gobierno que al tiempo de las concesiones no tenia ni esperaba tener más de *veinticinco millones* de rentas por año, y sin esperanza tampoco de tener algo sobrante de sus gastos precisos de cada año para atender á tan enorme subvencion! Eran este absurdo hacendario, esta bancarota prevista y aceptada, la expresion de la manera loca y tumultuaria con que se habia procedido para tejer en nuestro suelo una diminuta red ferrocarrilera.

Dos hombres, el uno yankee y el otro mexicano, el General Grant y el ministro de México en

los Estados Unidos, D. Matías Romero, parecieron ser los únicos que se impresionaran por la insensatez del Gobierno de México y su insensato sistema de concesiones. El General Grant no era, en verdad, un apóstol de los intereses mexicanos; pero al hacer en América una activa propaganda en favor de los ferrocarriles de México, á la vez que respondia á su propia conveniencia y predicaba la conveniencia de su país, abogaba tambien por la conveniencia de México buscando la reciprocidad de los beneficios cedidos y recibidos. «Estados Unidos, dijo Grant en un banquete dado en Boston en 1880, necesita importar productos tropicales (azúcar, café, tabaco) que exporta de Cuba y del Brasil, adquiriéndolos al precio de \$300,000,000 anuales. No tengo duda de que con la construccion de ferrocarriles podriamos adquirir de México esos productos que en vez de tenerlos de países antidemocráticos, esclavistas y de excesivos derechos aduanales, los tendriamos de un país republicano cuyos derechos de exportacion son menores, y—¿á qué precio?—ya no al de nuestro dinero, sino al de nuestros productos (maquinaria, he-

rramienta, artefactos) que remitiremos en cambio de frutos.

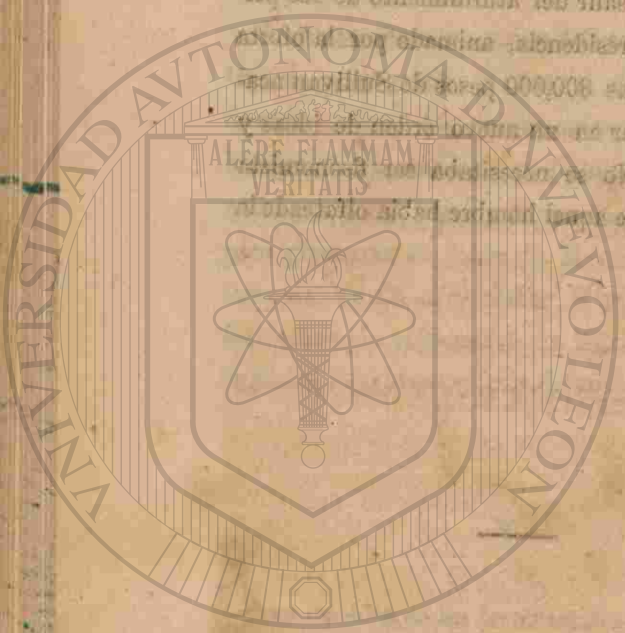
D. Matías Romero unido á Grant en este trabajo de propaganda, le hizo ver el inmenso fardo de subvenciones que pesaba sobre el Gobierno de México, le expresó la imposibilidad de añadir un adarme á tanto peso y le asoció á sus esfuerzos para promover en favor de México empresas de ferrocarriles sin subvencion. Y una compañía de ferrocarril sin subvencion de México á Oaxaca se organizó bajo los auspicios de ambos.

V.

Pero esa idea de los ferrocarriles sin subvencion encontró bien pronto ¡cosa extraña! oposicion decidida de parte del mismo gobierno mexicano....

Un viento trastornador como el simoun del desierto, empezó á soplar sobre México con el desbordamiento del dinero yankee. En \$60.000000 se calculaba el capital americano invertido ya en empresas de telégrafos, ferrocarriles y explotacion

de minas en México. Manuel Gonzalez que empezaba á su vez á salir del aturdimiento de los primeros dias de presidencia, animado por la oferta espontánea de las 300,000 pesos de Sullivan acababa de penetrar en un nuevo órden de ideas y sentimientos. No se necesitaba ser fisonomista para percibir que aquel hombre habia olfateado la plata....



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

... y al fin de la obra se ve el fin de la obra...

CAPITULO VIII.

MATAR LA GALLINA.

I.

La luna de miel de un gobierno.

Un despertamiento inusitado en la vida del país resultó como primera consecuencia de la construcción de vías ferreas. Se sucedieron las irrupciones. A la irrupción del dinero americano siguió la irrupción del hierro. Buques cargados de rieles, materiales é instrumentos de construcción ferrocarrilera anclaban con breves intermitencias en Veracruz entregando á tierra su carga que, puesta luego en movimiento, iba á hacer prosperar cuanto encontraba á su paso como corriente vivificadora. Vivificaba la empresa del Ferrocarril de Veracruz cuyas acciones se elevaron hasta cotizarse en el mer-

CAPITULO ALFONSO



cado de Londres á un precio doble del antiguo. Vivificaba también á la gran masa de la población mexicana llamándola á un trabajo de regular y segura retribución. «Hay en México siete millones de aztecas á quienes podemos emplear en la construcción de ferrocarriles», había dicho el General Grant en uno de sus discursos de propaganda. Y ese cálculo tenía su confirmación en la nueva realidad. El indio que sale á robar á la heredad ajena en los meses que faltan mazoreas en su milpa ó ejotes en su frijolera, el gañan de hacienda que se echaba á *la pela* (robo) del camino ó á la *gavilla* del pronunciamiento cuando suspendía el mayordomo las *rayas* del sábado, tuvieron entonces su tostón diario ganado en los terraplenes de las vías, y este movimiento general de actividad que despertaba de su letargo á la población de pueblos, ranchos y haciendas, iba refluyendo hacia la capital de la República como sangre pura y biencho-
 ra agolpada de los miembros al corazón para comunicarle las más vigorosas palpitaciones. Tan repentino acceso de vida y riqueza se tradujo en la misma capital y en otras ciudades de los Esta-

dos por dos hechos principales: el pedido creciente de efectos al extranjero y las innumerables construcciones y reconstrucciones de fincas de habitación. «Se están construyendo veinte mil casas en ésta (la capital de México)» escribía alguien por aquellos tiempos, en carta particular, al autor de estas líneas quien estaba en Madrid é hizo publicar en algunos diarios tan importante noticia. Y la verdad era que jamás, desde el primer año de vida independiente de México hasta la fecha ni cuando le llegaron á Santa-Anna los millones yankees en pago de la desmembración del territorio, ni cuando le vino á Maximiliano el dinero de Napoleón III para sostenimiento del ejército francés, se había visto en México tanta prosperidad ni tan halagadora perspectiva de riqueza y bienestar.

II.

En tales momentos ¡qué magnífica oportunidad de gloria se presentaba á un gobernante amante de su patria! Responder al súbito obtenimiento de los elementos cuantiosos que iban á venirle al go-

bierno como resultado natural de los que le llegaban al país, responderle con otra súbita transformación del país mismo,—hacer de la capital algo como un pequeño París de América, y de Veracruz algo como un pequeño Nueva York de los trópicos,—pasar por sobre la faz rugosa y sucia de la República la esponja empapada en las aguas de Juvencio que brotan de las cajas repletas,—hacer en la calle liso pavimento de lo que es rudo empedrado y en el camino, calzada de lo que es vericuetos,—esparcir á través de la lóbrega noche de nuestras ciudades una luz viva y fuerte sustituida á la que muere en la mecha impregnada de aceite ó agoniza en el pico de gasen relacion con gasómetro mal provisto,—hacer coincidir ese esparcimiento de luz material con otro de luz intalectual verificado por medio de escuelas donde se enseñara á leer á siete millones de hombres que no saben,—robar á la ociosidad y al vicio á millares de miserables, por medio de establecimientos de correccion y de instruccion técnica,—*européizar*, mediante la gran suma de bienestar y moralidad difundidos por el trabajo, á las clases bajas de nuestro pueblo, haciendo al *lépero* y al *indio* unos séres correctos, aseados,

cultos, dignos de la sociedad y de la República; y cuando esta trasformacion estuviere siquiera iniciada, ¡qué gloria hubiera coronado y envuelto al gobernante iniciador al bajar de la presidencia para entrar en una apoteosis en vida y recibir la aclamacion del mundo y la eterna bendicion de la Historia!

III.

Tal Congreso para tal presupuesto.

Pero esa gloria tan grande y tan pura no tentó á Manuel Gonzalez. Tal era la República Mexicana en aquellos momentos, como la gallina de la fábula, que habia dado en poner huevos de oro. Como ella, la República se habia puesto de repente á producir para el Gobierno algunos millones además de sus ordinarias rentas, y Manuel Gonzalez, sorprendido ante el fenómeno como el dueño de la gallina, y mal satisfecho con aquella produccion extraordinaria, pensó en descubrir desde luego la mina oculta de la situacion. El primer sondeo pa-

ra encontrarla se prestaba á practicarse por medio del presupuesto de gastos del próximo año fiscal. Su discusión y aprobación correspondía al Poder Legislativo; pero el Ejecutivo se complacía anticipadamente en no tener en él ni una rémora de sus planes ni un correctivo de sus ambiciones. No era un poder; era un cuerpo de empleados distribuidos todas las tardes en los asientos de un anfiteatro. Envueltos por la atmósfera comun de servidumbre, tenían una razón de más para someterse á su influjo: consistía en sus credenciales, debidas casi todas al apoyo directo ó la benevolencia de los dos jefes del Ejecutivo, Porfirio Diaz y Manuel Gonzalez, cuyos trabajos sucesivos se habian combinado para el efecto de instituir un Parlamento servil. El resultado de esos trabajos en los primeros días del Gobierno de Manuel Gonzalez, era una Asamblea de padres putativos de la patria, ya no dóciles, sino humillados. El nivel de la dignidad humana llegó á bajar tanto en el seno de esa corporación encargada de la augusta tarea de legislar que algunos diputados, no sintiéndose capaces de renunciar al fondo de conciencia y dignidad depositado por la Naturaleza en todas las almas, prefe-

rian, sin ausentarse de la capital, pasar por ausentes en el congreso á riesgo de perder sus sueldos asistiendo á las sesiones.

Por una cámara como esa, pasa sin tropiezo un presupuesto de ingresos, y el forjado por Manuel Gonzalez y su ministro de Hacienda pasó rápidamente durante los quince días de una discusión insensible. Se habian en él aumentado considerablemente los impuestos. A más del ántes mencionado impuesto sobre el tabaco y las adiciones á la ley del Timbre que fueron anunciadas contra muchos artículos, con el límite del 5 p^o de su valor, se gravó más á otros tales como ciertas maderas de grande importacion y exportacion.... Pero ese presupuesto destinado á surtir sus efectos desde 1^o de Julio de 80 á 30 de Junio de 81, representaba una mina futura y no presente para el Gobierno de Manuel Gonzalez en sus primeros meses, de Enero á Mayo de 1880. Se necesitaba otro tesoro más de realidad que de esperanza, y Manuel Gonzalez se puso á palpar por fuera el erario nacional con escrutinio tan ansioso como el del dueño de la gallina de los huevos de oro.

IV.

Las acciones del Ferrocarril de Veracruz.

Y al fin le pareció haber encontrado algo... Poseía el erario federal en la Empresa del ferrocarril mexicano de la capital á Veracruz 36,331 acciones. Los materiales de ferrocarriles en construcción viniendo, la mayor parte, á la República por el Golfo y Veracruz, aumentaron notablemente las entradas de la Empresa, y las acciones subieron en Lóndres. Presentáronse con tal motivo al gobierno algunas proposiciones de compra de sus acciones, formuladas unas por el General Grant y D. Matías Romere en nombre de varios capitalistas de Nueva York, y otras por un Pedro Martín que, con el carácter de comisionista, se ofreció á vender las acciones al más alto precio que hubiesen alcanzado en Lóndres, deduciendo en favor del producto de la venta el 1 p^o de comision. Vacilaban Manuel Gonzalez y el ministro Landero entre estos dos postores, cuando un tercero se apare-

ció en la figura de un alemán Leo Stein, personaje nominal tras del cual se agitaban los capitalistas Ramon Guzman, Camacho y Cuevas. Era el primero quien habia concebido la operacion de compra y asociado á su proyecto á los demás. Teniendo bajo su inmediata inspeccion las noticias transmitidas por el cable submarino recientemente establecido con Europa y al cual hacia servir á sus intereses como un hilo especial, habia recibido en uno de los primeros dias de Abril de 1880 un cablegrama en que se les notificaba el alza de las acciones en Lóndres á 17 libras. Habiendo variado hasta entónces el curso general de las acciones en la Bolsa inglesa entre 12 y 13 libras, representaba el alza 5 ó 4 libras por accion, y ¡cosa inexplicable! el gobierno que sabia vagamente del alza verificada, no conocia la cifra exacta á que habia subido, como la conocia un particular. Que un particular se adelante á un gobierno, en una hora, al conocimiento de alguna noticia importante se lo explica cualquiera, porque eso pasa aun á los poderosos gobiernos de Europa que tienen por vencedores rivales de servicio telegráfico á los grandes diarios; pero que ese anticipo sea de un

dia, de los dos días durante los cuales se estuvo arreglando la compra—venta, esto solo se lo explicará quien tenga en cuenta el inmenso alejamiento comercial á que voluntariamente se habia condenado país y gobierno. Nuestra infancia mercantil no permitía al gobierno ver más allá de su nariz ni un *stock's bill* ó *lista de bolsa* de las que corren por el mundo. . . . La venta se hizo luego á Guzman y sus socios que por las 36,331 acciones pagaron en dinero \$2.240,000 y en papel de la deuda pública interior \$375,000 que al 4 p^o á que corría generalmente hacia \$15,000 lo que daba un total de \$2.255,000. Era éste el precio verdadero á que Ramon Guzman compró las acciones. El en que se vendieron en Lóndres, calculando la acción vendida al precio adquirido de 17 libras y añadiendo la ganancia de 11 p^o del cambio de Lóndres á México resultaba ser \$3.395,600, cifra representativa del precio de la venta en Lóndres. Y sustrayendo la más pequeña de la más grande cifra (2.255,000 de 3.396,600) se tenia \$1.140,000 suma aproximada en que muchos diarios de la época calcularon la ganancia obtenida en menos de 48 horas por Ramon Guzman y socios, merced

á una pura palabra que cruzó por el cable dirigida á la casa Baring & C^o de Lóndres: *sell* (vende).

¿Porqué el gobierno no dirigió esa palabra aprovechando para sí mismo y para el país más de un millon de pesos que cedió á negociantes?—No habia mas que una respuesta plausible para la justificación del acto: "No sabiamos que las acciones corrieran en Lóndres á 17 libras." Negar esta ignorancia era confesar que se habia tenido conciencia de lo conveniente de hacer por sí mismo una operacion que un comerciante entendido desempeña en algunos minutos sin moverse de su pupitre; pero que habia faltado para hacerla el concurso de la voluntad.

V.

El Primer Negocio.

Era ese el *primer negocio* del Gobierno de Gonzalez. La forma popular de esta Hisioria se aviene mal con los cálculos y detalles numéricos. Por eso se les presenta tan á la ligera; Pero tenia ese negocio algo de particular que le hace acreedor á

especial mencion. Desde luego era un negocio torpe, pero hecho con ánimo honrado. El ministro Landero lo habia concebido y dirigido, con el fin de hacerse de un fondo que sirviera como de primera piedra para sentar sobre ella el crédito del Gobierno. Habia un precedente fatal fundado por muchos gobiernos mexicanos, incluso el de Porfirio Diaz, que consistía en contraer empréstitos por los cuales recibia el gobierno una parte en dinero y otra en papel depreciado, obligándose á pagar el todo en dinero con la adición de un rédito oneroso. Esa necesidad de recurrir al agio para cubrir las obligaciones de la nacion sublevaba la conciencia del primer ministro de Hacienda de Manuel Gonzalez. Al mismo tiempo le faltaba dinero para pagar las quincenas, porque la bonanza que habia de traer la irrupcion del *money* y los rieles americanos aun estaba en preparacion. Ante esa necesidad, no vió Landero otra cosa sino que tenia que proveer á ella renunciando á recurrir al préstamo del agio. Participando en algo del alejamiento mercantil del país respecto al comercio y las Bolsas de Europa, apenas vió la grande utilidad

que dejaba á los negociantes intermediarios de la venta, y solo vió que las acciones se vendian á un precio más alto relativamente al que habian tenido é iban á tener ántes y despues del período de importacion de materiales de ferrocarriles. Era esto el gran argumento en favor de la venta: "las acciones estaban muy bajas y volveran á bajar; es preciso venderlas en este período de alza." Un argumento igual hubiera tenido el dueño de la gallina de la fábula para matarla, si hubiese visto que los huevos de oro empezaban á disminuir de tamaño. Hoy que las acciones han efectivamente bajado en Lóndres, dicen los vendedores satisfechos: "¡lo veis?—las acciones han bajado. Hemos bien en venderlas!"—Pero—¡insensatos! ¡teneis las manos tintas en la sangre de la gallina. . . . ¡Dónde está esa propiedad nacional de pobre actualidad si se quiere, pero de constante produccion é indudablente de gran porvenir?—La habeis matado para la nacion, y puras manos extranjeras disfrutan su vida póstuma. El ferrocarril de Veracruz, obra gigantesca de ingeniería, más admirable que el ferrocarril de perforacion del San

Gothardo y los de ascension del Vesubio y del Superga en Italia, porque el túnel del San Gothardo no representa más que la fuerza bruta de la dinamita, y los ferrocarriles del Vesubio y el Superga más que la accion mecánica de la traccion funicular, mientras que el de Veracruz representa la fuerza de la inteligencia que desecha, en cuanto puede, los recursos dinámicos de la materia y vence el obstáculo y la elevacion, no con auxilio de fulminante ni de cuerda, sino con el del puro trazo concebido en el papel y trasladado al terreno, al abismo, á la montaña, como se traslada al verso, al cuadro, á la estatua un gran pensamiento del alma; ese ferrocarril que es, en nuestra escasez de obras notables, una de las rarísimas que México puede mostrar á la admiracion del extranjero, ya no tiene de mexicano más que el nombre, porque en la realidad es una faja inglesa metida, para asombro de todos y propia vergüenza, dentro del territorio nacional. Vía férrea tendida desde la orilla del mar á la prodigiosa altura de 8,000 piés, más elevada que todos los monumentos del mundo, ante la cual las pirámides de Egipto son

enanas y la bíblica torre de Babel se quedaria corta, en ella tiene su colosal monumento *la pobreza de la patria*, y el Gobierno de Manuel González el eterno recuerdo de su *primer negocio*.

VI.

Dos millones y medio en caja quedaron al Gobierno como resultado inmediato de esa operacion. El retintin de tantos pesos al entrechocarse dió la señal para un nuevo giro de la cosa pública. Era como una marea de plata que empezaba á subir, y con ella aparecian á la superficie brotando de los bajos fondos alguna nueva gente, personajes en embrion, atraidos todos por el mismo retintin del dinero siempre grato á los oídos humanos como el de las campanillas á los zánganos.



CAPÍTULO IX.

DOS PERSONAJES NUEVOS.

I.

Cárlos Pacheco.

El General Díaz saliendo del Ministerio de Fomento á los pocos dias de entrada en él, para ir á ocupar el puesto de Gobernador de Oaxaca, determinó con su ausencia una mutacion en la política presidencial y otra en la alta plana del personal del Gobierno. El Gobernador del Distrito que en nuestro sistema gubernamental es una especie de ministro ó hermano gemelo del de Gobernacion érase á principios de 1880 un General Pacheco que habia sido compañero de armas de Porfirio Díaz en la guerra de defensa contra la intervencion francesa y en la Revolucion de Tuxtepec.

Mutilado en el asalto del 2 de Abril de 67 en Puebla donde una granada le habia privado de un brazo y de parte de una pierna, su personalidad tenia por su fisico incompleto, el prestigio de un giron de gloria moviéndose y viviendo tras el fin de una lucha sagrada. Despues, bajo la revolucion triunfante de Tuxtepec, habia sido sucesivamente ministro de la Guerra, gobernador del Estado de Morelos y por último gobernador del Distrito, sin que su paso por tan importantes cargos se señalara con ningun acto ni errada direccion que le atrajera la reprobacion popular, circunstancia rara entre nuestros hombres de poder cuya gloria llegó á reducirse, ya no á cualquier resto de aplauso, sino á la negacion de la censura. Su elevacion al Ministerio de Fomento, significaba, dados sus vínculos de amistad personal y política con el General Diaz, una especie de representacion propia dejada por éste en el ramo de Gobierno que abandonaba quizá en obvio de los inconvenientes y delicadezas de su papel de Mentor directo cerca de la persona de Manuel Gonzalez. Con este cambio, sintióse el nuevo presidente como emancipado

del poder de direccion que la gratitud le hiciera pedir y aceptar de su antecesor, y con tal motivo hubo de marcarse en sus actos sucesivos un sello más y más personal resultante de una política propia que ántes le viniera por derivacion y consejo.

Sucedió, pues, que el alejamiento de Porfirio llamó á Carlos Pacheco á representar un papel de grande comentario para la Historia, porque el Ministerio de Fomento se habia convertido en copioso surtidero de empresas; y al propio tiempo, la remocion de Pacheco de su antiguo á su nuevo puesto tenia que traer en pos de él otro personaje destinado á apoderarse del vacante Gobierno del Distrito, cargo de rango secundario en nuestro mecanismo constitucional; pero que, como antes se ha dicho, puede valer en la práctica tanto ó más que un ministerio, segun sea el hombre á quien le caiga en suerte. . . . Manuel Gonzalez buscó junto á sí á ese hombre como busca el señor de rico feudo un buen feudatariò, y lo halló en una figura que hacia tiempo le venia siguiendo como la sombra al cuerpo. ¿Quién era? . . .

II.

Ramon Fernandez.

Antes se ha hecho mencion de un doctor que salia, de los primeros, á recibir á Manuel González cuando volvía de sus excursiones por el Occidente, y asistía á su lado á los banquetes de bienvenida de Huehuetoca. Se llamaba Ramon y se hacia apellidar Fernandez. Habia nacido en una pequeña poblacion del Estado de San Luis Potosí y se le envió, muy niño aún, á la capital de México consignado á la tutela de un señor matancero. Consiguio éste meterlo de pensionista gratuito en el colegio de San Ildefonso, y el niño creció, y con el tiempo y algunos exámenes resultó médico. Habia nacido más para ser curado que para curar: alto, seco, encorvado, padecia cierta afeccion sanguínea que le condenaba á continuo temblor. Un médico que tiembla, es entre nosotros, un ser incompleto; puede en la primera visita hacer sacar la lengua al enfermo; pero está impedido de tomarle bien el pulso, porque el reloj vacila en una

mano y el brazo pulsado en la otra, lo cual no puede ménos que alarmar al paciente que esquivo la segunda visita. Sin duda por tal causa, Ramon Fernandez no prosperó en su profesion ni aun resignándose á ir á ejercer á ciudades de Estado como San Luis y Coahuila. Fué en la primera de dichas ciudades donde contrajo matrimonio con una hermana de la primera esposa de Manuel Gonzalez, y así quedaron esos dos hombres ligados por un parentesco de afinidad que degeneró luego en parentesco político. Desde entónces se les vió unidos como á *Fausto* y el *Doctor*, sólo que en este caso el doctor se dejaba proteger por Fausto, el terrible gobernador de Palacio y contratista de sus embaldosados, que llegó á gozar de cierto favor con D. Benito Juarez, favor de que usó en provecho de su pariente político Ramon Fernandez que salió de diputado al Congreso de la Union. Y cuentan las crónicas de la época que un dia se presentó en el salon del Congreso un diputado provinciano vestido con pantalon color de haba, chaleco de raso recamado de florones, y levita verde con talle de punto alto y cola de pichon. Todas las miradas se volvieron hácia él, sorprendi-

das por tan extraño figurin de la moda antigua; y como observaran en seguida que aquel diputado se estremecía de continuo, y que á cada movimiento se sacudía sobre su frente un mechón de cabello engrifado rebelde á peine, cepillo y untura, la malicia del Parlamento mexicano inventó contra él el apodo gráfico de *Garzota*. El diputado *Garzota* fué, por tanto, el nombre de combate de Ramon Fernandez en los últimos años del Gobierno de Juarez. Por la misma época, habiendo cesado de fungir con su silencio y movimiento en el Congreso, entró de secretario del Ayuntamiento, y un rumor corrió de que el antiguo secretario, un Sr. Islas y Bustamante, habia puesto en poder de aquel una cierta cantidad de fondos públicos cuya inversion quedó en el misterio, lo mismo que la de ciertos fondos procedentes de la clase de los matanceros, á la que Fernandez era muy afecto, y la que le ocasionó un proceso por peculado, terminado tambien misteriosamente. Lo que se supo bien es que poco despues apareció Ramon Fernandez de propietario y reconstructor de valiosa finca que destinó á propia morada. Cambiaron los tiempos

lanzóse su protector Manuel Gonzalez á la revolucion porfirista, y el protegido decayó notablemente en México. Se le vió empeñarse en un negocio de zapatería, vender ó hipotecar su dicha finca y luego empezó á vagar por calles, plazas y domicilios privados, acusando con su aspecto una baja considerable en sus intereses. El cuello de la camisa, esa faja blanca cuyo grado de limpieza é integridad corresponde generalmente al grado de bienestar material del individuo, tomó sobre los hombros de Ramon Fernandez ciertos ribetes opacos, ciertos pliegues y desgarramientos de fofalá de cometa infantil, y la parte baja y posterior de sus pantalones describió esa onda carcomida que es como el cuarto menguante de la fortuna. Y era que aquel hombre se sentia incompleto y le faltaban más de las dos terceras partes de su sér con el alejamiento de Manuel Gonzalez á la revolucion. Ramon Fernandez sin Manuel Gonzalez era el muérdago sin la encina. . . . La noticia del triunfo de Tecoco vino de repente á sacarle de su tristeza é inaccion. Sabiendo que su concuño habia sido herido, se puso en marcha en compañía de otras personas de la

intimidad del herido hacía el campo de la refriega. El ferrocarril había sido destruido por aliados de la revolución, desde Apam á Huamantla, á donde había sido trasladado Gonzalez desde la haciendita de Tecoaac; y el doctor, obligado á emprender á pié por entre filas de magueyes la caminata desde un punto á otro, se cansó luego y rindió ménos que á medias la jornada, teniendo en tal aprieto el empresario de ferrocarriles Sullivan, agregado á la caravana, que llevarle en peso asiéndole por las piernas, sin resolverse á dejarle abandonado entre los magueyes. Así pudieron al fin llegar hasta el lecho de Manuel Gonzalez, frente al cual el *doctor* dejó de serlo. Hubo que llamar al Dr. Montes de Oca para que se encargara de restañar la sangre que manaba en abundancia del muñon, la pierna y el pecho heridos de Gonzalez. Ramon Fernandez prestó, sin embargo, servicios importantes á la gravedad de su protector; oficioso en extremo, y poco diestro en hacer un vendaje ó aplicar el cauterio, se encargaba con la mayor voluntad de los pequeños oficios de la ciencia; hacia funcionar la geringa cuando era necesario, y acercaba á la boca del herido las cucharaditas de tisana.... Tanta

solicitud le valió mucho en el corazón de Gonzalez.... Ya no hay quien crea en encantamientos pero la supersticion antigua pudo haber dicho que en inyecciones y tisanas había aquel hombre mezclado algun filtro diabólico que le diera poder sobre el alma del entónces futuro Presidente.... Desde aquel punto el *doctor* comenzó á trocarse en *Mefistófeles*.... Y desde entónces sopló en el espíritu de su *Fausto* las mas locas ambiciones. Comandante militar de la plaza de México, al principio del Gobierno de Porfirio, le inspiró Fernandez la ambicion del gobierno de Michoacan en que fué su secretario; gobernador, le inspiró la de la Secretaría de Guerra, y secretario de Guerra le inspiró la de la Presidencia de la República. Subido á ella Gonzalez, pareció al principio haberse querido desprender de aquella influencia maléfica. Creyóle sin duda raquítico Menor para tan alto puesto, y se contentó con inscribirle en su servidumbre parlamentaria del Senado. Pero el doctor estaba uccado á no perder su tiempo. Cuando se concluyó el negocio de las acciones del Ferrocarril de Veracruz, se presentó á Ramon Guzman amenazándole con acarrearle la

desaprobacion del Senado y destruirle la ganancia hecha, si no le hacia partícipe de ella. Igual amenaza hizo por su parte un cierto diputado influente, y se tasó generalmente en cincuenta ó sesenta mil pescs lo que Guzman dió al primero, y en diez mil lo que dió al segundo. Ese *coup de ruse* reconstruyó el crédito é importancia de Fernandez á los ojos de Manuel Gonzalez, justamente al tiempo que el alejamiento de Porfirio Diaz dejaba á Gonzalez toda su libertad de accion.

III.

Esta libertad la empleó en un acto que en nuestro lenguaje nacional se llama "*redondearse*." El *redondeo* es en política el desprendimiento hecho por un gobernante de los elementos personales contrarios ó extraños á sus miras y la atraccion de los favorables y dóciles á ellas. Esa operacion tenia que afectar primero á los ramos más importantes de la administracion, y en la manera que

tenia Manuel Gonzalez de ver las cosas, lo más importante era lo que producía dinero. ¿Cómo redondearse respecto á ello, y qué era lo que podía producirlo?...



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

CAPITULO X.

COMO SE REDONDEA UNA SITUACION

6

TRES MINISTERIOS RICOS Y UN GOBIERNO PINGÜE.

I.

Los tres Ministerios ricos.

Hacienda.

Hacienda era la caja, caja surtida por los millones de la enagenación de las acciones del Ferrocarril y que amenazaba colmarse por la duplicación en contribuciones que prometía el nuevo presupuesto de ingresos. Landero en Hacienda era la Honradez guardando la caja é impidiendo ó entorpeciendo la especulación á la sombra del tesoro público. Capaz de participación en errores económicos y de blandura en autorizar exacciones fiscales que le repugnaban, se revelaba como si se tratase de una ofensa personal, á la simple pro-

CAPILLA ALFONSO



puesta de complicidad en el manejo ideado por el fraude ó el interés privado antepuesto al público. Tal carácter le hacia el hombre peligroso de la situación, y no tardó Manuel Gonzalez en buscar los medios de ahuyentarlo. Uno de tales medios se lo proporcionó el siguiente Ministerio rico ó productor de dinero:

Guerra.

Guerra consumía dinero más bien que producirlo para la patria; pero se prestaba á ser el principal filon de un gobierno de mala fé. Hay un vasto encadenamiento de explotaciones en nuestro sistema militar: el cabo explota al soldado; el sargento al cabo, el oficial al sargento; el pagador al oficial; el jefe de Brigada al pagador; el jefe de division al jefe de Brigada y el Gobierno, por medio del Ministerio de la Guerra, puede explotar, si quiere, á todos juntos. *Guerra* es como el cauce principal de la fuente de plata que brota en *Hacienda*, y el mal gobernante gusta de sentarse a

borde de ese cauce para recoger toda la plata corriente que le sea posible. Manuel Gonzalez hizo otra cosa: abrió otra fuente productora en el cauce mismo de *Guerra* instituyendo una contaduría ó administracion especial de las rentas asignadas á gasos militares, y esa nueva Oficina le presentó la doble ventaja de sustraer una parte de las rentas públicas á la inspeccion del ministro de Hacienda, personalidad sospechosa á un gobierno militar por lo que tiene de civil, y la de provocar con ella la dimision del ministro Landero que reprobaba esa contaduría creada con mengua y usurpacion de sus facultades hacendarias.... En cuanto al ministro de la guerra, Treviño, se le veia bien en su puesto, y Manuel Gonzalez contaba de antemano con su aquiescencia para todo. En nuestros usos militares, el cabo no chista cuando el sargento mete la mano en el rancho del soldado para escatimárselo.

Fomento.

La llave de los contratos, de las subvenciones misteriosas, de los arreglos á puerta cerrada con mil proyectistas de todas las nacionalidades, la llave maestra para abrir la caja y sacar el dinero sin que parezca un robo más que á los interiorizados en ciertos secretos de trastienda, estaba en poder del Ministro de Fomento. Carlos Pacheco no era precisamente un elemento homogéneo con la situación. ¿Aceptaría la nueva consigna?... Y Manuel Gonzalez creyó verle sonreír con la sonrisa de los arúspices romanos.... Aquellos dos hombres iban camino de entenderse.... Los demás ministerios estaban por de pronto fuera del cuadro: eran consumidores y no productores.... Solo el de Gobernacion tenía un ramal utilizable en lo que sigue á continuación.

II

El Gobierno pingüe.

El gobierno de la capital de México y pueblos adyacentes no producía legalmente á su Goberna-

dor más que \$4.500 de sueldo anual, ó sea la bicoca de \$380 mensuales. Pero las cosas estaban dispuestas de tal modo que un Gobernador de alma elástica podía hallar dentro de la esfera de su acción gubernativa, medios de aplicar á su gobierno la elasticidad de su conciencia, tirando de la partida de sus particulares ganancias como de un resorte mágico susceptible de indefinida tensión. Allí, en aquel edificio situado al Sur de la plaza principal de México, que en los antiguos tiempos del virreinato era *Casas de Cabildo* y en los nuevos de la República *Palacio del Gobierno del Distrito*, allí estaba fijada, no sólo la residencia oficial del Gobernador y las oficinas directamente dependientes de su cargo, sino otras muchas anexas á él por la ley ó la costumbre: el Ayuntamiento, cuyo presidente nato era el Gobernador mismo y cuyas personalidades y negocios se le subordinaban por lo tanto naturalmente, las Oficinas del Registro Civil, el Juzgado en turno y el correccional, la Cárcel de ciudad, la Inspección de Policía, las Administraciones de loterías, panteones, etc, etc. Acrópolis de oficinas, despachos, tribunales, cárce-

les, aquel edificio era á la vez un palacio y una gran pocilga. Por su escalera de rudos peldaños encajonada entre paredones cerrados al ambiente y la luz, se llegaba inmediatamente á oficinas elegantemente alfombradas y tapizadas, donde el visitante juzgaba racional descubrirse. . . . Eran las salas de despacho del gobernador, sus secretarios, ayudantes y escribientes; luego, saliendo de ese pequeño departamento, se penetraba en los de Registro, Inspeccion y Juzgado en turno, llanamente amueblados y guarnecidos, llenos de gente tinterilla, policías, empleaditos de pluma en la oreja y cigarrillo, y el visitante se sentía tentado, al cruzarlos, á ponerse de nuevo el sombrero; pasaba, por último, al departamento de cárceles, con sus salas de detencion inferiores y superiores, calabozos pintados de negro, pasadizos y aposentos destartalados, con un aspecto de prision sombrío como el de los *piombi* y tribunales secretos de Venecia todo poblado por gente del pueblo ínfimo revuelta entre escribientes mal encarados; léperos y mujeres prostituidas detenidos por la ebriedad ó la riña de la última noche; reos de todos los grados en la

escala penal, desde el simple *faltoso á la policía* hasta el criminal; heridos y contusos tendidos en el suelo desnudo ó sobre las camillas de transporte. . . . y ante tanta inmundicia emanando de muros, pavimentos, techos y hombres, el visitante resuelto ya á ponerse el sombrero, llevaba irresistiblemente la mano al pañuelo para aplicárselo á la nariz.

III.

De todos aquellos departamentos que correspondian á otros tantos ramos de Gobierno, podia un Gobernador ávido sacar dinero para sí mismo. Sentado en su bufete de Gobierno tenia desde luego su sueldo anual de \$4,500 y una partida tambien anual de \$6,000 de *gastos secretos*, cuya inversion, sin responsabilidad ni informe alguno, le permitia apropiárselos sin más reproche posible que el de su conciencia; pasaba al Registro Civil, y aunque las simples constataciones del Registro no tienen precio, lo tienen las visitas á domicilio que practica el juez para verificarlas (de 20 á 100

pesos por visita al domicilio del nacido, casado ó difunto.) ¿Y quién impedía á un Gobernador ponerse de acuerdo con el juez su subordinado para una participacion secreta en la explotacion de la vanidad humana que llama al juez, de su oficina á los domicilios privados?... En seguida, bajando á los departamentos inferiores, donde se reglamentan los vicios y se diligencian los delitos, podia el gobernador echarse á explotar aquel lodazal humano en que la Geología social reconocia varias capas:

La de los ébrios, reñidores, pilluelos, infractores de reglamento de policia, etc., sobre cada uno de los cuales tenia el Gobernador poder constitucional para extraerles hasta \$ 500 de multa;

La de los jugadores al pequeño por medio de loterías que pagaban al Gobernador el 10 p^o sobre el capital de cada sorteo;

La de los grandes jugadores ó tahúres con establecimientos de juegos de azar, cuya tolerancia de parte del Gobernador era propia para ser pagada en sumas fabulosas;

La de las prostitutas con registro y exámen en

la Inspeccion de Sanidad divididas en categorías de pensionistas cuyas pensiones variaban entre 2 y 10 pesos mensuales; y por último,

La capa venerable y subterránea de los muertos inhumados en los panteones de propiedad particular y en los del Gobierno del Distrito. Unos y otros tenian que haber dejado algo en favor del Gobernador, para que sus cenizas fuesen respetadas más ó ménos tiempo. En los de Dolores y del Tepeyac, propiedad del Gobierno del Distrito, se pagaba por tumba: en el primero de 5 á 100 pesos, segun categoría, por un período de 5 años y 300 á perpetuidad, y en el segundo, de 10 á 200 por 6 años y 500 á perpetuidad.

Todavía quédale mucho por explotar al Gobernador de Gobierno tan pingüe. Puede explotar la cosa municipal por su dominacion en el Ayuntamiento cuyos miembros le pertenecen en espíritu y puede explotar la cosa política por medio de su grupo de diputados que le son directamente deudores de credenciales forjadas en el simulacro electoral del Distrito. Así, teniendo bajo sus piés á la multitud de la gente viciosa que le lanza á puñados el dinero de las multas, tolerancias, derechos

etc, teniendo bajo una mano al Ayuntamiento, bajo otra la doble policía manifiesta y secreta, y pendiente de sus labios á un grupo de la cámara, el Gobernador es un señor feudal cuyo feudo es una ciudad de trescientos mil habitantes y muchos pueblos circunvecinos equivalentes á pequeñas ciudades, ó sea la mejor ciudad y las mejores aldeas del país.... Sus razones tenia D. Benito Juarez si dijo, en efecto, una frase que se le atribuye: "no tenemos en este país más que dos grandes autoridades: el Gobernador del Distrito y yo (Presidente de la República)". . . . Manuel Gonzalez pensó lo mismo, y de allí que cuando el doctor, su mefistofélico *alter ego*, se le presentara pretendiendo el señorío vacante, Manuel Gonzalez se lo dió. Habia en esa donacion un pacto tácito semejante á los de ciertos cuentos brujos en cuya virtud el protagonista cede al diablo la mitad de su alma.

Con ese pacto y con las remociones en el Ministerio que se han apuntado y se verán perfeccionarse en los capítulos sucesivos, quedó redondeada la situación política de Manuel Gonzalez.

CAPITULO XI.

LOS TARTUFOS DE LA POLITICA.

I.

La Ciudad Santa.

Ramon Fernandez entró al Gobierno del Distrito como han entrado los Gobernadores de todos los tiempos. Su primera medida fué mandar imprimir unas cartas circulares, redactadas segun un tipo genérico, por cualquier amanuense, encabezadas despues por el mismo amanuense con nombres de personas acomodadas y editores de periódicos y firmadas en seguida maquinalmente por Ramon Fernandez con la misma inconciencia con que en su vida de doctor habia firmado algunas recetas de cuyas medicinas y sus virtudes curativas sobre el paciente, apénas se diera cuenta y razon. En tales circulares cumplia con solicitar, de las personas acomodadas, su consejo particular, de la prensa su público asesorado, y ésto hecho comenzó á entregarse de lleno á sus funciones gu-

etc, teniendo bajo una mano al Ayuntamiento, bajo otra la doble policía manifiesta y secreta, y pendiente de sus labios á un grupo de la cámara, el Gobernador es un señor feudal cuyo feudo es una ciudad de trescientos mil habitantes y muchos pueblos circunvecinos equivalentes á pequeñas ciudades, ó sea la mejor ciudad y las mejores aldeas del país.... Sus razones tenia D. Benito Juarez si dijo, en efecto, una frase que se le atribuye: «no tenemos en este país más que dos grandes autoridades: el Gobernador del Distrito y yo (Presidente de la República)».... Manuel Gonzalez pensó lo mismo, y de allí que cuando el doctor, su mefistofélico *alter ego*, se le presentara pretendiendo el señorío vacante, Manuel Gonzalez se lo dió. Habia en esa donacion un pacto tácito semejante á los de ciertos cuentos brujos en cuya virtud el protagonista cede al diablo la mitad de su alma.

Con ese pacto y con las remociones en el Ministerio que se han apuntado y se verán perfeccionarse en los capítulos sucesivos, quedó redondeada la situación política de Manuel Gonzalez.

CAPITULO XI.

LOS TARTUFOS DE LA POLITICA.

I.

La Ciudad Santa.

Ramon Fernandez entró al Gobierno del Distrito como han entrado los Gobernadores de todos los tiempos. Su primera medida fué mandar imprimir unas cartas circulares, redactadas segun un tipo genérico, por cualquier amanuense, encabezadas despues por el mismo amanuense con nombres de personas acomodadas y editores de periódicos y firmadas en seguida maquinalmente por Ramon Fernandez con la misma inconciencia con que en su vida de doctor habia firmado algunas recetas de cuyas medicinas y sus virtudes curativas sobre el paciente, apenas se diera cuenta y razon. En tales circulares cumplia con solicitar, de las personas acomodadas, su consejo particular, de la prensa su público asesorado, y ésto hecho comenzó á entregarse de lleno á sus funciones gu-

bernativas. La *circular* es, entre nuestras grandes autoridades, como la pregunta enigmática á que tenia que responder Sancho Panza para empezar á ser Gobernador de la Barataria. Y Ramon Fernandez inició sus tareas con extraordinaria severidad de conciencia. Un director de ejercicios espirituales no despliega tanto rigor de moralidad sobre sus ejercitantes como el que desplegó aquel hombre sobre la ciudad de México y sus habitantes de ambas sexos. Persiguió la prostitucion en las mujeres y la intemperancia en los hombres. Daban las nueve de la noche, y aquella hora sonaba en los oídos de las hijas de la nueva ciudad como sonaba el toque de la *queda* en las de la ciudad antigua Las *mujeres solas* eran perseguidas implacablemente por los agentes de la moralidad obligados por el Gobernador á ver en todas ellas á las vírgenes necias del Evangelio que salían á sirtir sus lámparas con perjuicio del esposo. Los varones no fueron menos vigilades. Parecía que el nuevo Gobernador se proponía hacer de cada uno de ellos un santo varon, segun la *solicitud* que empleaba para que, dadas las nueve de la noche no bebiesen líquidos espirituosos: un

policía instalado en cada figon, café y restaurant de la ciudad velaba á desde tal hora porque los parroquianos no mezclasen ningun ingrediente alcohólico á su colacion de la noche, y los parroquianos pasmados de tanta moralidad se retiraban en silencio á sus casas, persuadidos de que tenian por gobernador á un padre del Yermo.

Cada vez más edificante, Ramon Fernandez volvió sus miradas, de las prostitutas y los bebedores, á los tahures de profesion. El juego habia sido combatido á medias por los antiguos gobernadores quienes hacian ciertos disimulos en favor de garitos secretos. Ramon Fernandez le combatió absolutamente y no toleró ni aun los garitos á puerta cerrada donde el vicio se arrebuja cubierto con los velos del pudor Así, sin prostitutas en las calles, ni ébrios en los cafés, ni jugadores ante los tapetes verdes, México parecia una ciudad santa Sus noches serenas é impecaminosas como las de las vírgenes del claustro se deslizaban tranquilas sin el ruido del beso del lascivo, ni la carcajada del ébrio ni el juramento del jugador desesperado Semejante ciudad estaba en vías de ser canonizada, y la justicia natural en

combinacion con la eclesiástica estaba pidiendo para la cabeza de Manuel Gonzalez la tiara y para la de Ramon Fernandez el birrete....

Derepente la ciudad cambió de una noche á otra. Las prostitutas dejaron de ser tan perseguidas dentro y fuera de sus casas y pudieron hacer sentir sin temor al veto del gendarme sus reclamos de sirena; los parroquianos de cafés y cantinas pudieron reanudar sus báquicas faenas, y los tahures, secundados por masas de juventud inexperta, se pusieron tranquilamente de codos á las mesas de albures y roleta, ya no en garitos secretos, sino en otros abiertos á la espectacion y visita del público sin velos ni cortapisas.... ¿Qué habia pasado para obrar tan súbita trasformacion? Tres cosas distintas y una verdadera: las Venus clandestinas habian tenido que *inscribirse* y pagar; los figoneros, cantineros y fondistas habian tenido que obtener su *licencia* y pagar, (*) y los tahures

(*) 6 pesos por cada hora despues de dichas 9 de la noche era la cuota fijada arbitrariamente por Ramon Fernandez á cantineros, fondistas, y dueños de café por permitirles expender bebidas alcohólicas (incluso el pulque). ¡Magnífica renta diaria de cuya inversion debia dar cuenta al Ayuntamiento y al Ministerio de Gobernacion, pero de la que no se dió cuenta como de todo lo demás sino á sí mismo!

habian tenido que ganar *sudisimulo* y pagar. Al mismo tiempo los fondos subian en la caja particular de Ramon Fernandez y, por combinacion, en la de Manuel Gonzalez.... Se habia jugado á la baja con la moral pública: la moral bajó, y los jugadores ganaron.

II.

Un Hospital General y una Penitenciaría Modelc.

Pero, aun despues de esto, nadie osaba dudar de que Ramon Fernandez fuese un varon justo y bueno. Afectaba, en política, un exterior tan medurado y compuesto; envolvía sus pasiones íntimas con tan decorosos motivos y fórmulas de buen proceder que hasta la explotacion del vicio hizo servirla para ostentar sus propias virtudes. Dedicóse á proteger un establecimiento de caridad y educacion en favor de jóvenes desvalidos, y hacia propalar la especie de que á su fomento estaban dedicados los productos de la tolerancia oficial del juego.... La memoria de San Vicente de Paul se eclipsaba ante la realidad de Ramon Fernandez

protector del establecimiento benéfico de los *Molucos*. Así iba aquel hombre tomando lentamente proporciones de apóstol. Expidió por todos lados proyectos de beneficencia, llamó en su auxilio á todos los hombres buenos de México para que le ayudaran con sus luces y cooperacion á fundar un *Hospital General* que supliese con ventaja al conjunto de imperfectos hospitalillos de la capital. Y no satisfecho con querer dar al pobre y al enfermo la mitad de su capa de Gobernador, quiso compartir su educacion y bienestar con los infelices habitantes de las prisiones. Un *Proyecto de Penitenciaría modelo* del Distrito Federal fué expedido por Ramon Fernandez en uno de los más generosos arranques de su alma. ¡Qué profunda aneion respira el documento en que expuso y formuló tal proyecto! Una pastoral de obispo podrá tener trozos más edificantes que el siguiente?

«Con los auxilios de los conocimientos, del trabajo y de la humanidad, aplicados á los condenados en el sentido de las máximas que los constituyen en una República como la nuestra, democrática y liberal, es de esperarse que todos esos seres

extraviados morales corrijan sus faltas y se enderecen al bien»

.....
 «Dicen los criminalistas que nada se puede pedir á el alma de un criminal en la que no se ha sembrado ni ciencia ni virtud ni moral, á la que no se han enseñado las ventajas inapreciables que causa el bien ni los horrores abominables que trae el mal; pero que puede lograrse mucho del alma de un delincuente, empleando aquellos agentes en esfuerzos repetidos que con él se hagan, porque *ningun malvado deja de entender la lengua del interés* y la del deber, ningun hombre hay tan pervertido que no tenga momentos buenos de luz, horas de conciencia y de reflexion, que no lleve consigo el germen de la regeneracion, de la perfectibilidad y de la virtud, dependiendo todo, solo de la habilidad para dirigirlo por los castigos medidos, y sobre todo por la ilustracion, por la educacion y el trabajo.»

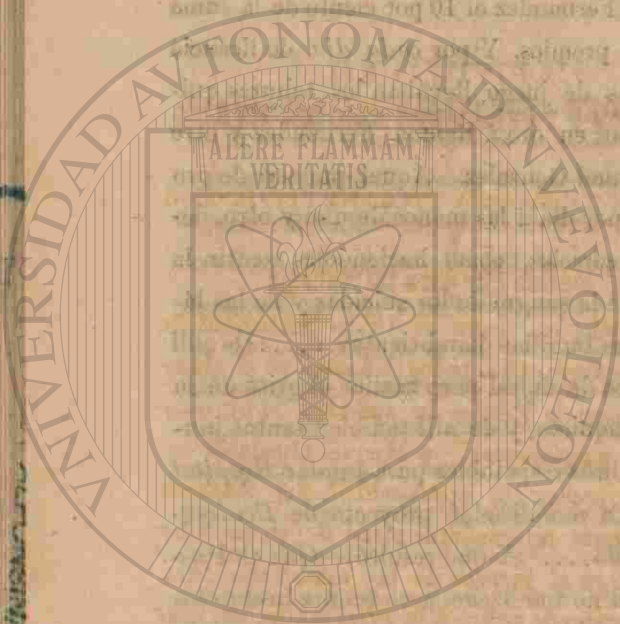
Esto y algo más corrió en los diarios de mediados de 1881 firmado en grandes letras: RAMON FERNANDEZ.

III.

\$ 500 diarios + \$ 500 diarios = \$ 1000 diarios.

Al mismo tiempo que tales fundaciones proyectaba, y tan elevada moral predicaba, traducía sus doctrinas criminalistas á dos hechos principales, ya mencionados: *las loterías de pequeñas fracciones de billete y las casas de juego*.—¿Qué hacía con las loterías?—Fomentaba el robo ratero en los sirvientes domésticos tentados irresistiblemente á escatimar del *gasto* diario de la casa la *cuartilla* y el *medio* para comprar una esperanza de fortuna en el billete de 3 ó 6 centavos.—¿Qué hacía con las casas de juego?—Fomentar el robo en grande de los dependientes de comercio é hijos de familia,—las aperturas con llave falsa de la caja del patron ó el cofre fuerte de papá,—los suicidios,—la abundancia en los tapetes y la miseria en los hogares,—la riqueza de un día en las familias y el hambre del siguiente y, por último,—la locura del azar sustituida á la sabiduría de la vida regular del trabajo.

En cambio, verificado cada sorteo de lotería tenía Ramon Fernandez el 10 por ciento de la suma total de los premios. Y por *cada día* de licencia de las casas de juego llevaban los tahures quinientos pesos en oro á Ramon Fernandez y otro tanto á Manuel Gonzalez. Aquel puñado de oro llevado dia por dia á las manos de uno y otro, debió estremecérselas, como haciéndoles sentir la impresion de la sangre de los suicidas y de las lágrimas de las familias hambrientas. De allí tanta prédica de moral para acallar el grito de la conciencia inquieta, y de allí tambien tantas juntas con hombres respetables para fundar *Hospital general* y tan moralizador proyecto de *Penitenciaría Modelo*. . . . ¿Y qué resultó?—Que el Hospital general no fué hecho; pero fueron hechos los pobres, y que la Penitenciaría Modelo no fué hecha, pero lo fueron los criminales. . . . Unos y otros son los hijos naturales del *tartufismo* político.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DIRECCIÓN GENERAL DE

CAPITULO XII.

EL SISTEMA PARLAMENTARIO EN MEXICO

COMO SE DEGRADA UNA INSTITUCION.

6

I.

Tal contestacion para tal mensaje.

Estaba ya para llegar el 16 de Setiembre de 1881, fecha que señala todos los años en el almanaque político de México la apertura de un nuevo período parlamentario, y Manuel Gonzalez resolvió aprovechar la oportunidad del discurso inaugural para no quedarse atrás de su concuño Fernandez en el terreno de las manifestaciones. Habiendo entrado pobre á la presidencia, sin más capital conocido que el de una casa del barrio de Peralvillo que habia hipotecado durante la revolucion de Tuxtepec en \$4000, suma que le fué otorgada por el Gobierno porfirista para que pudiese redimirla de dicho gravámen, sintiéndose de la noche á la mañana ante la realidad de su magnífico sueldo presidencial de \$30,000 anuales y

de sus quinientos pesos diarios en oro, y ante la perspectiva de inmensas riquezas adivinadas en el seno de la nube de contratistas, empresarios, agentes de negocios que le sitiaban á toda hora soplándole al oído proposiciones turbadoras de ilimitado lucro personal, sintió subírsele á la cabeza el vino alegre de la fortuna, y atribuyendo en su ebriedad inmaterial, la delicia de sus propias sensaciones á la situación del país, se presentó en dicho día, 16 de Setiembre, en la Cámara de Diputados, á recitar en el epílogo de su *mensaje* un trozo tan entusiasta como éste:

“El estado de nuestra República es realmente consolador en alto grado. La paz se arraiga, el comercio interior y exterior se acrecientan; las líneas telegráficas se elevan á más de 17000 kilómetros, los cables nos enlazan con todo el mundo civilizado; los rieles perforan ó suben las montañas, y se tienden en los valles; nuestras rentas alcanzan un guarismo sin precedente; la propiedad aumenta de valor, el interés del dinero baja; y más de 8000 brazos antes inactivos ó consagrados á faenas poco renumeratorias encuentran hoy jornal proporcionado y contribuyen con un nuevo

contingente de trabajo al bienestar y prosperidad generales.

“Era esta pintura la fase risueña de la situación presentada por Manuel Gonzalez á los ojos de los diputados, á guisa de especto de colores ofrecido á la admiración de un enjambre de niños para distraer su atención de otros puntos negros ó sucios. Y el Presidente de la Cámara, que lo era á la sazón D. Ignacio Altamirano, arrastrado por el encanto de tan seductor paisaje, contestaba en el mismo tono:

“En este día (16 de Setiembre) de gloriosos y santos recuerdos el primer deseo de los hijos de México debe ser el de honrar á la patria y el de enaltecer la memoria de aquellos grandes y heroicos varones que sacrificaron su vida para legárnosla . . . ¿Y qué mejor prueba de que somos dignos de los sacrificios de los padres de la Independencia que presentar ante el mundo el espectáculo de un pueblo que saliendo del período penosísimo de las agitaciones políticas, se consagra hoy tranquilo y afanoso á las tareas de la civilización? . . . La República marcha ya por el sendero del progreso, la paz se establece y el interés de los pueblos y las esperanzas del trabajo se consolidan.”

II.

Así se divertían los presidentes de la República y de la representación popular en cambiarse epifonemas de retórica florida, justamente en los momentos en que más necesario se hacía que el poder de limitación de las Cámaras se impusiese al poder discrecional de Manuel Gonzalez. Precisamente, porque la República atravesaba por un período de empresas nuevas y de inusitada actividad, el presidente se hacía más peligroso. ¿Cuándo urgen más las funciones del regulador, sino cuando la máquina obra con demasiada actividad por exceso de combustible?... Dejar al guardian solo en la despensa repleta es dejar que la tentación cumpla en él los efectos que le atribuye el proverbio, y en el sistema republicano, el Parlamento es el mayordomo inspector inclinado á la ausencia y al sueño, y el Presidente es el guardian de la despensa atormentado por las tentaciones. Y el discurso-mensaje de Manuel Gonzalez, para seguir la parábola, no era más que la lista alarmante de las cuantiosas provisiones que estaban entrando y podían entrar en la despensa del Gobierno.....

Bancos, contratas de líneas de vapores, empresas de colonización, institución de la moneda de níquel, todos los grandes negocios cuyos resultados se verán en el desarrollo ulterior de este libro fueron anunciados y como propuestos á la Cámara en el Mensaje de Manuel Gonzalez. La Cámara lo oyó todo, y su presidente dijo que *si á todo* como todos los presidentes de cámara. Ya antes se ha dicho lo que podía esperarse de los diputados. Pero un rumor había corrido en los últimos días anunciando para el período que comenzaba en aquella fecha la organización en la Cámara de un grupo de oposición parlamentaria. ¿Qué fundamento podía tener tal anuncio?....

III.

Aberraciones parlamentarias.

Había un vicio especial en la conformación de la Cámara espirante de 81. Se habían hecho emisiones de diputados como pudieran hacerse de bonos ó billetes, en todos los Estados de la República, de conformidad todos los emitidos, con la voluntad y beneplácito particular de Manuel Gon-

zalez. La consigna á los gobernadores en cuanto á las respectivas diputaciones de sus Estados, podía haberse formulado en esta expresion muy mexicana: "mándeme gente buena." La *gente buena* en el sentido que le daba Manuel Gonzalez y le dan todos los presidentes de espada, es la gente más mala en el sentido de la conciencia y de la dignidad parlamentarias. Redactores de periódicos de adulacion pagados por el Gobierno federal ó los gobiernos locales,—agentes electorales de antiguo ameritados en las falsificaciones y far-sas de voto público y premiados por los Gobiernos respectivos con credenciales forjadas por sus mismas agencias,—militares escojidos para diputados sin más razon que su absoluta nulidad de inteligencia y de palabra, y la ganancia particular que resultaba al jefe de su division de que abdicasen en sus manos el *pré* del soldado contentándose con la *dieta* del padre conscripto,—hombres inútiles para toda ciencia y arte, pero tan útiles para un fregado como para un barrido en materia de ser-vidumbre política, . . . tales eran los componentes de la masa general del cuerpo legislativo que tenía en su poder legal la palanca de resistencia

contra la fuerza arrolladora del Ejecutivo representada por de pronto en las personas de Manuel Gonzalez y Ramon Fernandez.

Habia además en aquella cámara otro vicio hereditario que afectaba al ejercicio del poder de iniciativa, discusion y veto que le correspondia por la naturaleza y fines de su institucion. La infancia de nuestra vida parlamentaria encerrada en el presbiterio y crucero de la iglesia de San Pedro y San Pablo donde se verificó la coronacion del Emperador Iturbide y se dió la noticia oficial de su fusilamiento no habia tenido influencias sensibles en la naturaleza y manera posterior del Parlamento mexicano. Más que infancia parece aquel periodo, al registrar sus actas, discursos y rancios procedimientos heredados de las *juntas vireinales*, el de la vida embrionaria dentro del claustro materno. . . . Allá por los años de 1828 ó 29 se vió salir á aquel parlamento, alternativa-mente conservador ó republicano puro del vetusto ábside del templo, para ocupar el recinto de la construccion semicircular levantada en el fondo del gran patio de Palacio y destinada á darle techo y asiento. Habia en ella tres órdenes de gale-

rías amplísimas para el público, y esa disposición arquitectural, en cuya virtud la calle podía desembocar en la cámara sin separaciones ni divisiones de orden debía imprimir al parlamentarismo mexicano un perpetuo sello de singularidad y contraste con la universalidad de los parlamentos conocidos. Creciendo la cámara infantil en medio de oleadas de gentío, experimentaba además los sacudimientos de la época revolucionaria que la había creado. Un día, por los tiempos en que más campeaba la figura dictatorial de Santa-Anna, un militarillo entró á la cámara con sable en mano arremetiendo contra los padres de la patria que se pusieron en fuga saltando algunos por las ventanas.... Cada golpe de Estado, el del mismo Santa-Anna, el de Ceballes, el de Comonfort, cerraba las puertas de la Cámara palaciega para los diputados ó los expulsaba de su recinto....

Pero nunca se acentuó más tan irregular fisonomía parlamentaria que en la época de violenta crisis que antecedió de cerca á la intervencion francesa, época en la cual el poder de Benito Juarez fluctuaba á los embates de los clubs populares por una parte y del Congreso por la otra. Se había

organizado en este cuerpo una oposicion que llevaba el nombre del número considerable de miembros de la Cámara que la componian. Los *cinuenta y uno*, arrogantes y compactos, frente á una mayoría ministerial que no era tal sino en virtud de una sola unidad (52) tendian á *convencionar* la Cámara, á armarla de facultades ejecutivas disputadas á la menguada autoridad del Presidente y revivir en ella el terrible ejemplo de la Convencion francesa del 89. Ya, para más directa evocacion de ese gran recuerdo histórico, se hablaba en los bancos del Congreso de instituir un *Comité de salud pública* justificado por la analogía de los peligros de coalicion europea que amenazaban á México con los que amenazaron á Francia á fines del pasado siglo; y tal pensamiento halló ferviente apoyo en la muchedumbre que creia con supersticiosa creencia en la eficacia de cualquier remedio extraordinario para los males emergentes de una situacion suprema. Por eso, apenas se hubo formalizado el proyecto de *Comité de salud pública*, cuando una masa de pueblo encabezada por algunos regidores desfiló en columna cerrada hácia Palacio con propósito de hacer una manifesta-

ción pacífica á la cual accedieron la mayoría ministerial y el Ejecutivo mismo, viéndose entonces á columna tan donosa en que la levita del regidor y la chaqueta del *medio pelo* confraternizaban con la camisa del más humilde pueblo, atravesar el hemiciclo del congreso saliendo luego por la puerta opuesta á la de su entrada. Aquel desfile fué en la historia parlamentaria de la República como la jornada que dió á la muchedumbre la posesion de la Cámara de diputados. Pacífica y ordenada, como fué la *toma de posesion* de aquel dia, degeneraba al ascender por las galerías en tumulto y motin de aplausos y gritos. Desde entonces empezó el público á figurar, más como actor que como espectador, en las sesiones del Congreso: ceceaba, hablaba, interrumpia á los oradores del Gobierno con apóstrofes chocarreros, siendo lo más singular que la Cámara pareciese reconocer al público como un contendiente parlamentario aceptando con él el genero de lid á que le provocaba. Al tumulto de arriba en las galerías contestó el tumulto de abajo en la Cámara. Se pudo en ella señalar el banco desde el cual el diputado Juan J. Baz contestaba á algunos grito-

nes de las galerías apuntádoles con el dedo y diciendo algo como esto: "á ese del sombrero ancho le conozco; porque siendo Gobernador le he puesto más de una vez en prision por ébrio escandaloso; ese de la camisa pinta es un despechado á quien no quise dar empleo por haragan y bueno para nada; aquel otro de la faja roja no debe estar allí, sino en la cárcel de Belen que le está reclamando por el robo que hizo en tal tiempo en los fondos de tal oficina de mi cargo etc., etc." Se podia señalar tambien el lugar desde donde un Ordorica, diputado por Jalisco, acosado por los gritones, se puso el sombrero y salió; no sin haberles retado antes, invitando al que *fuese hombre* (frase mexicana) á que saliese á gritarle fuera de la Cámara.

Nuestra Cámara-Teatro.

Desgraciadamente, la Cámara ardió como paja seca poco después de tales incidentes, en un día del año de 1872, destruyendo las llamas aquellos bancos tan interesantes para la Historia patria como las piedras á las cuales encadenados combatían los prisioneros aztecas. Pero el precedente no pudo ser destruido. Aquella Cámara atravesada en procesión por la muchedumbre, invadida en sus galerías por el tumulto y resonando con los apóstrofes recíprocos de los diputados y del público, había fundado en México una tradición parlamentaria destinada quizá á perpetuarse. . . . Pasó la Cámara del fondo arruinado del gran patio de Palacio al salón de Embajadores del mismo, de allí á un patio del convento de San Francisco que Chiarini, un empresario de circo, había destinado á redondel de exhibición de su compañía acrobática, y por último, como si se inclinase decididamente á sitios de espectáculo, se acogió á un teatro de zarzuela y género bufo que se llamaba Teatro de Iturbide.

La disposición de ese local, conservada sin variaciones de importancia, con sus varios órdenes de palcos y su escenario alzado algunos palmos sobre el pavimento de la sala, perfeccionó el típico aspecto del congreso mexicano. El carácter humano que se amolda al lugar como el líquido al vaso, encerrado primero en el templo de San Pedro y San Pablo, dió por resultado una Cámara envejecida al nacer, penetrada de la preocupación religiosa, cómplice de la locura imperial de Iturbide, y rancia en su método como históricamente rancio es el óleo que ungió ante ella la cabeza de un Emperador; pasa después á la construcción semicircular de Palacio y resultó una Cámara *teatral á medias* así como un hemicíclo con dos ó tres ordenes de galerías es un *medio teatro* propio para que en él empiece á apersonarse el elemento público aplaudiendo ó silvando, atraviesa después rápidamente por el salón de embajadores y el Circo Chiarini sin modificaciones sensibles, hasta ir á parar á un *teatro completo*, y en él se produjo una Cámara *plenamente teatral* é inclinada á lo cómico como los espectáculos que fueron los favoritos de su escena. El público se sintió allí tan en

su casa como en un local de espectáculo á cuya puerta ha pagado la entrada. Y no se llamó *el público* sino *el pueblo*, cambio de nombre que implicó serias consecuencias en nuestro sistema parlamentario. Cuando el público aplaudía á un diputado, el diputado decía: "me aplaude el pueblo"; y cuando le silvaba, su adversario decía: "el pueblo os silva." Se vieron sobre este punto escenas raras.... Un día el público gritaba como si tratase de reprobár el falsete ó *gallo* de un tenor, y el presidente de la Cámara trató de imponerle silencio recurriendo á medidas violentas.... "¿Qué atrevimiento!" gritó á esto un diputado.... "¿Se quiere atentar contra el pueblo?... ¡Yo estoy de su lado!" y se subió á las galerías altas, sentándose entre el público, y gritando con él para juntar el hecho al dicho....

Tal cúmulo de antecedentes sin ejemplo, de episodios sin semejanza con los de ningún Parlamento conocido, hicieron nuestra Cámara especial y nuestra especial tribuna parlamentaria. Cámara en que el público tiene *voz* á diferencia de las de Europa y aun la de Estados Unidos en todas las cuales el público es impersonal, porque es mudo.

Tribuna en que el orador lo espera todo: éxito ó fiasco, no de la *Cámara*, sino de la *Galería*, y por eso se dirige á ella de preferencia, al contrario del orador europeo y norte-americano para quien el público espectador es una entidad indiferente sin influjo apreciable en su conciencia ni en su palabra. Cámara en que las interrupciones y demostraciones están prohibidas á los diputados (*llamadas al orden*) y son permitidas al público y hechas constar en las actas (*aplausos, murmullos, gritos en las Galerías*), á la inversa de los usos parlamentarios universalmente admitidos en que la interrupción es privilegio del diputado y jamás del público. Tribuna de club más que de parlamento en que la oratoria no tiene por blanco de sus persuasiones y arrebatos á los magistrados del Areópago, sino á la desconcertada muchedumbre del *Forum*.

El 10.^o Congreso.

Con esa herencia de pecados originales en el sistema, en la organizacion, en la oratoria, en toda la atmósfera circundante, vino al mundo la Cámara aquella nacida en 1880 y por espirar en 81, la cual era en el orden de sucesion de los Congresos, el 10.^o constitucional. ¡Infeliz patria la que esperaba de ella su salvacion frente á los peligros encarnados en Manuel Gonzalez! La esperada como redentora tenia que ser redimida de pecados nuevos. El personal cómico abundaba en aquel antiguo teatro de género bufo. Recorriendo con la vista las curules, se podia, señalar entre volubles y atildados palaciegos pasados de un partido á otro como cortesanos de la política, á algunos tipos rudos que parecian no poder sentarse en los cojines de terciopelo sin dejarlos llenos del polvo de la revolucion porfirista. Eran beneméritos de la misma revolucion y simpáticos á sus prohombres por la prestacion de algun servicio rústico tal como el de dar un *caballo ensillado* á jefe perseguido y fugitivo, la de proporcionar forrajes y ali-

mento á caballos y hombres de hambrienta partida revolucionaria ó la de ofrecer asilo y subsistencia por algun tiempo á jefe herido ó reducido por la derrota á la necesidad de una existencia oculta. Eran, en una palabra, *rancheros* de Oaxaca, de la Costa ó la Sierra poblana, á quienes la recompensa de la revolucion triunfante habia obligado á dejar la chaqueta de su pueblo ó rancho para ceñirse al cuerpo la levita parlamentaria. El papel cómico de D. Frutos Calamocha estaba encomendado á ellos, como á la generalidad de los demás los de Polichinela ó Tartufo. Habia *leaders* ó directores del servilismo de todos esos grupos como los hay en otros paises de su libre y grandioso movimiento. Dividida como estaba la Cámara en dos fracciones principales que representaban, la una el antiguo poder sobreviviente en parte, del General Diaz, y la otra el nuevo poder cada vez más arrogante y rebelde al primero, de Manuel Gonzalez. Erase el *leader* ó director de la primera fraccion un General de nombre francés de difícil recordacion para la Historia y ligado á la persona de Porfirio Diaz por estrecha comunidad de derrotas y triunfos, y érase el *leader* ó director de la otra

fraccion aquel *personaje etiópico* á quien antes se apuntó como uno de los asistentes más notables á los banquetes de Huehuetoca. Entre ambos, siempre unidos y pocas veces discordantes, ponian en movimiento la máquina parlamentaria. Véase al general porfirista recorriendo las curules de su fraccion adicta, con el aire que hubiera empleado para pasar revista á sus tropas alineadas. Solía al mismo tiempo incurrir en una manía singular que era la de ir mostrando alhajas extraídas de sus propios bolsillos, á los diputados á quienes se acercaba. Al verle desde las galerías mostrando á éste unos botones de brillantes, á aquel una sortija con piedra preciosa ricamente engastada y al de más allá un reloj de oro de admirable bruñido, se hubiera juzgado que el general era un comerciante en joyas encargado de corromper á la Cámara por el sistema de deslumbradora seducción empleado por Fausto y Mefistófeles contra Margarita. . . . Pero nó, era simplemente el portador de la *consigna* á la fraccion porfirista de la Cámara, así como el de la otra fraccion lo era el personaje etiópico quien directamente ó por medio de un diputado, hijo suyo, iba llevando entre sus fieles adictos la *palabra de orden* de la sesion.

La fórmula de esta palabra ó *consigna* era sencilla: *dicen de arriba que en tal negocio se vote en pro ó en contra. . . .* Todos en general comprendian lo que eso significaba é iban expresando al leader su sumision con un ademan de asentimiento. Sólo los Frutos Calamocha de la Cámara, mal iniciados en los misterios de tanta servidumbre cortesana podian vacilar acerca del sentido de fórmula tan clara. Uno, entre todos, se distinguió el primer dia de su entrada á la Cámara, respondiendo al *dicen de arriba etc.* con un movimiento de cara y ojos hácia las galerías que acusó su interpretacion literal de la consigna. *Arriba* era el poder supremo, la omnipotencia, Manuel Gonzalez y Ramon Fernandez unidos como Júpiter y Juno en el fondo de nube centellante, algo sobrenatural como el *arriba* de que se sirven madres y nodrizas para imponer á los niños obediencia inspirándoles el pavor religioso. . . . Aquella multitud de niños grandes obedecian generalmente sin replicar, y su respeto por la autoridad de *arriba* tomaba en ellos la forma del pavor religioso de los niños pequeños y de los antiguos habitantes de la ciudad de Querétaro. . . . Esto último necesita explicacion. Cuén-

tase de los hijos de la levítica y ultra-religiosa ciudad de Querétaro que era tanta su veneración por el *Sagrado Viático* ó el *Nuestro Amo* movido por tracción animal para llevar la Extrema Unción á los moribundos, que no solo veneraban al Sacramento mismo y al sacerdote que lo administraba, sino tambien al coche que le servía de vehículo y á las mulas que tiraban de él. Por eso las *mulitas de Nuestro Amo*, aun fuera de sus funciones religiosas y aun desenganchadas del coche sacrosanto, tenían para todos aquellos habitantes una cierta respetabilidad propia que les hacía á ellos quitarse el sombrero al verlas pasar por las calles al ser llevadas todos los días al baño ó al pienso campestre. . . . Pues igualmente, aquellos padres conscriptos, adoradores ciegos de la misteriosa consigna veneraban, no solo al Presidente que la encarnaba y emitía, sino tambien á los encargados de conducirla á la Cámara como conducían las mulas al Santísimo. Dió esto motivo á que el diputado Vicente Riva Palacio que era como el pensamiento satírico rebelándose á la general humillación y flotando sobre ella como abeja zumbona sobre charco corrompido, al ver

tan obedecidos y reverenciados á los *leaders*, portadores de la consigna les llamase las *mulitas de Nuestro Amo*.

VI.

Hé aquí cómo describía un periódico de aquella época y aquellos días (*) el aspecto de las sesiones de aquella Cámara.

«El vasto hemiciclo oscurecido por una densa nube de humo de tabaco ni más ni ménos que una sala de fumar; el murmullo de las conversaciones por todas partes; aquí y allí pequeños grupos esparcidos en la sala hablando animadamente sobre la crónica escandalosa del día; en las escalinatas, sentados sobre las alfombras, algunos que seguramente encuentran más blando el suelo que los sillones; en las curules, los amigos conversando en voz baja; en los sitios donde hay alguna penumbra, durmiendo tranquilamente y aun roncando los que no pueden prescindir de la siesta; y

(*) *El Monitor Republicano*.

algunos que quieren ser más juiciosos llevando un periódico para leer ó algun libro de sabrosa lectura, útil para endulzar las primeras horas de la digestión.....

La Elocuencia, que es como ave sagrada que gusta de batir su ala y anidar y empollar entre las multitudes serias con la seriedad de los grandes sentimientos, habia huido espantada de aquella asamblea sin decoro. Y en vez de los acentos que resuenan en otras Cámaras al choque de las ideas, de los partidos enemigos y de las pasiones antagónicas de principios y de patria, no se oía más que el ruido de pequeñas luchas, *dímes y díretes* de sócios acompadrados ó resentidos, *tiquis miquis* de vecinos divididos por cuestiones de chisme.... Los retos á duelo singular se cruzaban de diputado á diputado;—el Presidente se incorporaba de pronto en su sillón, pareciendo que iba á lanzar protestas de indignacion contra el servilismo de las votaciones, y no era sino para reprender á algunos de los Calamochas que se tomaban la libertad de sentarse en *cucillas* en las gradas de la plataforma ó á otros que se levantaban de sus curules para pasearse y charlar por la sala,—algun

otro diputado pedía la palabra haciendo esperar, por la forma enérgica de su exordio, que iba al fin á formularse una mocion de independenciam y salia á lo más con una excitativa llena de fuego para que se impusiesen multas á los diputados faltistas.... Con tales tópicos, Demóstenes mismo hubiera vuelto á tartamudear. De allí que nuestra oratoria parlamentaria, ya tan débil por sí misma, porque nuestra naturaleza, nuestro blando acento, nuestro pobre gesto y ademan, la debilidad de nuestro language y expresion tan opuesta á la robustez de la dición española como el murmullo á la voz y la voz al grito, porque toda nuestra organizacion en fin, nos inclina más á las formas familiares de la conversacion que á la grandilocuencia de la tribuna, esa oratoria tan débil siempre, estuviese entonces como muriendo, al ser privada completamente de la lucha y de la libertad.

La consigna, llevada por las *mulas de Nuestro Amo*, comunicada por teléfono, circulada mediante las listas de votacion con los nombres de las personas deseadas para presidente, miembros de comisiones y de diputacion permanente, era el «silencio, todos!» que un poder de machete lanza-

ba sobre aquel aparato de representacion nacional.... Cuando alguno de tantos representantes, en fuerza de un raro y extraordinario acceso de independencia, se rebelaba como buey hostigado, contra el yugo y la garrocha de la consigna, se tenia una frase mágica para amansarle y dominar sus ímpetus rebeldes: "el Presidente Gonzalez se interesa personalmente en este negocio".... Y callaba el rebelde, callaban todos; no habia discusion posible ante una frase semejante.... Solo resonaba una oratoria singular consistente en singulares votaciones nominales dirigidas por los dos secretarios, especie de pregoneros de la Cámara, quienes en una y otra tribuna, pronunciaban á voz en cuello los apellidos de todos los diputados presentes, con tan airosa actitud y aire tan triunfante como si en vez de hilvanar apellidos estuviesen pronunciando los más grandes discursos....

Tocaba á su fin el año de 81 y aquella frase: "el Presidente Gonzalez se interesa personalmente en este negocio," habia circulado solemnemente de curul en curul. ¿De qué se trataba?

CAPITULO XIII.

EL REDONDEO FINAL.

I.

Los tres grandes negocios.

Se trataba de dar el gran golpe para perfeccionar el *redondeo* de la situacion, por medio de la Cámara empleada como una maza para aplastar y destruir elementos poco favorables al plan administrativo de Manuel Gonzalez. Se ha dicho antes cuánto estorbaba el ministro Landero para ese plan cuyos grandes negocios podian por entonces reducirse á tres principales: 1.º *La moneda de níquel*. 2.º *El Banco Nacional*. 3.º *La deuda inglesa*. En lo sucesivo de este *Anticipo* se desarrollarán los pasos é incidentes de tales negocios. Por ahora se limita el autor á enunciarlos en terminos generales.

ba sobre aquel aparato de representacion nacional.... Cuando alguno de tantos representantes, en fuerza de un raro y extraordinario acceso de independencia, se rebelaba como buey hostigado, contra el yugo y la garrocha de la consigna, se tenia una frase mágica para amansarle y dominar sus ímpetus rebeldes: "el Presidente Gonzalez se interesa personalmente en este negocio".... Y callaba el rebelde, callaban todos; no habia discusion posible ante una frase semejante.... Solo resonaba una oratoria singular consistente en singulares votaciones nominales dirigidas por los dos secretarios, especie de pregoneros de la Cámara, quienes en una y otra tribuna, pronunciaban á voz en cuello los apellidos de todos los diputados presentes, con tan airosa actitud y aire tan triunfante como si en vez de hilvanar apellidos estuviesen pronunciando los más grandes discursos....

Tocaba á su fin el año de 81 y aquella frase: "el Presidente Gonzalez se interesa personalmente en este negocio," habia circulado solemnemente de curul en curul. ¿De qué se trataba?

CAPITULO XIII.

EL REDONDEO FINAL.

I.

Los tres grandes negocios.

Se trataba de dar el gran golpe para perfeccionar el *redondeo* de la situacion, por medio de la Cámara empleada como una maza para aplastar y destruir elementos poco favorables al plan administrativo de Manuel Gonzalez. Se ha dicho antes cuánto estorbaba el ministro Landero para ese plan cuyos grandes negocios podian por entonces reducirse á tres principales: 1.º *La moneda de níquel*. 2.º *El Banco Nacional*. 3.º *La deuda inglesa*. En lo sucesivo de este *Anticipo* se desarrollarán los pasos é incidentes de tales negocios. Por ahora se limita el autor á enunciarlos en terminos generales.

La moneda de níquel.

Algunos años hacía que la escasez de moneda menuda se venía sintiendo como una gran necesidad del mercado. La moneda antigua, destruida ó gastada é irregular en el sistema monetario decimal universalmente admitido, y la moneda menuda nueva, en relacion con ese sistema (*quintos y décimos*) fabricada en pequenísima cantidad, porque las Casas de moneda de la República parecían exclusivamente destinadas á fabricar moneda grande y mediana, utilizables para nuestra cuantiosa exportacion; una y otra, insuficientes para las pequeñas, innumerables y continuas transacciones, estaban reclamando un refuerzo que el Gobierno de D. Sebastian Lerdo habia desdeñado prestar y el de Porfirio Diaz creyó poder prestarlo recurriendo á la medida bimetalista del empleo del níquel para la pequeña moneda. Un proyecto habia sido presentado para tal fin por cierto periodista filarmónico, sin que el gobierno porfirista tuviese tiempo para poner en ejecucion tal proyecto que pasó al Gobierno de Manuel Gonzalez en estado

de idea lírica brotada en el cerebro del filarmónico aquel.

Inocente como era esa idea de la moneda de níquel consagrada por el ejemplo de Alemania y los Estados Unidos, donde, como se sabe, es la clase de moneda de antiguo establecida para los pequeños cambios, tenia para México la inconveniencia de que el metal componente, extraño á su suelo, tenia que ser importado de países extranjeros que la poseyesen. Con todo, su ligereza, finura y cualidades de semejanza con la plata sin tener su gran coste, le recomendaban en ventajosa sustitucion del cobre empleado para las mínimas fracciones de moneda, y en tal concepto la aceptó el ministro Landero en un Proyecto de Ley por él apadrinado en el cual se decia muy claramente que la moneda de níquel, *seria moneda fraccionaria para el pago de fracciones de menos de un peso*. Era esto un límite racional impuesto á la moneda de níquel para que no traspasase su oficio de intermediaria para el pago de pequeñas fracciones aisladas ó adicionales á otras mayores. Pero oficio tan restringido de la moneda-níquel no convenia á Manuel Gonzalez por lo que ya se verá.

El Banco Nacional.

Manuel Gonzalez habia resuelto crear un Banco sujeto á su particular inspeccion y órdenes, con el nombre de *Banco Nacional*. A decir verdad, no alcanzaba mucho de la naturaleza y fines de esa institucion, porque sus conocimientos mercantiles no iban más allá de lo que habia podido aprender en la tienda de abarrotes y panadería en que habia servido de jóven en Matamoros. De ahí es que tuviera en materia comercial puras ideas rudimentarias y sencillísimas, y que si se le hubiera preguntado "¿qué es comercio?" hubiera respondido algo como lo del célebre negro de las naranjas: "comprarlas á dos y venderlas á cuatro." Pero además, por lo que hace á Banco tenia una simpatía instintiva y con apoyo en su historia militar. En nuestro ejército, cada gefecito de tropa con facultades de pagador es un banquero, y es comun entre soldados llamar á su despacho ó pagaduría *el Banco*. El banquero ó gefe hace antiepos con descuento sobre sus sueldos á los subordinados y aun suele prestar humanitariamente con dos rea-

les de usura mensual en el peso. . . . En tal sentido, Manuel Gonzalez, gefe reaccionario y liberal, habia sido sucesivamente banquero conservador y demócrata, y por eso cuando se le habló de banco prestó oído complaciente á todas las proposiciones y proyectos como si viniesen en tropel á su memoria sus recuerdos de lucro en el *banco* del cuartel.

Varios proyectistas se presentaron solicitando, concesion para el establecimiento del Banco. Uno de ellos, el Sr. Frida, se distinguió por la relacion de su proyecto de Banco con la cuestion de la Deuda pública. Segun él, deberian hacerse servir á los mismos acreedores interiores y exteriores del gobierno como fundadores del proyectado Banco asegurándoseles el rédito de sus créditos convertidos, hasta su amortizacion, bajo la condicion de contribuir con el 12p $\%$ de su valor. Un fondo de \$10.000,000 formado en virtud de las suscripciones de los acreedores cuya favorable disposicion se habia consultado para el efecto, serviría á la solucion simultánea y unida del doble problema del Banco Nacional y de la Deuda pública. El ministro Landero se inclinó decididamente en favor de tal proyecto y le prestó su influencia oficial en el ánimo

del Presidente; convencido de que era entre todos el único que, consultando á las públicas necesidades, no respondía á los intereses especiales del concesionario. Tan recomendable cualidad que en una situación de honradez hubiera salvado el proyecto, no sirvió entonces mas que para perderle. Por eso, cuando Landero se acercó á Manuel Gonzalez, recomendándole el proyecto de Prida, Gonzalez sacó otro de su pupitre y le dijo: "aquí tengo otro mejor."—"Mejor . . . ¿para Ud?"—le dijo Landero, y Manuel Gonzalez hizo como que no habia oido. Ya se hará oír esta Historia cuando siga hablando sobre la picardihuela del Banco Nacional.

La deuda inglesa.

Es'pada suspendida sobre la Hacienda nacional la deuda inglesa al amagar á México, sostenia su descrédito en Europa. Los tenedores de los Bonos de esa deuda, aburridos de tener un papel improductivo que habian comprado á vil precio de los

tenedores primitivos, se prestaban en el primer año del gobierno de Manuel Gonzalez á un arreglo excepcionalmente favorable á los intereses mexicanos. El ministro Landero, con la idea de sentar sólidamente el crédito nacional explotando el ánimo aburrido y desesperado de los tenedores, habia concertado un arreglo especial de esa parte de la deuda pública bajo las bases siguientes:

Hacerse al gobierno mexicano propietario de la deuda por cuatro millones quinientas mil libras (L. 4,500,000) á pagar en quince años á trescientas mil libras (L. 300,000) por año, sin interes alguno. A tal precio relativamente mínimo tratándose de una deuda de más de diez millones de libras, precio que, con la adición del cambio, representaba un total aproximado de *veintitres millones de pesos* repartidos en quince años, á tal precio hubiera podido en aquellos días el Gobierno de México amortizar tan enorme crédito, principal comprometedor de nuestra honra en el extranjero.

Así, *moneda de níquel, Banco Nacional, deuda inglesa*, los tres grandes negocios existentes en estado de cálculo en el cerebro de Manuel Gonzalez

y en el de su favorito Ramon Fernandez habian sido iniciados por el ministro Landero en el sentido de la honradez. Pero la Honradez, augusta deidad, no pareció tener encantos para aquellos dos hombres quienes, segun todos los indicios, se habian ya vuelto en sus oraciones á otra diosa tutelar de rompe y rasga Y decidida la repulsion de los planes hacendarios de Landero, Presidente y Gobernador pusieron sus tres manos á la obra.

II

Cómo se lanza á un Ministro.

Una tarde, hácia el fin de 1881 estaba el ministro Landero despachando en su Secretaría, cuando un amigo de su intimidad entró de repente anunciándole que en su proyecto de ley de la moneda níquel iba el Senado á quitar la limitacion de que no serviría sino para el pago de fracciones menores de un peso.—"¿Cómo se calumnia al Gobierno!" exclamó el ministro, y añadió: "esa barbari-

dad no puede cometerse." Poco despues, entró un comerciante extranjero que le dijo: "Señor, en este momento, lo sé de positivo, va el Senado á votar la Ley del níquel, suprimiendo el límite para los pagos."—"No es posible," contestó Landero; "pero vamos allá," y salió dirigiéndose al Senado. . . . Era tarde. La barbaridad habia sido cometida. . . . El Senado, *cámara alta*, un poco ménos baja en sentido de independéncia que la Cámara de diputados, acababa de aprobar el proyecto de moneda de níquel con una extension ilimitada que equiparaba sus oficios á los de la moneda de plata, y apenas consumado ese acto cuyas terribles consecuencias se verán despues declaró levantada la sesion con un movimiento semejante al del malhechor que corre ó se oculta inmediatamente despues de perpetrada su fechoría.

Con eso se dió el primer golpe al ministro Landero, solo que Manuel Gonzalez que habia tirado la piedra escondió la mano. . . . Y en el acuerdo del dia siguiente como el ministro le reclamara la suspension del decreto respectivo y le anunciara que sin el límite por él impuesto á la moneda níquel volvería despreciada, como en Bélgica, á la

Tesorería, Manuel Gonzalez, despues de gruñir sordamente, como en los casos graves tenia de costumbre, le contestó: "Hablaré con la comision del Senado, para saber las razones que ha tenido al suprimir el artículo que establecia el límite para recibir el níquel. Si despues de examinadas estas razones se ve que puede suceder lo que Ud. anuncia, se corregirá la ley, pues tiempo hay de sobra entre su expedicion y la época de ponerla en vigor. Lo que sí no se puede es suspender la sancion de la ley, porque es una de las del presupuesto, y esto no debe suspenderse."

III.

Luego, tras de ese golpe disfrazado que arregló conforme á los intereses personales de Manuel Gonzalez el primero de los tres grandes negocios, quedaban los otros dos, á cuyo arreglo segun los mismos intereses, era un obstáculo la persona del ministro Landero. Se queria un Banco especial y un especial arreglo de la deuda inglesa, urdidos de

acuerdo con judíos especuladores, en secretas negociaciones que á su tiempo se revelaran, y Ramon Fernandez, el doctor mefistofélico, se acercó á Manuel Gonzalez diciéndole: "Es preciso *echar* á Landero."—¿"Cómo?" le interrogó Gonzalez; y Fernandez le contestó:—"Derrótale en la Cámara de diputados."

Con ese diálogo, la sentencia de muerte política del ministro Landero, quedó firmada. Se eligió para provocar la crisis el primer asunto pendiente de resolucion parlamentaria que se tuvo á mano. Habia Landero presentado á la Cámara una iniciativa para la libre exportacion de metales preciosos. Manuel Gonzalez le habia asegurado su aquiescencia, y una consigna en relacion con ella habia discurrido por la cámara-teatro de Iturbide. Un rarísimo ejemplar de diputado de oposicion, digno de ser conservado y desecado, D. Vicente Riva Palacio, se habia pronunciado contra dicha iniciativa, y todos oian sus discursos de combate como quien oye llover y tronar en un escenario de teatro. . . . De repente, las *mulas de Nuestro Amo* llegaron llevando en la boca una consigna opuesta á la primera ó contra-consigna: "vótese en contra

de la libre exportación de metales preciosos.» Los diputados se sorprendían, y aún algunos se revelaban á tan flagrante contradicción, y entónces fué cuando cirenó en la Cámara aquella intimación de que se habló al fin del anterior capítulo: «el presidente se interesa personalmente en este negocio.» Al oírlo, todos los padres de la patria se inclinaron en masa hacia Riva Palacio, reconociendo como muy elocuentes y persuasivos sus discursos. Y acto continuo se votó en contra del artículo 1.º de la iniciativa que era el decisivo y la libre exportación de platas y otros metales quedó rechazada. . . . D. Francisco Landero, nutrido en ideas de decoro ministerial, raras en un país donde muchos ministros necesitan ser despedidos para salir, renunció su cartera. . . . Después de eso, el diluvio! La retirada de aquel hombre de la vida pública fué como el toque de arrebato á todas las malas pasiones comprimidas. . . . Ministerio, Cámaras, Gobiernos de los Estados, poder judicial, opinión pública, nada era bastante á oponerse al desbordamiento de los instintos egoístas de dos hombres adueñados de la situación. . . . Una turba de personajillos, grandes vividores, caballeros

de industria de la política, agiotistas tramposos extranjeros y nacionales engalanados con el título de *negociantes*, ellos y algunos más iban á brotar del fango social removido por los botas militares y la contera de la espada de Manuel Gonzalez, á la manera que al calor del sol saltan los sapos de los pantanos. . . . El ministro Landero diciendo en la tribuna poco ántes de salir: «tenemos en caja más de un millón de pesos» hizo sin saberlo una llamada de alarma á todas las ambiciones que se arrastran, á las concupiscencias del dinero que velaban por asaltar su presa, mientras él, en su honrada inconciencia, dormía al lado del tesoro repleto, con el sueño del justo. Confiado guardian, fué muerto políticamente mientras soñaba, y al morir dejó como una pingüe herencia administrativa. . . .

IV.

La herencia de Landero. ®

He aquí las existencias que quedaron al retirarse Landero del Ministerio:

En la Tesorería general	\$ 1,200,000
En el Monte de Piedad.	500,000
En la Administración de	
Rentas del Distrito..	200,000
En el Timbre sobre....	100,000
En la Dirección de Con-	
tribuciones segun	
cuenta.....	50,000
	<hr/>
Total en México.	\$ 2,050,000
En Veracruz y otros	
puntos del Golfo.	
En la Aduana Marítima,	
en dinero.....	\$ 367,500
Por cobrar en cuenta li-	
quidada que no co-	
braba el Administra-	
dor Bárcena por no	
tener donde guardar	
el dinero.....	1,200,000
En el Timbre.....	21,000
En la Gefatura de Ha-	
cienda.....	7,300
	<hr/>
Total en Veracruz.	\$ 1,595,800

En Tampico, en dinero,	
segun cuenta.....	100,000
Y otro tanto por cobrar.	100,000
En Progreso, en dinero	
y cuentas.....	200,000
En la Aduana de la	
Frontera.....	50,000
Existencia en dinero y	<hr/>
cuentas al cobro.....	\$ 4,095,800
	<hr/>
Además en la Gefatura	
de Hacienda de Pue-	
bla.....	\$ 40,000
	<hr/>

y en las Gefaturas de los demás Estados, oficinas del Timbre, y Aduanas del Pacífico y de la frontera, en todas había existencia en efectivo.

Las tropas estaban pagadas y la lista civil por quincenas adelantadas, y las de Chihuahua y frontera de Guatemala, con mes y medio de presupuesto adelantado. Todo pago en corriente y solo se debía el último plazo de convenio de Sullivan,

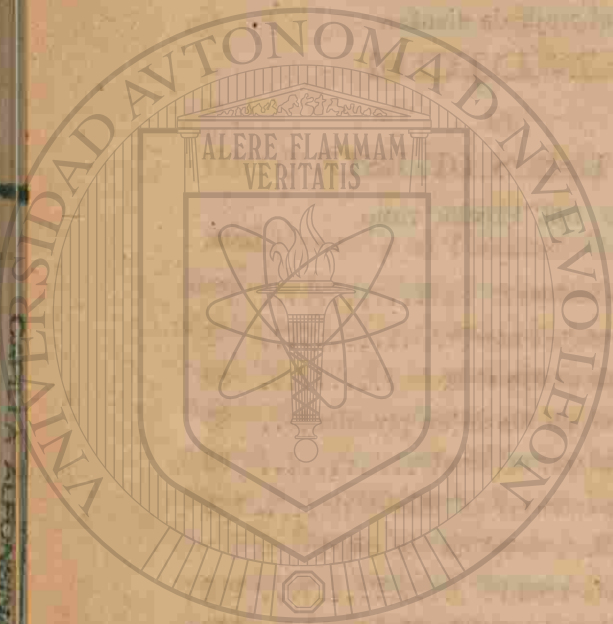
\$ 125,000.^m

Más de cuatro millones.

Nunca se vió á un Presidente de la República Mexicana con las rentas nacionales en tanta cantidad y tan brillante estado de prosperidad. Nunca los talentos de la parábola evangelica fueron destituidas tan profusamente en relacion con la pobreza del país, como lo fueron entónces en favor de Manuel Gonzalez. Por eso las cuentas que de tanta riqueza ha de tomarle la Historia deben ser estrictas y terribles. Se puede en este mísero planeta, y sobre todo en esta pobre tierra mexicana, corromper, atropellar, bandolear triunfalmente y engrandecerse á costa del robo público sin que haya proceso ni castigo visibles; pero como una compensacion suprema de la eterna Justicia queda sobre tan completo derrumbamiento de la moral y del derecho, queda en pié, triste, pero ven-

gadora la Historia que da á cada uno lo suyo y despacha á éstos á la luz y á la gloria y á aquellos al llanto y al crujir de dientes.

FIN DEL PRIMER TOMO.



INDICE

DE

LOS CAPITULOS DE ESTE TOMO

	Páginas.
Comentario Preliminar.....	V
Capítulo I.—Antecedentes.....	1
Capítulo II.—Elevacion al Poder.....	69
Cap. III.—El primer día de un presidente..	85
Cap. IV.—El Palacio nacional.....	93
Cap. V.—Cómo se forma un Ministerio.....	105
Cap. VI.—Estado general de los asuntos en cada ramo.....	113
Cap. VII.—La Irrupcion del "Money".....	129
Cap. VIII.—Matar la gallina.....	141
Cap. IX.—Dos personajes nuevos.....	156
Cap. X.—Cómo se redondea una situacion ó Tres ministerios ricos y un go- bierno pingüe.....	169
Cap. XI.—Los Tartufos de la política.....	179

Cap. XII.—El sistema parlamentario en Mé-
xico ó cómo se degrada una Ins-
titucion..... 189
Cap. XIII.—El redondeo final..... 213



U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

BIBLIOTECA GENERAL DE BIBLIOTECA

100